

INDIRA CARPIO OLIVO

MUJERÍCOLAS

Ilustraciones
DEISA TREMARIAS

Fundación Editorial



elperroylarana

MUJERÍCOLAS



PLAN NACIONAL
DE PROMOCIÓN DE
LA LECTURA
PUEBLO LECTOR

Fundación Editorial



elperroylarana

 Fundación Editorial El perro y la rana, 2017 (digital)
 Indira Carpio Olivo



Esta licencia permite la redistribución comercial y no comercial de la obra, siempre y cuando se haga sin modificaciones y en su totalidad, con crédito al creador.

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar
Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas (1010), Venezuela
Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Twitter: @perroyranalibro
Facebook: Editorial perro rana

Diseño de portada y diagramación

Mónica Piscitelli

Ilustración

 Deisa Tremarias

Edición

Giordana García Sojo

Corrección

Yessica La Cruz

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC2017002409
ISBN 978-980-14-3953-0



MUJERÍCOLAS: PALABRA QUE HACE NIDO

Si hay un oficio desprestigiado en estos días es el periodismo. Por un lado, puede parecer irrelevante pues todos de algún modo fungimos como “comunicadores sociales”, más aún con el protagonismo de las redes sociales en el flujo de información mundial. Por otra parte, en tiempos de “posverdad” y corporaciones de la comunicación, la mayoría de los periodistas han devenido repetidoras sin ideas propias ni respeto a código de ética alguno. Hay excepciones valiosísimas claro está, pero lamentablemente la regla se ha impuesto y viene ganando terreno.

Por lo anterior, leer a Indira Carpio produce un profundo y agradecido suspiro de alivio. Si bien Indira reúne en su trabajo cualidades propias de los raros especímenes que quedan: investigación, disciplina e ingenio, lo que la singulariza aún más es la capacidad de hacernos sentir con el cuerpo las realidades que narra con el lenguaje. Sabe contar-nos, sabe involucrar al lector hasta hacerlo parte del tejido de voces que logra producir. En su escritura se transmite el esfuerzo permanente por *sentipensar*, por invocar la reflexión colectiva mediante la evocación poética.

Mujerícolas reúne 50 textos escritos para la columna del mismo nombre que publicara el portal digital *Desdelaplaza.com*. Cada texto reescribe la historia de una mujer, desde escritoras y militantes hasta madres y niñas víctimas de conflictos sociales. Todas tratadas con esa especie de palabra-cobijo que Indira teje con fruición. Su escritura revela la comprensión y com-pasión de quien se estremece ante las historias de vida de

otras y sabe compartir su emoción, así como la indignación y la rabia ante la desigualdad sistemática y la indolencia campante del mundo que habitamos.

Entre la crónica periodística, basada en datos acuciosos y bien documentados, el ensayo poético y fragmentos de poemas y canciones intercalados, nos encontramos ante un libro que podemos catalogar de *raro*, como raras podrían parecer las vidas de algunas de las mujeres/mujerícolas que nos muestra. Lo acompañan las ilustraciones y viñetas realizadas por Deisa Tremarias, quien supo mezclar color y trazo para ayudarnos a ver el susurro de estas mujeres atravesadas de palabras.

La obra recorre la feminidad como síntoma de esperanza de la humanidad, como respuesta y alternativa pero también y, sobre todo, como denuncia. La mujer víctima es también la mujer réplica, levantisca y contragolpe. Mujeres que no son esposas ni madres ni hijas, sino mujerícolas, sobrevivientes habitadas por las voces de tantas otras que han padecido el mismo asedio. Mujeres violadas, machacadas, asesinadas, humilladas y olvidadas se convierten en denuncia activa al sistema capitalista patriarcal, depredador de la vida y de la ternura. Denuncia al Estado por indolente. Denuncia al hombre autoritario que por padre se erige dueño y señor del cuerpo y el espíritu de sus esposas e hijas. Denuncia a la hipocresía y al silencio de la sociedad. Denuncia que es grito y es también abrazo solidario.

Dice Indira: "Hay a quien le gusta almibarar la historia", definitivamente no es su caso. Una madre que muere con su bebé al intentar rescatarlo de una alcantarilla mal cerrada, las memorias de mujeres asesinadas por captores violadores que la justicia luego ignora, una niña desplazada

por la terrible guerra del Congo, mujeres indígenas golpeadas y violadas por defender la tierra, una cantante violada y humillada por negra y por pobre, mujeres torturadas y desaparecidas cuyos bebés fueron secuestrados por los ejecutores del Plan Cóndor...

Del horror cotidiano consigue desenfundar la belleza y apuesta por la vida: “En una de las palizas que le diera su captor, Eunice lloró hasta que el ahogo la resucitó, tirada en las escaleras de sus ojos: muy poco amada, delgada con un mi sostenido, rota: vomitaba en la bola de un micrófono el alma y los parásitos acudíamos a lamerlo”, así nos habla de Nina Simone y de su voz de piel ardida.

Son parte de sus mujerícolas mujeres luchadoras como las hermanas Mirabal, Argelia Laya, Juana “la Avanzadora”, Berta Cáceres, Ángela Davis, Simona Manzaneda, entre tantas que hicieron de sus vidas acciones certeras contra el olvido y la muerte. El rol de las mujeres como niñas-madres-putas, endilgado por una sociedad que instrumentaliza su cuerpo y su género, estalla en mil pedazos por medio de la rememoración de vidas pilares de otra visión de la feminidad.

De las muchas búsquedas de la autora la escritura juega un rol persistente. Escribir como puñal de incisión y defensa. Escribir para conjurar el silencio impuesto y la ira escupida. Escribir para amar. Mujerícolas son Idea Vilariño, Miyó Vestrini, Clarice Lispector, Forugh Farrojjad, Violeta Parra, Marguerite Yourcenar, Anaïs Nin, Alfonsina Storni, Caneo Arguinzones, mujeres que hicieron de las palabras raíces.

Sobre Alfonsina escribe Indira:

En ella no hubo desgracia que germinara la grieta sobre sus piernas, agraciaba la vida que sin

poesía no es más que el movimiento de las larvas. Espinaba sí, la cajita y el lazo con el que debían enmudecer las mujeres.

Entonces, era Alfonsina una ola alzada como caballo sobre sus patas, y no llegaba a conocer orilla, una ondulación que tras su paso dejaba flotar los restos de algunos árboles deshojados y desorientados, que después de ella deseaban podrirse en su poema.

La poesía no es ajena a la escritura de Indira Carpio, me atrevo a afirmar que es su más cálido hogar, así como el impulso autobiográfico que la transita. La casa, las hijas, el amante, la lucha propia se cuela y calza con buen tino en su obra. La lectura de *Mujerícolas* no puede dejarnos inermes, rompe cualquier témpano de hielo del espíritu, palabra-cobijo que se abre espacio para anidar la belleza.

GIORDANA GARCÍA SOJO

MUJERICOLA 1

BARCO

Mi abuela me enseñó que para que un mal sueño no se cumpla, una debe –al ponerse en pie de la cama– escupir en la papelera y contarlo, para anclarlo.

Hice lo primero. Voy por lo segundo:

Mi madre se lleva las manos a la cabeza después de invocar al cielo. Hace más de un mes que nos echamos al agua mis hermanos, ella y yo. Hemos tragado la sal de un barco herido. Hoy, he perdido a mi hermano mayor. Quedó en el camino de un hacha altanera. Yo me acurruqué con las ratas, rogando no ser vista. Peleaban por una gota de agua. Apreté los ojos hasta conseguir en esta marea oscura la sonrisa extraviada de mi madre. Siempre huimos. Pero esta vez era la última. Tengo más miedo que hambre. Ya no me importa morir, sino cómo. Temo que me coman las ratas. El sonido de los helicópteros me despabila. Arrojan redes sobre nosotros. El chico de al lado llora y casi no se escucha su quejido. Quiere un sorbo. Yo grito por él y en lo que me alzo puedo ver tendida a mi madre, de su teta mi hermano más pequeño. Corro, me tropiezo con un cuerpo roto, tirado en el camino. Caigo. La sangre de otros me envuelve. Es más largo el camino a mi madre que todos estos días flotando en la nada. Un paso antes de encontrarme en casa, bajo su piel, una luz me atraviesa y vuelvo a la calma, una ola baña a lo que sea que me he convertido y el sol apacigua el frío.

Es la matrioska de un sueño. Uno dentro del otro.

Y me es imposible dormir tranquila cuando conozco el infierno.



Durante un poco menos de dos meses, miles (se dice que entre seis y ocho mil) de bangladesíes y birmanos de la etnia rohinyá (minoría musulmana procedente del norte de Myanmar, país que les niega la ciudadanía) partieron en cinco barcos y unos tres mil atracaron frente a las costas indonesias, después de ser víctimas del tráfico humano.

Tras ser detectados, Indonesia y Malasia se negaron a abrir sus fronteras para recibirlos. Se notificó la escasez de agua, comida y la posterior lucha de unos contra otros por este motivo.

Es así como fue noticia la muerte de al menos cien hombres (aunque los testigos hablan de hasta doscientos) decapitados y arrojados al mar, después de un enfrentamiento dentro de la propia patera.¹

La presión internacional provocó que ambas naciones decidieran abrir su territorio a los, por ahora, inmigrantes, ofreciendo un refugio temporal con la condición de que en un año se resolviera el realojamiento o repatriación de estas personas.

Revisando las fotos es fácil constatar los testimonios del estado de inanición, deshidratación y desnutrición de los “navegantes”. No digamos las condiciones de violencia a las que se someten por apostar a un “mejor destino”.

1 *Aunque se califica como error, en el argot una patera es una embarcación de inmigrantes (nota de la autora).*

Algunos fueron recibidos y ya están en suelo firme, dispuestos a la esclavitud en la que puede convertirse ser un inmigrante. Otros miles continúan a la deriva.

Antes de que arreciara el éxodo, un barco con unos trescientos rohinyás fue devuelto del Golfo de Bengala por el gobierno de Indonesia, que, según declaraciones, proveyó de lo necesario para que regresara a Myanmar. A la fecha, no se tienen noticias del paradero de este navío.

Sí. A veces la humanidad puede ser una pesadilla.

MUJERÍCOLA 2

BOCA DE VISITA

Al Lewis Carrol venezolano se le volaron los tapones (en su lugar, colocaron unos cartones).

Lanzó por la madriguera a un conejillo con autismo y a su madre detrás del posible salvamento.

Todavía no vuelven.

Se dice que el té del sombrerero es más adictivo que el excremento del diablo y que han de estar enredados en el charco de lágrimas, del que no se vuelve cuerdo.

No hay foto de la Alicia, ni del hijo “¿Y de qué sirve un libro sin dibujos, ni diálogos?”.

Las paredes de la “boca de visita” no tenían vademécum, opúsculo, tampoco frascos de mermelada, pero el hoyo parece sin fin.

Mientras caía, la madre imaginaba que cruzaba hacia la maravilla, tomada de la mano de su hijo. En el trayecto le apretaba, y él hablaba más y con mayor claridad, de vez en cuando sacaba de su chaleco el reloj... ya no tenían apuros en el aquí y en el ahora, seguía siendo su hijo y ella su madre.

En el trayecto le dio tiempo para preguntarle, con mucha ansiedad: “Dime la verdad, ¿te has comido alguna vez un murciélago?”.

César —que se llamó el niño— era el conejo enviado para devolverla.

Pronto se hizo de noche. Sara no se daba cuenta de que siempre lo fue. Y entonces recordó que el aire nocturno no le sienta nada bien a su garganta. ¡Pobre cuello!

El hueco fue provisto por la reina de corazones hace tanto ya, que daba lo mismo si caía una Alicia o una Sara.

“¿Se podrá por esto enjuiciar a un juez?”, se preguntó en el mismo instante del “cataplún”.

El golpe de Sara y César les ladeó la peluca y en la mera rabia escucharon: “Que les corten la cabeza”.

Habían sido condenados a dejar esta aburrida realidad.

Ella no despierta, tampoco lo hace su hijo.



Una noticia, una malanoticia, mece las palmas y encapota la capital falconiana.

A la lágrima se le hace Coro.

Un niño de siete años de edad se escapó de las manos de su madre y se paró sobre una “boca de visita”, tapada con un cartón. El material cedió y fue a parar al fondo.

Su madre –Sara– dejó en manos de su hermana a su otra hija, de cuatro años de edad, para tratar de salvar a César. Se arrojó. Durante veinte minutos se escucharon sus gritos. Pero de a poco cesaron.

Vecinos, bomberos, rescatistas, policías, guardias nacionales, alcaldes, gobernadores. Nadie. Nada. Parecía habérselos tragado la tierra, hasta la tarde de este miércoles, cuando a un kilómetro del lugar del accidente, hallaron el cuerpo de la madre, tras más de cincuenta horas de búsqueda.

Cinco años han permanecido abiertas estas alcantarillas.

Pregúntese: ¿Usted, se hubiese lanzado por su hijo?

Pregúntese: ¿Puede demandarse al Estado por la muerte de estas dos personas, producto de la negligencia?

Aun ganando, lo habrán perdido todo.



—Alicia, esta boca de cemento se ha tragado a su visita. ¡Cuánta maleducación!

“Y es que aquí...

el trabalenguas, trabalenguas,

el asesino, te asesina y es mucho para ti...”.



MUJERÍCOLA 3

NI UNO MÁS

1. VIOLÁCEA

Casi una semana lleva Marialex sin salir del cuarto. Tampoco responde las llamadas. No quiere hablar con nadie. No quiere ver, mucho menos que la vean. “Debe ser que tiene la regla”, comenta alguno.

“Eso le pasa por llevar minifalda cuando no conviene”, adelanta otra.

Le pasó a su madre, a la madre de su madre y a ella.

Antes no hubo ley que la protegiera. Hoy, la hay... pero como si no.

Ella remonta un miedo ancestral, en lo que parece una balsa contra un tsunami. Un mapa de minas sin explotar. Pero Marialex –además– tiene que agradecer. Está viva.

No quiere estarlo.

*Y tú apareces en mi ventana,
suave y pequeña, con alas blancas.
Yo ni respiro para que duermas
y no te vayas.*

No tengo que explicar qué le pasó. Aun sin decirlo, todos lo saben.

Asumieron la libertad del viento en su vestido como la invitación al destrozo de un huracán.

2. ENFERMEDAD HISTÓRICA

Con la puerta cayó sobre ella una madeja de puños. Los insultos le perforaron un pulmón y

el alma tanto más. Él había regresado del trabajo con la rabia contenida, a punto del disparo.

Sobre ella el plato hirviendo. “Demasiado caliente”. Sobre ella el ventilador. “Demasiada frialdad”.

Los hematomas en la cara tienen testigos, también los del vientre: sus hijos.

Creció él y también su agujero, donde iban a parar los coscorriones, los pellizcos, las cachetadas, los empujones, los gritos, el “cuando llegue a casa, ya veremos”. La madre, para que el padre no llegara a su cuarto, “provocaba” la golpiza primera. Nunca, apretarse los oídos pudo contener el ruido. Se escapaba mientras la paliza acontecía. Volvía cuando el odio dormía.

A él, le temía. A su madre, le reclamaba. No supo nunca la cura.

*Qué maneras más curiosas
de recordar tiene uno,
qué maneras más curiosas:
hoy recuerdo mariposas
que ayer solo fueron humo,
mariposas, mariposas
que emergieron de lo oscuro
bailarinas, silenciosas.*

3. CRIMEN PASIONAL

La mató porque la amaba, decían en el barrio. Al común le daba tristeza que estuviera embarazada. “Él no sabía”, lo excusan. “Si hubiera...”.

*Eras como esos días en que eres la vida
y todo lo que tocas se hace primavera.
Ay, mariposa, tú eres el alma
de los guerreros que aman y cantan,
y eres el nuevo ser que se asoma por mi
garganta.*



4. MARCHA

Ella iba a marchar contra la violencia de género, pero él la encerró. Los golpes no los tapaba el maquillaje. ¿Dónde estaban todos los que hoy protestan contra su muerte, cuando se quedó sin cuerpo, cuando le robaron el alma? ¿Después de marchar, a cuántas castigarán?

Hoy viene a ser como la cuarta vez que espero desde que sé que no vendrás más nunca.



Para junio de 2015, en Argentina se registra que cada treinta horas muere una mujer en manos de un macho, por el simple hecho de ser mujer. ¿Cuántas en Venezuela? ¿Se lleva registro, se denuncia, se marcha?

Una vieja historia me ocupa como método postraumático. La de la abuela australiana que luego de que su nieta fuera violada, logró conseguir a los autores de la atrocidad y les baleó los testículos. A uno lo dejó sin pene y al otro –aunque fue “salvado”– le dejó inútil para la barbaridad.

Pero ¿amputando se acaba el problema? La violencia en contra tiene tantos rostros, tantas muertes consigo. ¿Cómo podremos detener el crecimiento de esta espina, cuando su raíz está podrida?

No menosprecio la reunión de voluntades, porque en la visibilización podemos resolver lo público... pero ¿quién acude a lo doméstico? ¿Cuántos maltratadores habrán marchado y sonreído para la foto? ¿Cuánto bicharraco haciéndose de pájaro! Cuando la suma resta, ni uno más.



MUJERÍCOLA 4

EME

Marta tiene cuarenta y cuatro años. Hace unos años llegó de Bolívar. Era prostituta. Empezó cuando ganaba unos reales por cada cama. Se vino con dos dedos menos. Cada uno por una pepita de oro robada a un par de mineros. La llaman La Mocha. Mamá nos exigía que la llamáramos Marta.

Eme de Mujer.
Eme de Marta.
Eme de Mocha.
Eme de Minería.
Eme de Margarita.

Al año de haber llegado a Guasipati, tierra de nadie ubicada al sur de Venezuela, quedó embarazada. Después de parir, se mandó a ligar. Solo tuvo a Margarita, su compañera para toda la vida. Iba y venía de El Callao, donde escarban el oro que crece como los parásitos.

A Marta la “hojillaron” cuando se opuso a ser violada sobre una montaña de barro. La golpearon tanto como a la roca, hasta que brotara de ella alguna gema. La usó como amuleto aquel amante, hoy masticado por la mina. Los ingleses la estrangulaban mientras la obligaban a beberse su orina.

Legales o ilegales, daba igual, Marta estaba siendo desentrañada, agujereada, exprimida por un pasajero del oro, lo mismo que la tierra.

Margarita creció en el pueblito vecino. Se empeñó en besar el sol, como la flor. Hubo quien se propusiera deshojarla. Y lo logró. Tenía trece años cuando la frontera que era su madre no detuvo a la bestia inconforme.

Cayó el telón y el teatro del absurdo volvió a ser la pesadilla de una, tantas veces otras: no existían ni ella ni las cientos de putas caídas en combate, con menos valor que un polvito de metal. No existen en la memoria hecha y rehecha de cada gobierno, que llega y se va con el bolsillo preciado, precioso.

Eme de mierda.
Eme de mentira.
Eme de monstruosidad.
Eme de muerte.

A Margarita la arrojaron a uno de los afluentes del Cauca. Su tallo fue desmembrado, porque “en algún lado debía esconderlo”. El caudal atravesaba la peor de las sequías, así que las redondas y todavía vírgenes tetas de este cogollito de Marta apuntaban al cielo, negando la muerte, atorada junto a un ramal, a las orillas del Yuruari.

Marta se vino a mi pueblo entonces, con dos dedos menos y el amor amputado en cualquiera de sus memorias. ¿Cómo podía seguir respirando?, se preguntaban quienes conocían su silencio.

Marta quedaba mirando un punto en el horizonte durante mucho rato, dicen que un yekuana le sonreía, hasta que llegaba mi inocencia a interrumpir el letargo: “Péiname, Marta”.

En la ausencia de su mano corría mi cabello, y el hilo de agua que no pudo arrancar el torso de Margarita, de sus ojos, para siempre.



¿Cómo puede un militar, ministro de la Defensa, decir que no hay minería ilegal en Canaima? Puede y siempre han podido. Porque es histórico el parche en los ojos. No hay minería, no hay Marta, tampoco Margarita.

Eme de militar.



A principios de junio de 2015, el ministro de la Defensa, Vladimir Padrino López, negó que se practicara la minería ilegal en el Parque Nacional Canaima, después de que la comunidad indígena pemón trancara el aeropuerto como protesta por esta aberración ecológica.

Horas después el gobernador del Estado, Francisco Rangel Gómez (acusado de permitir las mafias extractoras) y la ministra de Pueblos Indígenas, Aloha Núñez, desmintieron al militar y asumieron la preocupación de los pemones.

Eme de mafias.



MUJERICOLA5

OBRERA DE LA PAJA

Un escalofrío podría definirse como el embiste de dos temperaturas en la llanura de la piel.

Para cualquiera es una sensación inesperada. Si no, no es un escalofrío. Pero para una madre, no termina de serlo.

El primero de hoy me halla en los fogones. Es el toque secreto de mi pastel de calabacín. Sacudo la pierna derecha y resbala.

El malogrado rayo del Catatumbo hace cumbre en mi Lago... de sudores.

Cuántos litros en catorce horas.

Los escurro en el tendedero, junto a la ropa de color, para no teñir la blanca.

Gotea el piso de la cocina, oxida las faldas de la nevera.

Me hace la alfombra.

La atmósfera la corto como al pastel. La sirvo con una hojita de yerbabuena. Pero ningún adorno la hace comestible. Mis hijas la devuelven indigestas.

No es trabajo. No es noticia.

Antes de licuar un par de metáforas juego un poco con mi hija mayor a la cocinita. La parchita sabe mejor si ella sonríe.

El licuado me hace jugo la cabeza.

El segundo escalofrío es corto. Apenas me dibuja dos o tres poros de la piel de gallina.

Suena el horno y con él explota mi termostato. Hiervo en la fiebre.

Aún debo bañarlas, masajearlas, darles las gotitas, peinarlas, inspeccionar las uñas, las orejas, sacarles los moquitos, vestirlas, darles de comer, sacar los gases, contarles un cuento, dormir las, y no, para poder escribir, corregir, publicar, difundir, recorrer. A la más pequeña la acostumbré a los brazos. Me duelen las bisagras que sostienen esta hamaca a mi pared. Y entre respiro y suspiro, pajita sobre pajita para redondear el nido: obrera de la paja.

Las madres por puritica definición histórica podemos enfermar y como si no. ¿Quién se da cuenta de que las mujeres soportamos un lado oculto de la economía y que esa mano invisible sostiene el capitalismo? ¿Cómo le arranco a mis hijas, que en un par de décadas engrosarán el ejército de la burocracia propietaria? ¿Las crío para perpetuar la enfermedad?

En este trabajo no producimos bienes, sino seres humanos. “Es una extraña mercancía porque no es una cosa. La capacidad de trabajar reside solo en el ser humano, cuya vida se consume en el proceso de producción”, dice Marx. Y en esta espiral no hay poesía.

El delantal no es una extensión de la vagina. Y en el orden de las cosas no se trata de socializar la esclavitud, sino de librar los grilletos. No quiero salir de casa a trabajarle al patrón, pero tampoco hacerlo desde el hogar. No quiero pago, aunque el salario “desnaturalizaría” el sinónimo según el cual ser mujer es igual a ser “ama de casa”, y rechazo esa igualdad en la que hombre y mujer podemos ser equivalentemente usados. Una propuesta en contra de la individualidad podría ser y es la crianza en tribu. No lo propongo yo, hace rato habló la historia.

Algunas mujeres en el mundo cobran por lo que millones y millones hacen de gratis: la economía del cuidado, la llaman algunos teóricos. Pero son tan pocas y están tan dispersas, que sus condiciones son más una mesada que un reconocimiento a una parte del eslabón en la larga cadena que rodea el cuello de este mundo.

¿Cuántas en Venezuela? ¿Qué pasó con aquella propuesta de la época de Chávez? No llegó a ser escalofrío.



MUJERÍCOLA 6

CÓNDOR

A María Emilia una patada en la barriga por cada día que estuvo embarazada hasta entonces. Cómo podía traer al mundo a “otro bastardo comunista”. No supo si era ella o era su bebé lo que la mantuvo apretada a la pata de una silla, mientras Argentina la arrinconaba a golpes. No vivió para conocer a Laura. La hicieron parir, para robársela. Hasta hoy, treinta y ocho años después.

Laurita se supo en manos de los asesinos de sus padres. Quiso odiar a sus captores. No pudo. La noche del 11 de abril de 2015 dejó de empuñar la silla aquella y soltó su cuerpo al baile de la soga.



En la celda cuarenta y nueve, sesenta y siete mujeres, doce niños, una bomba lacrimógena.

El desespero las lanzó contra el piso para cubrir con una manta mojada la carita de los lactantes. Lloraban los gases, también la muerte en que se había convertido la vida. No hubo teta que los calmara. Tampoco grito que las librara de respirar. El aire se había confundido con una bomba ajena a su causa. Caminó el pasillo desde donde encerraban a los hombres y había de ahogar aún más las esperanzas. Desde entonces, Ana no ve bien. Tenía un poco más de un año cuando una nube le picó los ojos. Todavía hoy le duele mirar. Lía, que tenía dos, cuando algo no sale bien contiene la respiración hasta ponerse roja y explotar en llanto para bañar las sábanas. No soporta las

grandes concentraciones. La llanura se le parece al fin. Martita tuvo dos hijas. En el momento en que se portan mal le provoca abrazarlas con la almohada. No quiere hacerles daño. Quiere dejar de sufrir.



Graziella cocinaba cuando llegaron para apresarla. Se secó las manos en el delantal, mientras ellos caminaban por el jardín. Tapó la *tupperware*. Se despojó de la bata. Los miró acercarse por la ventana. Se hizo de un lápiz. Esperaba este momento. Había ocurrido con tantos, y ellos no serían la excepción. Su marido era un militante comunista, enemigo de número de la dictadura. Era 9 de julio de 1976:

Luis

Me vinieron a buscar las Fuerzas Conjuntas (de Uruguay).

Hay comida en la heladera.



Silvana y Manuel se habían juntado recién cuando les pusieron las esposas. Sus madres tuvieron que ir a la cárcel de cada uno a jurar que eran pareja, para que se les permitiera “cartearse”. Nueve años incendiaron las hojas jurándose amor, peleando por esto, juntándose por aquello.

*Mi compañera sin nombre,
compartamos nuestro pan,
nuestra risa, nuestro llanto,
mañana la libertad.*

Se encontraron en la calle cuando les soltaron las amarras. Silvana cerró los ojos y palpó la nariz de Manu, que no tardó en tomarla por la cintura

y estrecharla hasta que sudaron. Silvana se embarazó enseguida. Construyeron una casita. El sudor les mojó dos años. Se quisieron para siempre. Solo estuvieron dos años uno al lado del otro.



A Susana la detuvieron en su casa. En cuestión de segundos decide que su hijo Ernesto se quedase con sus abuelos. Faltaba poco para que cumpliera dos años. Y prefirió que viviese el infierno desde lejos.

“Hijo, mírame bien la cara”. Dijo mientras lo tomaba por los hombros. “Seré siempre tu mamá. Recuérdame”. Ella supo que era la última vez que presenciaría la bondad.

Cuando conectaban los electrodos a sus pezones, el Estado se reorganizaba.

*Yo no sé dónde nací,
ni sé tampoco quién soy.
No sé de dónde he venido
ni sé para dónde voy.
Soy gajo de árbol caído
que no sé dónde cayó.
¿Dónde estarán mis raíces?
¿De qué árbol soy rama yo?*



Laura era maestra de primaria. Esperaba un poco antes de que fuera la hora de la salida, cuando todos estaban preparando sus cosas para devolverse a casa. Cerraba las puertas del salón con llave. Miraba por la ventana. Pedía que bajaran las persianas. Enchufaba el reproductor de discos de acetato y desfundaba a Sui Géneris. “Canción para mi muerte” sonaba, y todos los niños

entendían. Algunos volvían a llorar y rodeaban a su maestra. Otros permanecían en silencio.

*Hubo un tiempo que fue hermoso
y fui libre de verdad,
guardaba todos mis sueños
en castillos de cristal.
Poco a poco fui creciendo,
y mis fábulas de amor
se fueron desvaneciendo
como pompas de jabón.*

*Te encontraré una mañana
dentro de mi habitación
y prepararás la cama
para dos.*

*Es larga la carretera
cuando uno mira atrás
vas cruzando las fronteras
sin darte cuenta quizás.
Tómame del pasamanos
porque antes de llegar
se aferraron mil ancianos
pero se fueron igual.*

*Te encontraré una mañana
dentro de mi habitación
y prepararás la cama
para dos.*

*Quisiera saber tu nombre
tu lugar, tu dirección
si te han puesto teléfono,
también tu numeración.
Te suplico que me avises
si me vienes a buscar,*



*no es porque te tenga miedo,
solo me quiero arreglar.*

*Te encontraré una mañana
dentro de mi habitación
y prepararás la cama
para dos.*



A finales de junio de 2015, se reporta la tercera amenaza de bomba en un mes en los Espacios Memoria y Derechos Humanos, de la Ex ESMA (Escuela de Mecánica de la Armada) uno de los centros clandestinos de detención, tortura y exterminio más emblemáticos de la dictadura militar argentina, ahora en las manos del pueblo organizado contra el alzhéimer colectivo.

La bomba estaría dirigida contra “LA IMPOSIBLE RADIO DE LA CASA DE HIJOS”. Firmaría un anónimo. Algunos recuerdos son insoportables.

A los treinta y ocho años de edad, el nieto recuperado 109 se suicidó en la ciudad de Buenos Aires. Pablo Germán Athanasiu Laschan era hijo de un matrimonio de militantes del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), con quienes fue secuestrado por parapolicías en 1976.

Habría sido apropiado por una familia con lazos directos con la dictadura. Recuperó su identidad en 2013.

Más de 1.600 militares de alta graduación de la última dictadura argentina (1976-1983) han sido procesados por crímenes de lesa humanidad. Entre ellos, más de 500 fueron condenados, muchos a cadena perpetua. Los juicios

llegan incluso a médicos, parteras y capellanes participantes en la represión.

Se estima en más de cincuenta mil los asesinados, treinta mil los desaparecidos y cuatrocientos los encarcelados por la coalición de Estados, durante la década de los setenta y ochenta en el Cono Sur.

Se acusa al cóndor.

*—Muy bien; me guardo el fuego en las pupilas,
cual si fueran volcánicas cavernas.
¿Y qué haré luego de mis dos linternas?*

Memoria y fuego.

MUJERICOLA7

SALLY

A la abuela de su abuela la obligaron a venir. Estando, la obligaron a rezar a santos pálidos, a pronunciar su palabra, a taparse las tetas airadas, a criar a hijos ajenos y a que su leche alimentase al blanco que mañana violaría a su hija, al que ahorcaría a su hijo.

Pudo dejar morir de hambre a sus futuros opresores, después de todo a ella no tardarían en colgarla. Pero nomás al llegar, murió la señora de la casa.

—Pa, ¿la leche de Sally es de chocolate?

No clareaba cuando Sally había hecho el desayuno, limpiado la casa y desaparecido su humanidad al cuartucho donde también se escondían las ratas. Allí, esperaba a que abrieran la puerta.

El amo entonces solo se asomaba para reclamos.

Tenía catorce años cuando llegó, y muchas fueron las veces en que él derribaría entradas y salidas, las de la casa, las del cuerpo. Sally está segura de que su hija del medio —Madison— es un turrón de leche.

Pero no sabe levantar los ojos —se los bajaron a golpes— para advertir al amo que a la que ahora visita es también su hija. Madison tenía quince, un año más que su madre cuando aquel ventarrón destrozó su vientre.

—¿Pa, por qué odias a Sally?

Ella cierra los puños al asomarse tras los muros de la casa, sigilosa para constatar el horror.

El amo –olvidaba el nombre del hombre blanco– alzaba por las caderas a su hija en común y la derribaba sobre la cama como cuando el trigal le da paso al viento.

Quiso gritar, pero ella misma se tapó la boca.

No quiso ser ni la mínima brisa, no pudo entonar el dolor.

Se devolvió a la oscuridad. Allí, mece su viejo catre, en el que seis varones le parió al patrón.

Se ha embadurnado las tetas con sábila y cambió su mansedumbre por la libertad de su prole.

Por esos días, cuando la esposa murió, fue cuando lo supo.

Había fallecido la señora de Thomas Jefferson.



Hay a quien le gusta almibarar la historia. A ellos les gusta creer –y hacernos creer en consecuencia– que Sarah Sally Hemings era la mujer de Jefferson porque así lo había decidido, no porque sufriera una especie de síndrome de Estocolmo. No cuenta que, como su madre, había sido comprada y usada como esclava durante todas sus vidas, por la familia del expresidente estadounidense, uno de los padres fundadores de esa nación. Incluso se ha llegado a concluir que esta esclava era media hermana de la mujer de Thomas, Martha Wayles Skelton, porque en el sálvese quien pueda de la época la norma era que los patronos violaran a sus esclavas y luego negaran sus frutos. Lo mismo haría el padre de Martha a la madre de Sally.

Pero no todas las hojas del árbol abonarían la tierra y nada más. Ochocientos descendientes de aquella relación reclamaron su legitimidad, como familiares directos del redactor de la tan venerada “Declaración de Independencia”.

No fue sino hasta 1998 cuando un estudio de la revista científica *Nature* difundiría que las pruebas genéticas de ADN realizadas a algunos descendientes de Sally Hemings confirmarían los nexos.

Jefferson lo negó hasta la tumba. El mismo hombre que escribiría en la fundación de su nación: “Consideramos verdades evidentes que todos los hombres han sido creados iguales y que su Creador les ha bendecido con determinados derechos inalienables, entre ellos, la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad”, era el mismo que luego sentenció que “la amalgama de los blancos con los negros produce una degradación que ningún amante de este país, ningún amante del carácter humano puede consentir inocentemente”.

Se dice que la invisibilización del otro es una de las formas de imposición de un grupo sobre otros. ¿Que cómo se puede explicar el odio racial en EE.UU.? ¿Y cómo no, si el mismo odio fundó esa nación?



En el que fuera el mayor puerto negrero de Estados Unidos, Charleston, en junio de 2015 nueve personas han sido baleadas por un delincuente de raza blanca, con solo veintiún años de edad y toda una historia de odio racial latiendo en su corazón. “Casi no las mato, porque fueron muy amables conmigo”, declararía tras su aprehensión Dylan Roof.

Los nueve afroamericanos fueron abatidos en uno de sus templos mientras estudiaban la Biblia. A la semana siguiente, ardieron seis iglesias negras más. La violencia policial abandera la brutalidad contra jóvenes cuyo único delito parece ser el color de su piel. La “condición” aquella de ser esclavos

ha sido cambiada por la “condición” esta de ser pobres, pero mayoritariamente de una misma carne.

Que hayan tenido un presidente negro no es una casualidad, sino más bien producto de lo que podríamos definir como un placebo contra el estallido social, como lo fuera Martin Luther King en su momento. Una simulación de victoria.

Roof es, y coincido plenamente con Brit Bennett, el terrorista blanco, una díada de extremos: “Humanizado hasta el punto de la simpatía o (...) tan monstruoso que casi se convierte en un ser mitológico”, como si él y los cientos como él no fueran más que la aguja en el pajar que es la historia racial de EE. UU. Pero negarlo, cercarlo y aislarlo es más cómodo. Es muy normal que en el pueblo exista tanto un McDonalds como los “loquitos” del Ku Klux Klan.

Roof habló en su detención sobre los hombres negros que supuestamente se están haciendo de sus mujeres (blancas), “las violan” y eso “hay que detenerlo”.

Thomas Jefferson puede dar fe.





MUJERICOLA8

ADEUS

Yacía boca arriba, derramada. Las piernas le temblaban. No sabía si mantenerlas en eme, o cerrarlas. Las bajó. Creía que era testigo de cómo su cuerpo sufría un ataque de epilepsia. Pero no podía parar. No quería. Sus muslos estaban a punto de quemarse con su propia lava. Hubo entonces un nanomomento en que se detuvo, observó sus dedos y no miró sangre. Continuó. Sudaba y si giraba un poco, tan solo un poco, hubiese podido exprimirse. Aún más. Se abrazaba las tetas, mordía los labios, prensaba los ojos, porque le costaba verse sentir. Pero no cerró la boca. Era una máquina de ruiditos involuntarios, y como si pudiera oírse, reía y lloraba al unísono. Se volteó contra una almohada, obligándose a no parar. El instinto le llevó sus dedos a la lengua. Se olió. El espejo de enfrente estaba empañado. Lo supo cuando se atrevió a desenfundar las comisuras de los ojos. Con la otra mano desdibujó su rostro en la niebla y se supo hirviente. Escribió: “Adiós”. Estaba a punto de morir y no quería salvarse. Se dio la vuelta y ya con su cara mirando el cielo se elevó desde el ombligo. Una luz la consumió.

Pero ha podido volver. Él la masticaba suavemente. No podía parar de sonreír.

Tenía treinta años cuando por fin conoció el orgasmo.



Treinta años y ya había parido a tres.

En el momento en que coronaron sintió que bailaban hormigas de fuego alrededor de sus pequeñas cabecitas. Esa danza fue la sensación más intensa del vientre hacia abajo que pudo vivir hasta entonces.

La más pequeña tenía cuatro cuando a los veintitantos Beatriz dejó su casa y con ella al marido. Se supo desierta.

Se había juntado con Antonio cuando no llegaban a los quince años. La primera de sus hijas la encargaron a los dieciséis. Toño era el único hombre con el que estuvo y ella –se suponía– era suya y de nadie más.



Sin embargo, no pudo volver a ser la misma después de aquella muerte, y en la resurrección se prometió –por lo menos– una agonía diaria. No tenía mucho tiempo para sentir lástima de sí misma.

Se encontró con un dador. Había olvidado aquella emoción de los primeros días y cumplió con su encomienda. Sobre la mesa, debajo de una escalera, en el baño del trabajo de él, mientras limpiaba, cuando atendía el teléfono.

Pero pronto se aburrió de este y de aquel. Los vio llover y secarse.

Se convirtió en coleccionista. Apiló sobre su lecho sudores y escalofríos como un montón de hojas muertas.

No había vuelto sobre sí desde aquel día en que miró su faz en el espejo.

Llenó la mesita de al lado de velitas. Sahumó la mente.

Bossa nova para bailarse en la voz de Maysa:

*Adeus, palavra tão corriqueira
Que diz-se a semana inteira
A alguém que se conhece
Adeus, logo mais eu telefono
Eu agora estou com sono
Vou dormir pois amanhece
Adeus, uma amiga diz à outra
Vou trocar a minha roupa
Logo mais eu vou voltar
Mas quando este adeus tem outro gosto
Que só nos causa desgosto
Este adeus você não dá*

Se apretaba las carnes y gemía... dos cortos pasos a la derecha, dos a la izquierda. La noche aullaba con ella. Dispuso la Luna en el firmamento de su cama y allí miró cómo se desvanecía entre las manos. El ojo de la palma exclamó el último suspiro: ¡Adeus!

MUJERÍCOLA 9

PINA

*Lo que yo cuento hoy
son las historias que hubiera esperado escuchar.
Lo que cuento no es sino una parte de aquello
que no he visto.
Si lo hubiera visto, no lo habría contado.*

ESPEJISMOS

A Pina, el hijo se le convirtió en árbol. Un jabillo enorme.

Ella acariciaba sus espinas todas las mañanas, en su acostumbrada procesión matutina.

Fidel, que así se llamaba su ceiba, había transfigurado su plexo en una corteza erizada, la luna del 31 de agosto de 1956.

Él no llegaba a veinte años entonces.

Cumplía el primero de su vida cuando una fiebre le ocasionó una meningitis que lo sembró en las faldas de su madre.

El mismo día en que se volvió callo, Pina supo que el Chacal de Güiria lo había marcado. Pero, Fidel no podía ser comunista. Lustraba cada pepa del rosario antes de rezarlo palante y patrás.

La última vez que le vieron había subido a los planes, cuando lo arrastraron por la barba.

Allí volaban papagayos los niños. Los que se escondieron para presenciar aquello también prefieren creer que deshojaba cada vez que el viento le convidaba a llorar.

Lo habrían tirado en las lagunas de por allí mismito, pero nunca nadie lo consiguió.

Pina no sabía si quería conseguirlo, y aunque la mayoría de las madres prefieren una tumba,

ella apretó la cintura del jabillo con una cinta negra cada año.

La gente la asumía loca, porque “cómo se puede vivir con un dolor de ese tamaño”. Y “por qué le habrá puesto Fidel”, y más aún, por qué le dejaba la “chiva”.

En enero de ese año, los barbudos habían irrumpido en Cuba y prometían el comunismo. A Don Pedro no le gustaba aquella nefasta coincidencia, tanto como a Fidel le aterraban las tijeras.

Estrada sentía un odio sin orillas por los comunistas.

Fidel hacía los mandados en el barrio, embolsaba en la bodega de Carlos y era conocido por las beradas que llevaba en las manos, porque siempre podía ser ocasión para volar. Nunca usó pantalones. Es así como las raíces –del jabillo que fue– desnudaban las rodillas. En Semana Santa dejaba caer muchas “orejitas” porque ansiaba oír las oraciones a María.

A Pina le contaron que a “otros comunistas” los arrojaron de helicópteros, les quemaron su sexo, incluso les cortaban las extremidades. Los enviaban a Guasina y cuando crecía el Orinoco morían ahogados en el islote. Su árbol se hubiese podrido, pensaba mientras se llevaba las manos a la cabeza. ¡Bendito!

Alguna vez decidió cambiarle el nombre, para que no le siguiesen llevando tabacos como ofrenda. Pero era muy tarde. Y si no le hubiese llamado así –se daba golpes en el pecho–. Y si lo hubiese amarrado a la cama para arrancarle el bigote. Y si...

Todos los domingos, el vestido de Pina ondeaba en los planes. Se hacía de una horqueta para bajar los papagayos que se atoraban entre las ramas de Fidel, hasta que hubo un momento

en que la artritis no le dejó hacerlo más. Una vez pudo volver a sonreír. Le gustaba pensar que era su hijo el que enredaba los amarres de trapo que hacían la cola de las cometas.

La última vez que vimos a Pina, había reunido las orejitas de su árbol, las puso en el mortero y las amasó con la arepa del día. Se la puso en la lengua como una hostia. Hubiese querido que el veneno fuera suficiente.

No saldría más de su cama.

Se dice que emplumó. Se la reconoce por ser la única papagayo que come del jabillo.



La madre de Pedro Estrada se llamó María Albornoz. Tenía en los ojos la mar serena de Vargas y un cuervo revoloteando desde que lo parió.

Al decir del poeta libanés Issa Makhoulf, “El vientre, siempre hermoso, es, en la mayoría de los casos, una fábrica que produce bestias”.



MUJERÍCOLA 10

CLARICE

A Clarice la conocí una luna de mayo, al borde de una *praia do Rio Branco*.

Había llegado a Boa Vista una semana antes, y durante fui afluente de sus aguas sin puerto.

Esa noche, un taxi me ruleteó por sus calles de asfalto y tierra. Yo trataba de entenderla en portugués y de cruzar su lengua para sacar del barro a Joana y a mí.

Lispector conducía y pisaba cada cráter a propósito. En el batuque del Renault 16, la miraba cada tanto asomarse en el retrovisor, para acusarme: lejos de su corazón salvaje. La luz tenue y amarillenta iba y venía en cada bache.

Yo tenía veintitrés, la misma edad que ella cuando escribió su primera novela, entonces en mis manos. Solo había podido garabatear un par de cartas monocordes, unas cuantas noticias mediocres, y soñaba poder arrugar el papel. “Yo solo sé usar palabras y las palabras son mentirosas”.

Cuando llegamos a la casa donde me hospedaba, le ofrecí todos los *reais* que tenía en la cartera, para que me diera otra vuelta. Cansada como estaba, ni se volteó.

Cuando Clarice era pequeña, sus textos fueron despreciados en concursos literarios, porque en vez de un cuento, “describía sentimientos”. Ella nació y creció con frenillos. Sus erres le conferían un dulce carácter de niña que resistió a que la cortaran. No le molestaba, pero no le gustaba hablar.

Por la tarde tomaba notas. En las mañanas escribía. Metódica.

Soy una persona muy ocupada: cuidado del mundo. Lúcidamente apenas hablo de las miles de cosas y personas de quienes cuido. Pero no se trata de un empleo, pues dinero no gano con eso. Quedo apenas sabiendo cómo es el mundo.

¿Quién puede vivir de lo que escribe, sin un Nobel, sin la autoayuda, la publicidad, la élite, y otros monstruos? ¿Quién puede escribir sobre escribir, enunciar palabra sobre palabra, lanzarlas como la piedra que rebota en la momentánea tranquilidad del agua empozada?

Venderse es tomar un frasco de aspirinas sin agua.

2011. Una editorial con nombre de fruta recopila las publicaciones periódicas de Clarice Lispector, hechas entre 1959 y 1961 para los periódicos de Río de Janeiro, el *Correo da Manhã*, en el que firmaba como Helen Palmer la columna "Correo femenino-Diario de utilidades"; y otra como Ilka Soares en el *Diário da Noite*, que además le da nombre al conjunto de notas recogidas recientemente por Siruela: *Solo para mujeres*.

A pesar de que las escribió letra por letra, aquellos consejos y secretos, aquellas recetas, no son leales a su autora. No pueden ser de ella y por eso no las reconoció. Las escribió con hambre, con la fatídica realidad de quien escribe. Bastardas, aquellas líneas, son de Helen, son de Ilka y también de su Frankenstein, en menor medida. De ellas, esto:

Hay mujeres de quienes podríamos decir: no tienen rostro. Realmente es así, pues su fisionomía está sumergida de tal manera, con rasgos indecisos y colores apagados, que recuerdan un cuadro solo esbozado, nunca terminado.

Los pómulos de Clarice se parecen a los míos, un par de cumbres, para zambullirse en el silencio elegido.

Antes de bajarme de aquel taxi le pregunté por qué era tan densa su selva, impenetrable. Sus ojos marrones respondieron con otra pregunta sobre la hoja ajada: “¿Por qué hablas de cosas difíciles, por qué empujas cosas enormes en un momento simple?”.

He estado algunos años tratando como Chaya² de coger con la mano la palabra, pero como Joana, ha de ser que necesito saber lo que quiero: otra noche en Buena Vista y la cadencia de un *berimbau*, mientras penetro el *Perto do Coração Selvagem*.

Sé lo que quiero: una mujer fea y limpia, con senos grandes, que me diga: “¿Qué es eso de andar inventando cosas?, nada de dramas, ¡venga aquí inmediatamente!” –y me dé un baño tibio, me ponga un camisón blanco de lino, trence mi cabello y me meta en la cama, muy enfadada, diciendo: “¿Qué es eso?, andar por ahí sola, comiendo fuera de horas, que hasta va a coger una enfermedad, déjese de inventar tragedias, piense que es grande y buena la vida, tómese esa taza de caldo caliente”. Me alza la cabeza con la mano, me cubre con una sábana grande, aparta algunos mechones de mi frente ya blanca y fresca, y me dice, antes de que yo me duerma mansamente: “Va a ver qué pronto engorda esa carita, olvide tonterías y quédese ahí, como una niña buena”. Alguien que me recoja como un perro humilde,

2 Chaya es el verdadero nombre de Clarice, que cambia a este último al llegar a Recife, Brasil, de dos meses de nacida, en 1921.

*que me abra la puerta, me regañe, me alimente,
me quiera severamente como a un perro, eso es lo
que quiero, como a un perro, como a un hijo.*



MUJERICOLA 11

MUJER SALVAJE

A Clarissa Pinkola Estés, gracias.

“Por la noche, los maizales crujían y hablaban en voz alta”. A su abuela le gustaba callar para oírlo. Durante esa luna juntó los huesos cerca del fuego. Tiró sobre la chispa unos cuantos pelos de loba. Cerró los ojos y se adentró a la montaña. Un rayo clareó sobre sus cabezas. Pronunció palabra y el sonido se hizo canto, y el canto danza.

Como en La Grieta, se enfiló una tras otra la ola para fecundar el vientre de la hija. Sería así su abuela responsable de dar oscilación a sus piernas, de hilar los huesos, huesera. Los siete océanos se reunieron para levantar la escultura blanca, y se retiraron para que brotara la carne, como antes, como siempre.

Nació Clarissa.



A Clara le gusta oler el rosario después de que su mamá vieja lo cuenta pepita por pepita. Desgrana sus oraciones a la Virgen Negra. Guadalupe, la madre. Por eso, cuando se caía, sentía la pérdida de su negra bonita, se desma-draba.

En su boca le borbotean larvas queriendo volar como mariposas. Pero, sobre todo, le gusta escuchar. Su abuela la sienta sobre la mesa de la cocina. Ella cierra los ojos. Y siente cómo el filo desmiembra la concha de la pulpa. Imagina cómo

las venas del laurel empalmaron las hojas. Se pregunta cómo el sol pudo adentrarse en el huevo sin romper la cáscara. Entreabre los ojos, para descubrirse los dedos de los pies “como hileras de maíz dulce”. Se angustia, ¿su piel alimentará a otros?



Hubo el día en que un río visitó el torrente que era y, río bajo río, corrió a la desembocadura, con sus manos bautizadas en sangre. El cielo de sus ojos se multiplicó y era una noche estrellada. Su pelaje se erizó y batió la cola como la menea el silvestre ritmo de su manada. Quiso gritar y en el aullido devolvió la semilla al árbol, luna.

Se convertiría en un frondoso matorral y sus raíces beberían del mismo pozo que otras ramas.

Pronto se darían cuenta de que la incursión de su lengua en el agua común, dibuja círculos concéntricos que hacían temblar el espacio ajeno.



Ella aprendió el fino arte de devolver de la guerra a los imbeciles. Pero en cada bocado, Clara se consumía. Pasó de ser una mujer robusta a un silbido de ánima. Era como si su cabeza estuviera atada con una bolsa negra. Olía a sábila quemada. Dejó de escuchar a su vieja latir en sus manos. Y se supo muerta. Abrazó su sombra y comprendió así la necesidad de que la muerte llegue a los moribundos.

Solo sentándose alrededor del fuego, entre piedras hirvientes pudo abrazar nuevamente el aliento. Le ha costado respirar, pero finalmente supo que no tenía que aprender a hacerlo. La mujer de las algas, aquella de sus noches en el lago, hizo arder el nopal que apretaba en candela a la roca.



Ha vuelto con la fuerza de una muchedumbre
de manos hambrientas. Regresó. Y sabe que en
sus cuentos, la resurrección.

MUJERÍCOLA 12

NORMA

A Norma no le gustaba ser la excepción que confirmara su nombre.

El Rey se oscureció la melena, pero antes ella se la destiñó. Ambos movieron las caderas a cambio de la fama y la fortuna. Su desnudez no era tal, la cubrían centenares de oídos, millones de ojos: “No es cierto que no tuviese nada puesto. Tenía puesta la radio”. No era tonta, tampoco rubia. Pero podía ser lo que usted quisiese, su coeficiente superior a ciento sesenta se permitía un ventilador de metro faraleando sus faldas.

Cuando algunas personas se masturbaban con sus fotogramas, ella iba a la Universidad a estudiar Historia y Literatura, enamorada del olor a tinta que empapaba letra por letra y la brisa fresca del acordeón de hojas de los clásicos. Incluso muy por el contrario a lo que sentía por sí misma, amaba los libros.

Después de que quebraran el vientre de su hoja, se lavaba frente al espejo tantas veces pudiera encerrarse en el baño, si no, apartaba del fregadero los platos para que sobre ellos no cayera su suciedad.

No le dolió tanto enterarse de que la abuela que le diera el apellido con el que fuera famosa, Monroe, intentara asfixiarla cuando solo tenía un añito de vida, como ver que un vecino vaciara una pistola contra Tippy, un mestizo de Los Ángeles que ladraba lo que la niña no podía y que parecía ser el único afecto de Marilyn allá en 1932.

Norma Jeane (o Jean, como prefería, sin la “e”) había cumplido seis y una tartamudez le hacía salivar más dolor.

Un año después su abuelo se suicidaría y al poco tiempo su madre Gladys sería internada por esquizofrenia. La niña daría las patas a su primer orfanato. Luego a las manos de sus tutores.

1933. Iba de la cocina al cuarto. Llevaba consigo siete largos giros al sol y un vaso con agua que alcanzaba a sostener con las dos manos. Él solo necesitó una garra para empinarla, y la correteó hasta apretar. “Te alcancé”, mordió la presa. Se suponía su cuidador. Ella no supo nunca cómo recoger sus aguas, tampoco pudo nadarlas. Le habían triturado los huesos de la sonrisa. “¿Puede un hombre sonreír cuando contempla a la mujer más triste del mundo?”, se preguntaría más tarde su galán, Gable, en *The Misfits*.

Nadie nunca le dijo lo hermosa que fue cuando solo era una niña. Nadie se detuvo a contemplar sus huequitos bajo los pómulos, monederos de la luna. A la Holly de Capote se la pasaron de mano en mano, hasta que el manoseo constó en actas, el diecinueve de junio de 1942, casada y salvada de otro orfanato. Sería el más largo de sus matrimonios, de cuatro años. El más corto, un fin de semana.

Durante su cautiverio, el amor acontece. Norma y un lápiz:

*Mi amor duerme junto a mí
en la débil luz veo su viril mentón
aflojarse y la boca
de su adolescencia regresa
con una blandura más blanda
su sensibilidad temblando
en la quietud*

sus ojos tienen que haber escrutado el exterior
maravillosamente desde la gruta de su
adolescencia
cuando las cosas que no entendía
las olvidaba
pero tendrá este mismo aspecto cuando esté
muerto!
oh hecho insoportable e inevitable!
pero ¿preferiría que llegase la muerte
de su amor antes que la suya propia?

Secretamente infeliz, aprendió a ser alegre. Se hizo de una modesta casa, cuya inscripción de bienvenida era una despedida: *Cursum perficio* (aquí acaba el viaje). *Socorro, socorro, / socorro. / Siento que la vida se me acerca / cuando lo único que quiero / es morir.* Se tiró al vacío Kennedy, una especie de maldición que se riega como vapor de veneno.

Marilyn confirmó a Galeano: quiso ser salva-da de la soledad. Norma lo negó.

La ene inicial de Norma finaliza el nombre del que según su confesión *antemortem*, es un exa-gente de la CIA y también su asesino: NormaN.

Otra vez un hombre le da de baja. Y esta vez para siempre. Norman Hodges, un moribundo de setenta y ocho años de edad, se acredita el asesinato y con su declaración muere Marilyn, y el in-soportable peso de ser otra hasta el último aliento.



MUJERICOLA 13

FORUGH

Fue leprosa. Aunque la bacteria nunca la tomaría, a su cuerpo una llaga le supuraba. Le arrancaron al hijo como a una gasa de la costra. Y sangró hasta el último de sus días, manantial de lágrimas. *Recuerda que es inútil que te pongas bella y que eres una canción en el desierto, abandonada de los tuyos. El día decae, las sombras de la tarde se alargan y como una jaula llena de pájaros, nuestra vida está llena de lamentos.*

Apaga las luces, porque la oscuridad vela la fealdad, *La casa es negra* (1967):

Forugh Farrojazad tenía quince cuando la escuela le apretó y se la quitó de encima como un mal brasier. Se despojó de una amarra para entraparse en otra, con un pariente quince años mayor que ella. Al año de casarse, en 1953 da a luz a Kaymar y en el 54 se desamarra el marido. Le arrancan así al hijo de la tetas, y a ella, la hija que fue... de los padres que alguna vez tuvo.

Teherán ardió en consecuencia. Su poemario, *Cautiva*, nace de su primera muerte. A ella la llamaron puta, la más leve de las piedras, a su editor lo hicieron preso.

El Muro y Rebelión serían la antesala de su primera y única inmersión como directora de cine, de la mano de un amante, bordearía su pústula en los ojos ajenos de la Leprosería de Tabriz.

Del poema-documental, una escena entre otras. Un profesor para niños leprosos les pide formar una frase con la palabra "casa". El niño se

levanta y escribe en la pizarra: “La casa de la lepra, la casa es negra”. “Cita cuatro cosas bellas”, y uno contesta: “La Luna, el Sol, las flores, el juego”. El profesor vuelve a preguntar, esta vez por “tres cosas feas”, y la pequeña herida responde: “Las manos, los pies, los ojos”.

*En mi noche, tan breve, ¡ay!
El viento está a punto de encontrar las hojas.
Mi noche tan breve está llena de devastadora
angustia.
¡Escucha! ¿Oyes los susurros de las sombras?
Esta infelicidad que siento ajena a mí.
Estoy acostumbrada a la desesperación.
¡Escucha! ¿Oyes los susurros de las sombras?
Allí, en la noche, algo está ocurriendo.
La Luna está roja e inquieta.
Y, agarrada a este tejado
podría derrumbarse en cualquier momento.
Las nubes, como una multitud de mujeres de
luto,
esperan el nacimiento de la lluvia.
Un segundo, y luego nada.
A través de esta ventana,
la noche tiembla
y la tierra deja de girar.
A través de esta ventana, un extraño se
preocupa
por mí y por ti.
Tú, en nuestro césped,
pon tus manos –aquellos abrasadores
recuerdos–
en mis tiernas manos
y pon tus labios, llenos de calor vital
en contacto con mis tiernos labios.
¡El viento nos llevará!
¡El viento nos llevará!*

A Forugh la aislaron como a una leprosa y su oscuro poema coaguló las nubes nocturnas. Logró engendrar la belleza. No la que se vende por catálogo, la belleza que es tan delgada que se pierde de vista, la belleza. Aquella que cuando se cree entremanos, se apaga como el culo de una luciérnaga. *El mundo está lleno de fealdad. Aun habría más si el hombre apartara la mirada.*

La vida la despidió como quien descorre una cortina, sin concepto, exigiendo una ventana. Y ella no se defendió. Tenía treinta y siete años, cuando fue enterrada –en el jardín– de un beso por la noche y renació de un beso por la madrugada.

*Y luego
el sol se enfrió
y la prosperidad abandonó la tierra.*

*Las plantas se secaron en los jardines
y la tierra dejó de aceptar a sus muertos.
Las noches, tenazmente inquietas
en todas las ventanas pálidas,
eran como una sospechosa invención.
Y los caminos
abandonaron su curso en la negrura.*

*Ya nadie pensaba en el amor,
ya nadie pensaba en la victoria,
ya nadie pensaba en nada.*

*En las cuevas de la soledad
nació lo absurdo.
La sangre olía a hachís y a opio.
Las mujeres embarazadas
parían niños sin cabeza.
Las cunas, avergonzadas,*

*se refugiaban en las tumbas.
¡Qué tiempos tan amargos y oscuros!
El pan había derrotado
la impresionante fuerza de la predicación.*

*Los profetas
huyeron de los lugares divinos.
Ante el estupor de los prados,
los corderos perdidos
no oyeron la voz del pastor.
(...)
El sol había muerto.*

MUJERÍCOLA 14

TRINA

Ella nació tres veces.

La vez que el viento de Río Chico movió las hamacas en la entrepierna de su madre. Cuando se arrejuntó con Orlando. Y cuando Orlando murió. Dos hijos le parió: Sebastián y Juan.

Ochenta y tres han sido las vueltas en las que el sol le ha dado la cara y la espalda. Según ella “ya va de ida”, y su cuerpo sigue siendo reloj de arena. Su mejor obra consiste en estar viva.

No silba y aunque pasaba en limpio todos los libros de su marido el poeta, no le gusta manchar el papel. Pero es cuentera y lo agradezco.

La palabra casa hace de techo al piso de otro, y en las ventanas de su cocina cuelgan las sábanas roídas y hepáticas de “una vecina sin pudor”.

Su hogar, un viejo apartamento de ciento diez metros cuadrados, hila bibliotecas escondidas y otras a la vista.

“Las plantas son la vida de una casa”, me conduce orgullosa a su balcón y luego se tiende en su sofá. Su metro cincuentaytantos no lo llena. “¿Comenzamos?”.

Los domingos la arregla para sí misma y para la visita. “Si no fuera la mujer de Orlando, yo no te importaría”, me suelta. Pero me importa más de lo que cree.

La mayor de cinco, le teje a su hermana –la que le sigue– una bolsa con el hilo que desandó de un suéter viejo. Es marrón con *beige*. Me lo

muestra. “Ya ni un hilo se puede comprar”. Sonríe en cada final de frase y yo le creo el gesto.

Su hermano del medio está a punto de perder el hígado, porque como a su marido “le gusta más el ron que al puerco el suero”. Su cruz es una cruz fabricada con madera de barril.

Es verdad que fui a saber qué comía Araujo, pero me imaginé que la comida para él era solo un trámite. En cambio, para ella es un espacio en el que muñequear sus dotes. “Cocino mucho. Me gusta y me conocen por hacerlo bien”.

Trina Urbina puede ser el nombre de la protagonista de una novela. Es un azulejo que frente al Caribe no se distingue, pero se oye incluso cuando una ola choca contra la piedra.

Estudió historia y por comunista estuvo desempleada cuantas veces quiso el patrón. Supo luego apagar las llamas aquí y allá, afuera y adentro, para ser una imprescindible donde quiera que llegara.

Como en muchas historias, Trina sostuvo la piedra en la que se talló la figura de Orlando. Pero entendió y supo que estaba casada con un poeta. Llevó el pan, fue-es madre (de cinco hijos e incluso de su marido) y padre, y aunque también fue perseguida –y presa política– pudo torear la muerte.

Ella surtía de vida a los moribundos que siempre fueron su marido y sus amigos. Cuando lo traía del hospital a casa, en el camino se encontraba con la mujer de aquel, que lo llevaba con las mismas razones al saco, para internarlo. Se los bebió de un solo sorbo, fondo blanco, compañera de viaje.

No hay un hueco sin recuerdo en aquella casa. Podría decirse que es un museo de la palabra, de él y de ella, porque si él escribió, ella lo habló.

Me echó los cuentos. Me pidió que no dijera un par de cosas. Yo me permití echarle algunos míos, y en eso nos pasaron tres horas en un pestañeo.

Como lo hace mi madre con la persona que por primera vez la visita, Trina me paseó por su casa y me indicó dónde quedaba qué, para luego adentrarme a su cuarto. Mientras cambiaba a mi hija en su cuarto, me empacó una bolsa con cereal, margarina y un litro de aceite, porque “de eso se trata la vida, tú me traes torta y yo te la troco por algunos ingredientes”.

Andaba triste porque sus nietas habían partido a otra ciudad. “Mira esto”, señala un par de muñecas de trapo. “Son de ellas”. Las tiene en el sofá de enfrente como un portarretratos.

En la mesita de noche una torre de libros de su marido le hacen de cabecera.

No tiene gatos.

Trina perfuma la ausencia.



MUJERÍCOLA 15

MALENA

A Malena la traía su tía Jacinta. Ambas se vinieron de Medellín. Jacinta hace veinte años y Malena hará apenas uno. Jacinta limpia en la casa de estos los lunes, miércoles y viernes, y de aquellos martes y jueves. También lava los baños de un liceo en Valles del Tuy los sábados.

La tía se trajo a la Male porque el marido (un servil paraco) la-iba-medio-matando y “allá no iba a tener futuro”. Caracas sería mejor destino. Pero Malena no pudo trascender San Antonio del Táchira. Se enamoró en su pequeña estadía y quedó embarazada hace exactamente seis meses.

Jacinta dejó dos hijos en Colombia que ya superan su veintena del lado venezolano. Los que parió acá le hinchan a los cafeteros. Jacinta llegó para limpiar la mierda de los que cagan más arriba del culo. “Si yo hubiese sido española o portuguesa, mi historia en este país fuera otra”. Los latinos llegan a fregar. Los europeos, a ser propietarios.

Malena repitió la historia de tantas. Apenas el amor se enteró de su preñez, se fue a comprar cigarros. Le tocó parar en una de las invasiones, equilibrar cinco planchas de zinc y ofrecer sus manos para tallar la mugre en casa ajena.

Ayer, el siseo de una lata de *spray* la levantó.

Los verdeoliva, armados hasta los dientes, ya no venían por la vacuna, sino que dibujaban sobre su puerta la letra De. La barriga de una De azul tan grande como su panza. Le tocaba ser Derrumbada,

Despojada y Deportada. La cogió un amanecer de esos en los que pagan justos por pecadores.

La hermana de su madre en Caracas sigue la noticia por el televisor de la patrona. Ha aprendido a no hablar, porque con el paso del tiempo fue descubriendo que su acento asqueaba. Pero al mirar a hombres, mujeres y niños deslomarse, se lleva las manos a la boca y se cuele un “¡Bendito!”.

A Malena le tocó jurar que no escondía a nadie y que ese nadie había huido después de dejarla embarazada. No quedó catre, tampoco cocinilla. Solo llegó a armar una bolsa de ropa con una sábana atada de las cuatro puntas. Era una de las casi mil doscientas personas repatriadas al sálvese quien pueda, a través del río Táchira.

Lo único que se lleva de Venezuela es a un perro que se quedó con ella, del lado de afuera de su rancho, incluso cuando a la Guardia Nacional Bolivariana le fue suficiente expandir los brazos para derrumbarlo.

En el camino, Esnupi José (que así llamó al perro) se le cayó en el río y en el esfuerzo de salvarlo se raspó la rodilla. “Nadie ayuda a nadie”, se lamenta mientras ensaliva la herida. Dejó caer la ropa para que se la lleve la corriente. “Estado de excepción tengo yo”.

Jacinta le prometió una base de paz, la misma que Chávez, porque a pesar de la mierda en sus manos, eso encontró en Caracas. Pero no pudo Malena, ni la circunstancia, terminar de nacer. El petróleo cayó así como las ganas de hacer revolución para algunos. A ella que limpiaba, la barrieron.

Del lado colombiano no tiene más esperanza que las de parir.

No la quieren ni aquí ni allá y lo único que la mantiene en el camino es el latido de su ombligo.

La esperanza la preñó y huyó.

MUJERÍCOLA 16

ANA

Le pregunto a un amigo qué hacía Anita. Yo quería saber si la cacica seguía haciendo quesos, sembrando aquí, ordenando allá. Y me respondió: “En horas de la mañana viene a enterrar a su hijo Cristóbal, en la comunidad Kuse”.

Cristóbal, a la mitad de la calzada para ser hombre, todavía niño, ha sido muerto en manos de algunos “efectivos”, por ser testigo en el asesinato del cacique Sabino Romero.

Ana no camina, Ana vela el sepulcro.

Quinientos años no han podido consumirla. Pero de a poco acaban con todo hombre que la rodea, porque la historia cree que así lograrán disminuirla. Sí, la historia es una bala, un gran falo de pólvora.

Ana había enterrado a dos hijos, y a cinco más había curado de ser heridos. También a ella la hirieron, a ella que resiste al puma de mil cabezas que lo mismo se la come, que la roba, que la cerca.

Se supone que debía celebrar, porque en vez de veinticuatro mil hectáreas, ahora explotarán solo siete mil del carbón de la sierra que custodia. Pero no tiene cara para la fiesta.

Debió alegrarse por los treinta años de condena contra “El Manguera” que asesinó a sus hijos, también a su compa de lucha Sabino, pero son cuatro los menos y hubiese querido sus vidas y la libertad a cambio. Los Manguera se multiplican y el exterminio anunciado continúa.

La odia el ganadero, el guerrillero, el paraco, el terrateniente, el cacique que se vende, el Estado que no logra dar con ella, la odia el watía. Y con igual fiereza la ama la montaña, el arco, la flecha, la dignidad.

Cacica kuse, Anita, ronda los cincuenta, pero la cordillera la hace eterna. Jesús –un wayúu de por los caminos, que se está quedando ciego– atraviesa sus aguas. Carmen Fernández Romero es su nombre de pila, pero prefiere ella llamarse –y también el watía llamarla– Anita. Su padre fue wayúu, y ella se asume yukpa, como la matriz que la enraizó a los bordes del río Yasa y Tukuko.

Del préstamo del Fondas, las vacas que le dan dos litros de leche diarios que lleva al mercado de Machiques. A veces las gallinitas le dan huevos o cultiva ají, yuca y plátanos, que le cambian por un par de monedas.

El dinero le mediosirve para ir y venir.

Es temprano y llega a Caracas. Trae los papeles que le han ordenado desde la burocracia para que las mujeres de su comunidad reciban la mensualidad retrasada desde hace unos meses de la Misión Madres del Barrio, también es la encargada de que se aceleren los créditos agrícolas y avance la demarcación de tierras por la que han pasado por la pólvora a su gente.

En una bolsa de plástico los ordena con precisión. No puede permitirse errores, porque de ella depende el alimento de la comunidad. De su puritica sangre diez hijos la aguardan y treinta y cinco nietos. Todas y todos se guarecen del aguacero bajo las latas de zinc de su rancho de madera y adobe.

Se la ve serena y no es sino cuando una le suelta la lengua que se revientan los diques y una

cascada de dolor destroza cuanto pecho se atreva a ponerle frente. Ella no llora.

El Estado le prometió pagar las bienhechurías de las parcelas Las Flores, cuyos terrenos se pelea con el hacendado de Las Delicias y sus matones. No lo hizo. Le aseguró resarcir los daños causados por la aprehensión injusta, durante diecinueve meses, de su hijo. No lo hizo. Le garantizó custodia. Tampoco cumplió.

A su hijo Alexander, aquel muchacho de mirada rasgada como pluma en horizonte, que acompañó en presidio a Sabino Romero, lo mataron a tiros y le arrancaron los ojos con un gancho de ropa.

La calma de Ana es la de una tragavenados zigzagueando entre hojas secas, detrás de las pupilas de su hijo.



MUJERÍCOLA 17

LUCÍA

La mujer yukpa sostiene el Caribe con los dientes.

Lucía se pone por occidente, después de rasgar el cielo sobre la cabecera del Lago.

Es hija del río Yaza. Su madre, la corriente. Su padre, las piedras.

Nueve hijos lega, once nietos.

Cuando le mataron al marido, la hirieron no solo en el brazo, sino en toda la Sierra. El corazón de Perijá se detuvo y hubo que tejerlo con el alarido con el que le canta la más bonita yukpa, para que andara.

Habla el castellano poquito y poquito le habla el castellano.

La historia de Lucía Martínez Romero es una cesta, el entrecruzamiento y la torsión de la palma, una espiral de hoja larga y seca como el humo del tabaco.

Se dice que un día Sabino la oyó, apretó los ojos y cuando los abrió, ella se plantó en su cara y él en la de ella. Desde entonces, supieron que sus almas reían. Él la celaba de la brisa que mecía el monte. Ella faraleó su conuco y desenvainó el machete cuando vinieron a robarla.

Se amaron a pesar de los traficantes de la tierra.

Y alzaron lata y cocotero para construir una choza que le tumban de cuando en cuando.

Lucía se ha subido a una palmera y desde su copa verde sigue su procesión de muertos, la vela

que le enciende el watía, la bandera que alza el político, mira cómo unos que se mientan guerrilleros se les llevan las vaquitas y el toro. Vio llegar a su suegro mediomuerto a golpes y terminar de partir envuelto entre hojas, en posición fetal para volver al ombligo de la madre.

Podría Lucía venderse, como algunos de sus vecinos, podría pactar y desaparecer en paz. Pero la mujer yukpa no conoce la rendición. Prefiere sangrar sus manos con cada cesta, que ofertar el alma que todavía le sonrío a Sabino.

Un año después de que los perros de la tierra lo descuartizaran, el paludismo se llevó a su hija Mirian, si acaso la única en Chaktapa que tejía incluso más bonito que la mamá.

Lucía lloró la chicha que todos bebieron, amarga, aguada.

Alguna vez cerró los dos ojos y pudo regresar a las manos de su hombre, nuestro Guaicaipuro. Volvieron a cantar juntos. La canela de los labios de Sabino se acercó a sus oídos, ordenó sus mechas azabache detrás de la oreja de Lucía y en un suspiro le suplicó que siguiera la lucha por la tierra.

El fuego en su ingle lo conjuró a sus estrellas, un cielo oscuro, espeso. Ella lamió sus cicatrices.

Y Sabino, Sabino fue de Lucía.

Un disparo la devolvió a Tizina, al norte del Tukuko.

Por la noche le ha tocado zarandear a este que quiere tocar a su nieta, o guardar una parte de la pensión de la Misión Madres del Barrio para que no violen a una hija, o librarse de una mamada a este sicario, o aquel cuatrero. Tiene que pagar para que no la obliguen.

Ella intenta ser cacica a solicitud de su comunidad, pero no puede costear los dos días de asamblea en los que debe proveer la atención de

las otras comunidades que deben aprobar su liderazgo.

Cincuenta años tiene Lucía. Y la sangre –su sangre, que abona la tierra que la delineó– podría agitar los ríos que atraviesan la Sierra, porque escarban Perijá desde antes de que naciera.

Un siglo completo entre el filo y la pólvora obligaron a sus ancestros a refugiarse bajo la fronda profunda.

Confío. Volverán al verde a saber vivir sin mendigar la vida.



MUJERÍCOLA 18

PATTI SMITH

*En la vida de mi madre, la tragedia no tuvo fin.
Sin embargo, ella se levantaba, tomaba aire y salía a
lavar y a colgar ropa. Ella me decía que cuando mira-
ba la ropa, las sábanas moviéndose al viento, y el sol,
era como un nuevo comienzo.*

Hija de una testigo de Jehová, alguna vez gritó que Jesús había muerto por los pecados de alguien, pero no por los de ella. Patricia Lee –Patti– Smith es una yegua en la sabana del poema, cuyos cascos aprovecha el rock para justificar su renacimiento.

A los cuatro años alucinaba. La escarlatina se fue de su cuerpo, pero las imágenes habitaron sus días. Las oraciones de su madre fueron insuficientes, por eso inventó la poesía.

Una condición más la acompañaría: veía doble: Su madre Beverly, la del tendedero y la cruz, y también cantante de jazz, le enseñaría a rezar, a poner cada palabra en su lugar santo. Y de su padre, el ateo, la luz de la oscurana, tanta para hilar aquella idea de no querer ir al cielo, si allí no hay arte.

Patti es tan hija de Rimbaud que se hizo vidente.

Nació en mil novecientos cuarenta y seis. A los dieciocho un hueco en el bolsillo la formó en las filas de una fábrica de colchones en New Jersey. Su libro de iluminaciones fue a dar al inodoro, como la cabeza de Patti, por “comunista”.

A los veintitrés quedó embarazada y, negada al aborto, dio a su hija en adopción.

Salía del hospital y no tenía fuerza ni para sostenerse. Después de su más doloroso *performance* extendió sus brazos y sus entrañas se escurrieron en manos extranjeras.

Arthur le susurraría, está acostada *en su cuna de plumas; y el sonajero ruidoso calla, junto a ella, en el suelo.*

Patti envolvió su gargajo en un pañuelo. Enterró sus mocos en la maleta y los convidó a desaparecer en Nueva York, la ciudad de la flema.

La gran manzana la recibiría desnuda, y una serpiente le guiñaría un *flashazo* en blanco y negro: Robert Mapplethorpe. Cuando le dolió la cabeza tijereteó sus cabellos como extensión del daño.

Zigzagueó de acá para allá. Viajó a París, se paró sobre los restos de Morrison y Rimbaud y con lo único que volvió fue con la tierra entre sus botas y con un frío entre las venas. Es ella, la que confesó que en vez de inyectarse heroína, se masturbaba catorce veces seguidas. La misma.

Y sedujo al micrófono y voceó su locura. Alguna vez invitó a la guitarra de Lenny Kaye y del poema fracturó en rock, en punk y su belleza a un paso de no ser mujer, tampoco hombre, sentó de culo a la industria y abrió las ventanas de tantos paisajes, y como Eva introdujo el pecado: la política en las cosas del decir, aullando.

*Jesús murió por los pecados de alguien
pero no por los míos
revuelta en una olla de ladrones
un comodín en la manga
espeso corazón de piedra
mis pecados son míos
grabo en mi palma
una dulce X negra
Adán no me embrujó*

*abrazo a Eva
y asumo toda responsabilidad
por cada bolsillo que he robado
vil y hábil
cada canción de Johnny Ace
con la que me he divertido
mucho antes de que la Iglesia
lo diera por bueno y limpio.
Así pues, Cristo
te digo adiós
echándote esta noche
yo misma puedo encenderme la luz
y la oscuridad también está bien
te colgaron por mi hermano
pero conmigo no te pases
tu muerte fue por los pecados de alguien
pero no por los míos.*

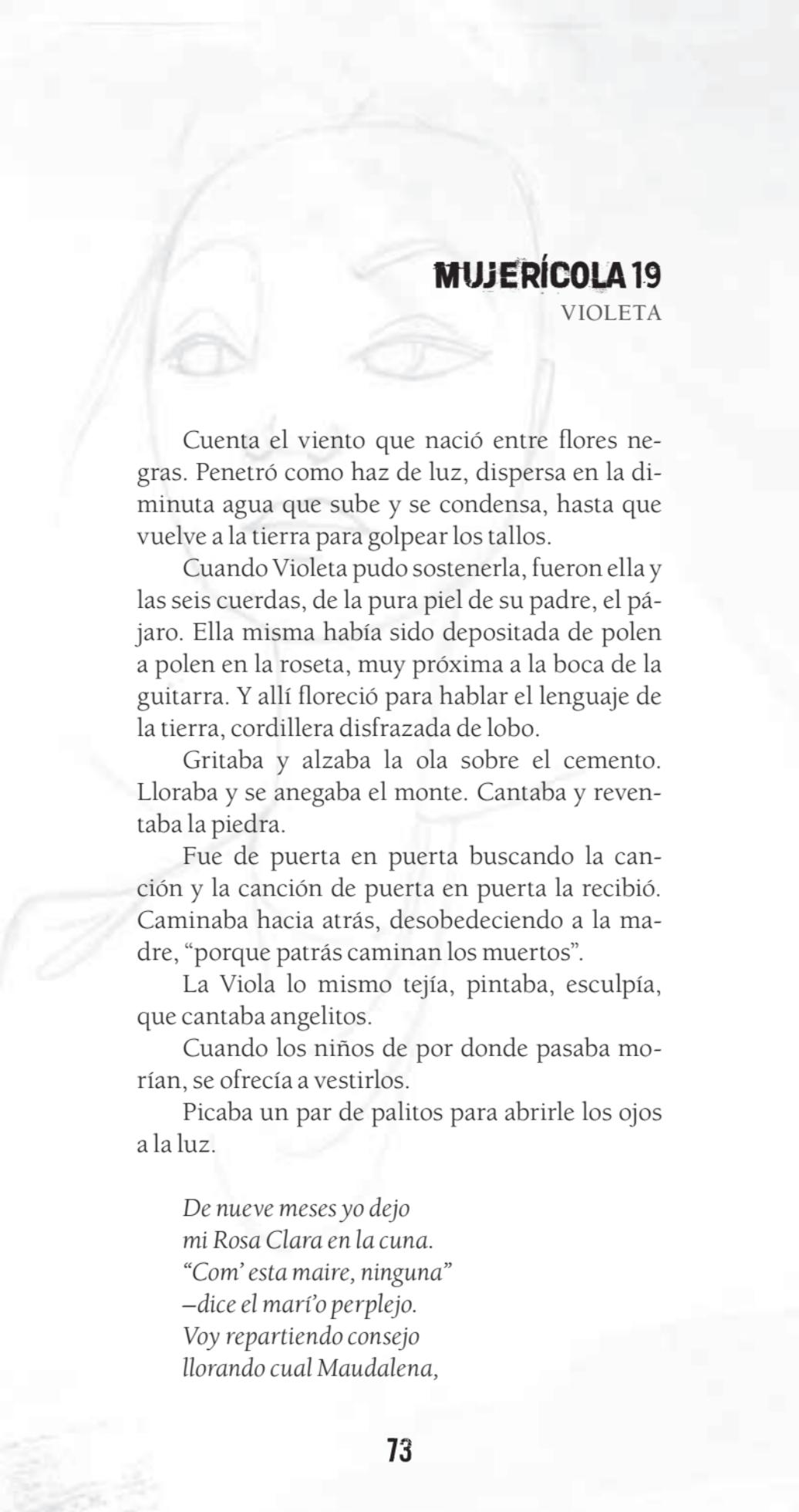
Fue y vino del rock y nunca se marchó de la poesía.

Sobrevivió a la vuelta a la tierra de sus amantes, amigos, hermanos y su cabello ha sido testigo. Puede decirlo, ha vivido, y tal como deseó, su duelo baila.

Cuando era todavía una niña (¿ha dejado de serlo?) Patti era una piernas largas, flacas como un silbido y una melena de flecos negros como las paredes de su alma. Hoy, sus muertos viven en la espesura de su blanca cabeza.

Una alucinación penetra la pared de rocas de su casa en el río: no sabe morir.

*¿Cómo ocurrió mi muerte?
Intenté caminar por la luz
no preparada todavía
para el valle del combate.*



MUJERÍCOLA 19

VIOLETA

Cuenta el viento que nació entre flores negras. Penetró como haz de luz, dispersa en la diminuta agua que sube y se condensa, hasta que vuelve a la tierra para golpear los tallos.

Cuando Violeta pudo sostenerla, fueron ella y las seis cuerdas, de la pura piel de su padre, el pájaro. Ella misma había sido depositada de polen a polen en la roseta, muy próxima a la boca de la guitarra. Y allí floreció para hablar el lenguaje de la tierra, cordillera disfrazada de lobo.

Gritaba y alzaba la ola sobre el cemento. Lloraba y se anegaba el monte. Cantaba y reventaba la piedra.

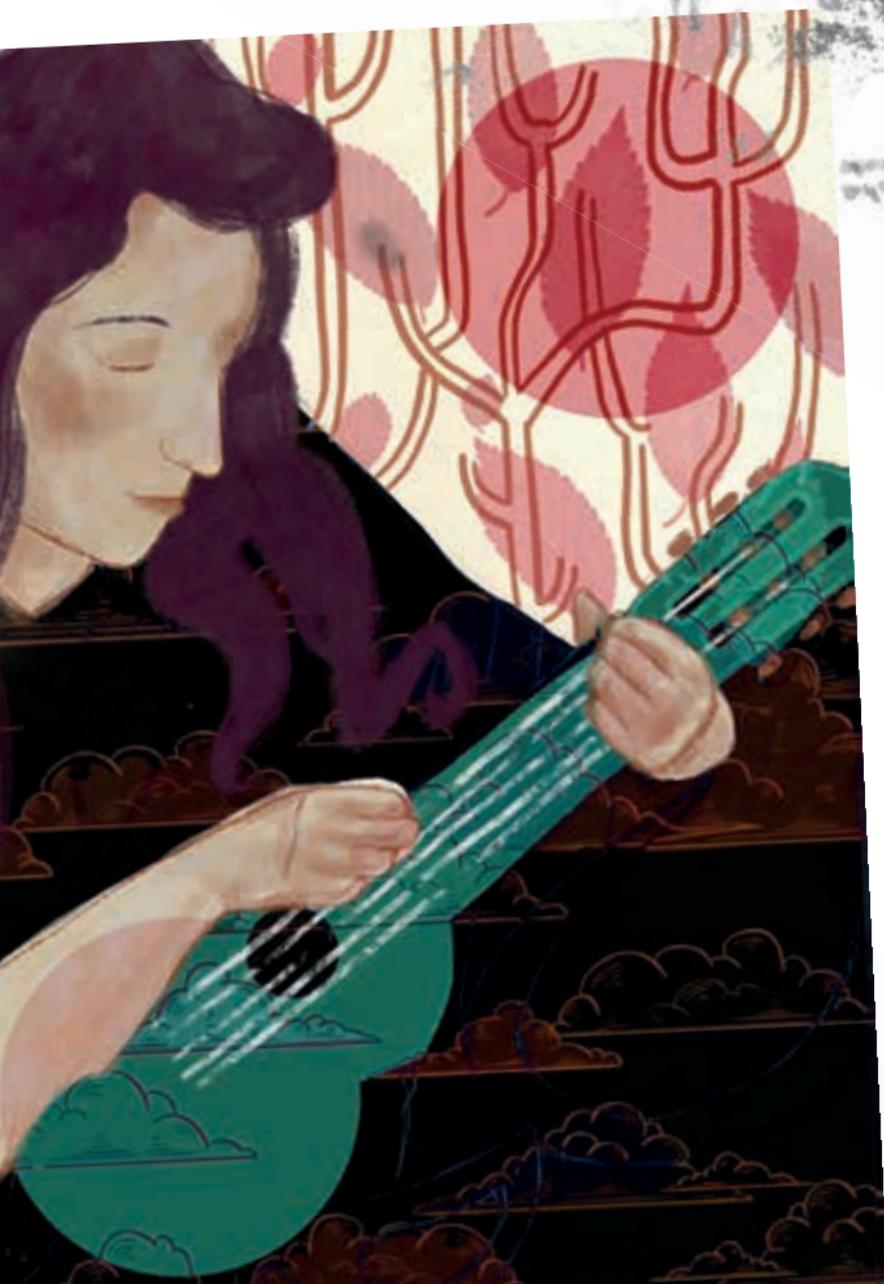
Fue de puerta en puerta buscando la canción y la canción de puerta en puerta la recibió. Caminaba hacia atrás, desobedeciendo a la madre, “porque patrás caminan los muertos”.

La Viola lo mismo tejía, pintaba, esculpía, que cantaba angelitos.

Cuando los niños de por donde pasaba morían, se ofrecía a vestirlos.

Picaba un par de palitos para abrirle los ojos a la luz.

*De nueve meses yo dejo
mi Rosa Clara en la cuna.
“Com’ esta maire, ninguna”
—dice el marí’o perplejo.
Voy repartiendo consejo
llorando cual Maudalena,*



*y al son que corto cadena
le solicito a Jesús
que me oscurezca la luz
si esto no vale la pena.*

*No tengo perdón del cielo
ni tampoco de los vientos;
mentira el dolor que siento,
como parto sin recelo.
Pocos serán los desvelos,
dice l'orar profetorun
p'aquella que su angelorun
deja botá' en el invierno:
"Arrójenla en los infiernos
pa' sécula seculorum".*

Pero estaba en Polonia, la roja, cuando todos los palitos formaron una montaña entre su grito y la hija más pequeña: Rosita Clara. No pudo vestirla.

Una pulmonía arrancarí el aire a la guagua. No pudo vestirla.

Su hermano de nueve años la levantaría como a una muñeca de trapo y correría con ella hasta el Hospital, correría hasta la cordura de mamá. No pudo vestirla.

Violeta desarmaría rama por rama el dique y llenaría de agua el cielo, nutriría Atacama, que por una noche dejó de ser desierto. No pudo vestirla.

*Rosita se fue a los cielos igual que paloma blanca;
en una linda potranca le apareció el ángel bueno.*

*Cuando yo salí de aquí,
dejé mi guagua en la cuna:
creí que la mamita Luna
me l'iba a cuidar a mí.
Pero como no jue así,*

*me lo dijo en una carta
pa' que el alma se me parta
por no tenerla conmigo.
El mundo será testigo
que hey de pagar esta falta.*

Y entonces, la universidad del folclore, una carpa para mil personas que nunca la acompañaron. La tienda de La Reina se le moría, esta vez por exceso de aire. Y a ella volvía la viruela de cuando niña. *Su cuerpo es una pezuña, / solo un costrón inhumano.* Fea y sola, se sentía. Las venas de una mano a fea. Las venas de la otra a sola. Mil novecientos sesenta y seis.

Todavía no escribía *Gracias a la vida*.

Así, su amor de entonces, derribó otra montaña de ramas caídas y, con la punta de una, bordó su último intento de volver a atravesar las flores negras.

Viola Chilensis se cruzó la guitarra al pecho, entonó y miró entre la gente a una madre y su hija. Sus manos apretaron el pecho, que lloraba lechita clara.

Dejó de gritar, de enfurecerse. Su voz era una línea recta, una mirada que dice adiós.

Yo me llamo Violeta Parra, pero no estoy muy segura. Tengo cincuenta años a disposición del viento fuerte. En mi vida me ha tocado muy seco todo y muy salado, pero así es la vida exactamente, una pelotera que no la entiende nadie. El invierno se ha metido en el fondo de mi alma y dudo que en alguna parte haya primavera; ya no hago nada de nada, ni barrer siquiera. No quiero ver nada de nada, entonces pongo la cama delante de mi puerta y me voy.

Una bala, una mujer, una guitarra, un hilo de sangre, por fin llenaron su carpa.

Viola mater vino de Polonia a vestir a su bebé.

MUJERÍCOLA 20

ALFONSINA

Fue loba. Y aullar le costó el alimento. Aun así ajustó la garra en el camino y desandó los lagrimales de Paulina, su madre, para como cascada correr contra la roca.

*Yo soy como la loba.
Quebré con el rebaño
Y me fui a la montaña
Fatigada del llano.
Yo tengo un hijo fruto del amor, de amor sin ley,
Que no pude ser como las otras, casta de buey
Con yugo al cuello; ¡libre se eleve mi cabeza!
Yo quiero con mis manos apartar la maleza.
Mirad cómo se ríen y cómo me señalan
Porque lo digo así: (Las ovejitas balan
Porque ven que una loba ha entrado en el corral
Y saben que las lobas vienen del matorral)...*

Alfonsina, como su padre Alfonso.

Cosió las noches antes de que el teatro se la llevara detrás de las palabras, para cantarlas, recitarlas, enseñarlas, desnudarlas, “almarlas”. Antes, mentía compulsivamente, le costaba conformarse con el dolor de lo real, una herida que no iba a sanar. Hubo una vez en que robó, muerta de hambre, un libro. Tenía seis años de edad y ya era la misma que camina sobre el malecón de plata.

Frente al espejo reposa la carne de sus mejillas, redondas y rojas como un par de manzanas,

en el cuenco de sus manos. Tasa su redondez y por cada gramo, un grano de sal en sus pulmones.

Lo mismo en el bar que en la escuela, el mar iba y venía letra por letra, y algunos cerraban los ojos para oír la marea alta, luna llena. Los muertos rompían la tierra para volver sobre su voz, seca y tibia, donde escampar. Tenía la palabra en ella el hogar.

Pero nuestra niña hizo esquina con el aguacero. A los veinte queda preñada de un hombre casado y veinte años mayor que ella y se hace de otro garfio: ser madre soltera. Lo único que ruega es que su hijo no nazca mujer, Alejandro.

En ella no hubo desgracia que germinara la grieta sobre sus piernas, agraciaba la vida que sin poesía no es más que el movimiento de las larvas. Espinaba sí, la cajita y el lazo con el que debían enmudecer las mujeres.

Entonces, era Alfonsina una ola alzada como caballo sobre sus patas y no llegaba a conocer bordes, una ondulación que tras su paso dejaba flotar los restos de algunos árboles deshojados y desorientados, que después de ella deseaban pudrirse en su poema.

Y así vendría contra ella la fiereza del mismo océano a descubrir en su pecho la acumulación de los venenos.

La vida no pudo despedirla sin desinflarla, sin estrujarla. Lloró en los bares. En las escuelas. En las salas de redacción se derramó. Pero murió antes de suicidarse cuando aquella altanería del mar le arrancó la teta. La golpeó para derribar sus puertas, que nunca estuvieron cerradas. Y pasó el caldo a convertirla en cicatriz.

No quiso mirar, ni mirarse. Se sostuvo una teta con una mano y la otra la imaginó, como alguna vez hizo con sus pómulos gordos y el vacío la hizo saltar sin miedos, sobre una carta para el final:

*Dientes de flores, cofia de rocío,
manos de hierbas, tú, nodriza fina,
tenme puestas las sábanas terrosas
y el edredón de musgos escardados.*

*Voy a dormir, nodriza mía, acuéstame.
Ponme una lámpara a la cabecera,
una constelación, la que te guste,
todas son buenas; bájala un poquito.*

*Déjame sola: oyes romper los brotes,
te acuna un pie celeste desde arriba y un pájaro
te traza unos compases
para que olvides. Gracias... Ah, un encargo,
si él llama nuevamente por teléfono
le dices que no insista, que he salido...*

No le vendieron una pistola porque a las mujeres argentinas no se les podía y decidió endulzar lo salado. Devolverse al agua, dormir, buscar sus pedazos.

MUJERICOLA 21

HOGAR

En esta casa, no se toca la campana por tocar primero, se llama por la ventana se asoma por el ojo de la puerta y, antes de pasar, una se quita las medias. Un pasillo de labios tributan al río mayor En la periferia de sus piernas la lengua dibuja una laguna de carne Un trampolín de dedos enciende la pequeña vela el fuego tintinea la luz en una habitación tan ancha como un pasillo. En la cocina arden un par de ollas burbujea la miel y los lienzos incendian la mesa. En el jardín las flores pierden las hojas y desnudan el polen. En la sala la ficción del tercer mundo le da la vuelta a tu planeta hasta voltearte patas arriba con la falda como capucha.

En la red de sus manos muere la bestia de tela. Y conversan sus dos labios, los cuatro míos. En su mentón tirita mi palabra una fila de hormigas con rabos largos, de pausas diminutas: Este es mi hogar he vuelto del silencio a llover sobre la tierra seca a bañar los surcos

a calmar el hambre
a cantar sobre las vainas
a que circule la sangre.
Mi hogar,
el cuenco de tu boca
por donde camina el mar
la leche de la tierra.
Mi lar,
la noche oscura del alma
la piel de la arena, la crin de una ola.

La mañana se evapora en un gemido.
Otro grito hecho coral, un animal de arrecife
devuelto al asfalto.
Brotó a la superficie a creer que respira.
El hogar es una boca.

MUJERICOLA 22

IDEA

La piel de su casa toda le temblaba en cada burbuja de agua.

Cuando desconchaba, las fundaciones apretaban las raíces

y casi se quedaba sin dientes.

No era buena. Tampoco feliz. Fue hermosa.

Era el sedimento del café en una taza que se olvida.

Fue su palabra, el único escondrijo con el que hizo familia.

Su sangre entonaba el himno de cuanto amante destrozó su costura.

Y perseguía el viento.

Hubiese querido llamarse Poema.

Ser tan hermosa por dentro, lo mismo que creer en Dios.

Pero fue en cambio un diafragma de cal,

la estatua de un eczema,

un pétalo flotando en la flema,

un tango que le era prohibido bailar.

como una lenta gota

queriendo caer siempre

y siempre sostenida

cargándose, llenándose

de sí misma, temblando,

apurando su brillo

y su retorno al río.

Desnuda, gimió cada vocal.

Montevideo le sirvió de cama.

Eran amarillas las hojas de la libreta en la que anotaba los nombres de cada corcel que la montó.

Su cuerpo, invasor, no la dejó nadar en la atmósfera.

Y no maquilló su corazón, lo estrelló contra la hoja y lo dio a leer a la jauría.

Vivía en Onetti, calle Durazno, casa La llaga.

Y la esposa de Juan la sabía y sentía por Idea no más que compasión.

“Pasá”, le abría la puerta la Dolly que había prometido el escritor de Santa María;

Ya no será, / ya no viviremos juntos, no criaré a tu hijo / no coseré tu ropa, no te tendré de noche /

no te besaré al irme, nunca sabrás quién fui / por qué me amaron otros. (...) No me abrazarás

nunca como esa noche, nunca. / No volveré a tocarte. No te veré morir.

Sus canciones le costaron el desierto
y así la brisa de los médanos le peinó los designios

el Museo de una soledad arenosa

la cresta roja de un gallo, la mar:

De todas partes vienen, sangre y coraje, para salvar su suelo los orientales.

Le gustaba hacerse fotos tanto como las plantas y podía almorzar la tarde en un claro del jardín mirando cómo germina el color verde y arrancar de una hoja la savia.

Siente la náusea y el suicidio no la conoce, pero el asma la asfixia y cualquier roce le hace

moretones en todo el verso. No se estaba quieta con ninguno, con nadie. Y es cada vez menos explícita:

Como un disco acabado / que gira y gira y gira / ya sin música / empecinado y mudo / y olvidado.

/ Bueno / así.

Ella no quiso darse cuenta de que la vida le sería larga. Ochenta y ocho años y todas las hojas cayeron a su alrededor, los amores, los dolores.

“—¿Tu sueño de dicha?

—La soledad”.

Antes del fuego final, no podía hablar.

Entonces sujetó en sus ojos la tabla sobre la que comían en la casa de la calle Inca, alrededor de la cual su padre se paseaba recitando poemas, mientras ella hacía llorar el violín y adonde iba a parar el blanco de las magnolias.

Reclinó la cabeza en el pecho de la historia.

Cabalgó nada más que nueve años del siglo nuevo. Y en su velatorio solo diez personas (de los que dos eran funcionarios del gobierno) fueron a arrojar sobre Idea Vilariño la soledad.

MUJERICOLA 23

ARGELIA

Cuando cayó el penúltimo cacao, Argelia pegó su primer grito.

Se dice que dijo “muuuuuuuuuuujer” y del nido revolotearon las aves, en la cueva aulló la ola y la montaña sonrió.

Rosario López y Pedro María Laya la cogieron del árbol y a la mañana siguiente, de ella corrió la leche espesa como sudor de África.

Se enfermaba tanto que creían que se iría. Pero supo resistir los remolinos de viento que jugaban con ella, en el patio. Tarde fue la escuela a su encuentro. Para entonces aprendió a leer sola. Y se perdía en los ojos de su pantano doméstico.

Con Pedro, su hermano mayor, jugó a ser la cacica y para demostrarlo comió ají, se hirió con picos de botella, saltó sobre la candela, se arrojó contra la ola más grande, dejó que la arena le picara el culo.

Su piel fue un cumbe.

De su cabeza se desprendía la voz de los tambores.

De su pecho el río que separó a la mujer libre de la costra.

Su segundo nombre es el de la patrona de Río Chico, Mercedes, la virgen de la emancipación.

Su madre le enseñó la resistencia, el cimarronaje, la palabra.

A su padre lo hacían preso por conspirar, primero contra Castro y luego contra Gómez, hasta

que lo expulsaron del estado Miranda y fueron a empobrecer los márgenes de la capital.

Alguna vez tuvo que abandonar las clases porque tenía hambre. Era mujer, negra y pobre, pero nunca desposeída. Tenía poder, supo parirlo y pudo criarlo.

Antes de habitar las grietas de la historia siendo la Comandanta Jacinta, Argelia se convirtió en maestra. Poquito después manejaba con igual experticia chopos y explosivos contra Pérez Jiménez.

Lo que no le sirvió durante su más temible pelea. Fue violada y del forcejeo una barriga.

Decidió concebir. Y fue entonces madre soltera, cuando a las maestras les era prohibido y lo mismo abortaban que se suicidaban. La suspendieron por conducta inmoral, pero volvió por todos los caminos.

Se preparó para traer a Perucho, sin dolor. Y no fue sino hasta los ocho años que supo que Argelia Mercedes era su madre, porque era muy peligroso revelar el vínculo.

Con casi cuarenta años pasó de asistir a ser la propia guerrilla.

Ocuparía así un renglón en la lista de “próximos fusilados” políticos.

Y desde el vientre del monte volvió a levantarse contra el macho de izquierda, que creyó que la mujer iba a la montaña a prepararle el mondongo, a lavarle los trapos.

Su credo pasó del evangelio al socialismo criollo, para todas, para todos.

Argelia Laya vivió en El Valle, en el piso 25 de un superbloque de Inavi. Única propiedad que heredó a sus hijos. Desde su ventana miró como la montaña de donde debía bullir la gente nueva se hacía pesebre de mano de obra barata.

Su sueldo de maestra lo rindió hasta su muerte, para comer, para dar de comer, para hacerse de retazos de tela con los que mandaba a coser las batolas bajo las que se le recuerda pateando las calles de Caracas. También le fue suficiente para poner en su repisa cremas de Colaped, con las que ponía a sus nietas a sobarle los pies.

Del bolso negro grande pasó a una pequeña maleta con ruedas en la que llevaba libros, libritos, panfletos, folletos, todos enseñaban a la mujer cómo extender las alas.

Parió a tres hombres: Pedro, Rafael y Luis Guillermo. El hijo del medio murió en un accidente y los otros le regalaron cuatro nietas: Rosario (engendrada por Pedro y una indígena jivi cuando apenas tenía catorce años, por lo que fue criada por su abuela paterna), Flora, Beatrice y Ananda (única hija de Luis y que vivió con Argelia hasta su muerte).

A ella, todo partido que le apretó, se lo sacó de encima, porque le gustó la holgura y la hizo su casa y su tumba.



Un día, mientras corría uno de aquellos remolinos por los pasillos de sus pulmones, Argelia se dejó llevar. De ella cayó un único largo zarcillo en la tierra. En la finca Las Mercedes murieron los cacaotales, la lechosa se negó a madurar, el riki riki a florecer. Las grandes cerraduras de su cuarto se oxidaron.

La ciénaga que la vio madurar hasta caer, anegó y elevó las hojitas del manglar a media asta.

MUJERÍCOLA 24

LA AVANZADORA

Guadalupe llamaron a su madre, una negra secuestrada en África y traída a las costas del norte de Suramérica, lustrada con aceite de coco, como a un pedazo de caucho para la venta.

Los apoderados Rojas Ramírez la compraron para continuar el saqueo de su piel.

No supo ni quién la preñó, porque lo mismo la violaba uno que otro. Así que Juana, su hija, no distinguía cuál de los amos era su padre.

En Chaguaramal, donde nació el año de 1790, a la niña la conocían como lavandera y liberta por la gracia de su dueña, Teresa Ramírez, quien además le heredó a la historia su apellido.

Juana Ramírez crece en las noches como flor de cactus, y hace sangrar a quien la toca. Espinosa.

En el río, bate el agua y canta, silba el viento y una palmada le humedece la falda contra el muslo, la camisa le descubre dos mamonos firmes, del color del barro. Y no puede el agua lavarle el olor a cacao, tampoco el pequeño lomo que se le ha formado sobre la nuca, la huella de fregar desde antes de cumplir el primer año de vida:

*Agua que corriendo vas
por el campo florido
dame razón de mi ser
¡mira que se me ha perdido!*

Con uno de los violadores de su madre, conoce las ideas de independencia. Así, el general don Andrés Rojas la convierte en su mano derecha en los menesteres de la insurrección.

Veinte años y un poco más tenía cuando organiza a los esclavos del lado de la causa patriota y participa en cinco de las batallas que explotan en oriente contra la corona española. Conformata y lidera la batería de mujeres que ejecuta distintas tareas en el frente: apertrechar los cañones, atender los heridos, suplir de provisiones a las tropas y enfrentarse al enemigo.

A las cuatro de la tarde del 25 de mayo de 1813 Juana corre bajo un aguacero de balas hasta Los Godos, para desenfundar –del pecho de un general muerto– la espada que ondearía en el cielo patriota. Devuelve en el gesto la fe en la victoria, entre los vencidos. Y entonces, convierte la derrota en turba y remolino de viento contra la rama seca. El rey Zamuro se mastica a los colonos.

La Juana enterraría a los realistas caídos y Maturín ganaría el mote de la “Tumba de los tiranos”.

Un año más tarde le tocará correr entre los montes, después de que Morales quemara su aldea. En las montañas se establecería como guerrillera y desde la cumbre la resistencia. Un año de fuego la transforma en antorcha errante, que por donde pasa, aluza.

Una vez labrada la independencia, Juana se siembra en Guacharacas y transforma sus hojas en flores para ser polinizada. Allí pare una mano de hijas: dos de nombre Juana, Clara, Josefa y Victoria.

En 1856, sesenta y seis cardones espigaron en el lugar exacto donde fue enterrada. El agua en su tallo goteó. Hizo un hilo de lágrimas de

Guacharacas a los cacaotales donde inauguró su desnudez. Tres pavos reales púrpuras florearón sus altares y por cada pluma una espada empuñada: Juana avanzó.





MUJERÍCOLA 25

MARÍA LIONZA

Yara fue un huevo que anidó en el enjambre de parchita de la montaña caquetía.

Sus alas fueron la pulpa, sus ojos de agua ácida. Una mariposa: una flor que vuela.

Cuando cayó de la rama atravesó el macizo de Nirgua y dibujó el río que serpentea su cuerpo.

De la orilla emergió sobre una danta.

La vieron desnuda, reverdeciendo la piel de la tierra.

Nada pudo tocarla, pero todo cuanto tocó floreció.

Sus manos son dos orquídeas abiertas a la lengua.

Su cabello, una cascada de donde la noche se colorea.

Dicen que la maldición está en su mirada, verde como agua empozada, por eso algunos prefieren mirar los ojos de sus tetas.

Se alimenta de los espíritus que se entregan a sus favores.

De sus pies las raíces, las venas del sol que reverberan en el centro de la areola.

El blanco la llamó María, antes de que entrara a sus aposentos montada en una onza, desnuda.

El conquistador quería atraparla.

Ella le pisó la cabeza.

Y Ponce de León movía la cola, lo mismo que maniataba a Yaracuy a punta de arcabuces.

La persiguieron, pero la buena Sorte la ocultó y se desbordó hasta ahogarlo, al invasor.

Ella habló con un mango y fue hoja que se tragó el río.

Y cabalgó sobre la muerte de sus enemigos hasta volver a la crisálida.

Y fue cuando la vieron, sosteniendo los huesos de su pelvis al cielo, porque de su vientre una legión de gotas se alzarán contra la espada yerma.

La penetró una cascada y parió una liana, de donde se cuelgan los guerreros.

Su hija la cueva se ha roto porque la pretende una hebra de luz.

La laguna se queda sin agua, porque la escupe contra el turista.

De vez en cuando nos sueña y se despierta y tiritita.

Se descubre enyesada, en medio de una sabana de asfalto.

Y sus ojos ya no conjuran
porque en ellos el cemento la maldice a ella y a sus hijos.

Y así marchita la flor, se parte en la cintura, se cae, se descascara, se vuelve al azul inmenso.

Entonces corre hasta la serpiente que la recibe con la boca abierta,

agita el monte,

llueve en el copito,

ruge el cunaguaro,

el tronco de la ceiba da una vuelta más

se encienden todas las velas:

alguien cree en la Diosa madre.



MUJERÍCOLA 26

SIMONA

Desvestida, con las trenzas amputadas, y en la espalda un cartelón colgaba su sentencia de muerte, recorrió las calles del Alto Perú montada en un asno, y por cada esquina de la plaza cincuenta látigos por atreverse; “después de todo lo cual, fue baleada, por la espalda”.

Simona Josefa quiso tanto la libertad como Simón José.

Pero nadie les dijo que la libertad es tan flaca y encorvada como el palo de la muerte.

Sembraron maíz, pero no lo cosecharon.

Ella cosía jubones por la mañana y destejía a los colonos por la tarde. Se guardaba en sus polle-
ras recados para los patriotas y atravesaba muros y prejuicios por su condición de mujer, indígena más que mestiza. Ser una cholita le sirvió de máscara mientras enjuagaba la chicha con la pólvora.

La patria de Simona era la rabia. Hubiera servido aquí y allá si la bandera fuese un grito, si el himno, los harapos de los desposeídos.

Fue hija natural y la historia personal estuvo zurcida a medias. No conoció padre, y el de su hijo José María partió pronto, dejándola viuda.

Simona Manzaneda nació en la aldea de Mecapaca en 1770, a treinta y cinco kilómetros de La Paz. Fue hija de una chola, que se dedicaba a cultivar y vender legumbres, hortalizas y a la producción de frutas, duraznos, peras, manzanas, ciruelas y choclos en un puesto del mercado de La Recova, en el barrio de Santa Bárbara.

Con recursos suficientes pudo hacer estudiar a Simona. La madre fue llamada la recovera y Simona, la jubonera de Mecapaca.

En el dobladillo del faldón escondía mapas y letras que dibujaban la revolución paceña. Instruida en el arte del secreto, susurró estrategias al mismo tiempo que presentaba sus respuntes finales.

Su voz, como el atardecer en el altiplano, era la neblina que abrigaba el cielo violeta. Y caminó mientras nacían uno por uno los mil ochocientos.

Negociaba armas y perdigones y daba de comer peras verdes al enemigo, con la esperanza de ganar la independencia en una diarrea o al menos un día en la batalla.

La mujer que nacía para dar vida estaba ansiosa por dar muerte.

Mil ochocientos nueve la recibiría como a otras... “rasgando sus vestidos”, en el Cabildo, “los daban para que sirvieran de taco a los improvisados proyectiles”.

Pero también los rellenaron de plomo... “entre tanto, los americanos advierten serles insignificantes al armamento sin municiones necesarias... cincuenta mil cartuchos y doscientos tiros de cañón se los deben (a las mujeres)... las primeras balas despedidas a favor de la independencia fueron fabricadas por vuestras delicadas manos. Sois autores principales de la independencia”.

En septiembre de 1814 estalló un movimiento revolucionario en La Paz. Entonces Simona junto a otras mujeres se vistieron de indias y llevaron mensajes a los jefes patriotas. Ella había formado filas con Vicenta Eguino, quien escondía en su casa a los hombres, criados y sirvientes que participaron de la revuelta, y tras una maniobra

hizo embriagar a los realistas, se puso al mando de la tropa y tomó la plaza, sin resistencias.

“En la mañana, una explosión arrasó el cuartel y la multitud salió enfurecida:

y las mujeres armadas de puñales y cuchillos perseguían a cuanto español encontraban en las calles

y le daban muerte. El cadáver del gobernador fue el primero en colgarse en la plaza y arrastrado hasta el cementerio”.

En vida ella vestía, y para su muerte la desvistieron.

Era una mañana de 1816. Le colgaron un jubón, una coraza, que la devolvía al dolor original, ese de reventar una costilla.

Raparon su melena, como a las putas.

Más adelante, Vicenta diría por todas:

“... Di a los que te han mandado, que cada pelo serviría para colgar a un tirano”.



MUJERÍCOLA 27

CONCHA

Anoche soñé que me llamaba Concha.

Son muchas las veces que la sueño. Y son largas las pláticas como cuando iba a su apartamento del piso catorce, o ella me llamaba para llegar hasta el piso nueve en Sabana Grande, y en la conversa se nos iba la tarde, la noche.

Hubo una vez que me llamó solo para preguntarme si había visto la Luna.

Ahora, teléfono no tengo. A Concha, tampoco.

Me queda la memoria y la blancura de esta hoja.

Una mañana se fue sola hasta el cardiólogo. Y desde allá me dijo que “estaba a punto de un infarto”. Tenía noventa y seis años. Solo eso tenía, y una escalera de papeles y papelitos, y la humedad esa con que la soledad hace familia, un dolor en el pecho, un gato transparente y lupas regadas en cada rincón de la casa.

Vivía de una pensión que le llegaba desde España, y de los pocos bolívares del alquiler de un apartamento suyo a una mujer en Macaracuay, “barato, porque es madre soltera”.

Su hija Monchina la visitaba poco, para cerciorarse de que no la llamara aquel que un día la estafó y que la descolocaría entre las paredes de su mente.

Con ella, se detuvo la corriente del río que fue su madre.

O no.

Cuando me embaracé, a Concha se le dio un día por negarlo, y al otro simplemente por declararse abuela. Pensaba que en eso de ser mamá, lo que le ocurría a la tierra era un buen ejemplo: los hijos te devoran.

Cuando iba, tenía que avisarle por lo menos un día antes y llegar con el estómago vacío. Me preparaba una pasta con salsa, me abría las manos y dejaba caer sobre ellas una bolsa con caramelos de miel.

Fui su niña, también el ímpetu de cuando muchacha y heme aquí, como ella, madre devorada por el dolor de los hijos de los días.

Me cuesta decir que seamos Mujeres libres.

Concepción Liaño vino al mundo en Francia en 1916, pero nació a los quince años, en Catalunya, cuando se unió a las Juventudes Libertarias.

Desde entonces, de esa época no se fue nunca hacia atrás, ni hacia adelante. Fue militante para hacerse mujer. Alguna vez me dijo que hubiese querido nacer hombre para gozar de la libertad. Pero, cuando vio a una mujer parir se hizo feminista.

Los dolores le fueron dados lo mismo que el aliento, aun así logró sonreír y con ella una fila de más de veinte mil mujeres del movimiento del cual fue lugarteniente.

Los primeros días de mayo de 1937, asesinarían a Alfredo Martínez Hungría, su compañero y su amante. Desde entonces, Concha habitaría las ponientes y detrás de sus ramas la cegaría el ocaso.

Antes de venirse a Venezuela, pasó por Francia, pero Francia nunca pasaría por ella. Llegó a Maracaibo en 1948 y el sol le fue cálido.

Un par de veces la acompañé a la Embajada de España en Venezuela. Iba a resolver temas de su pensión. Cuando llegaba, la recibían con pompa, pero se devolvía íngrima a Capuchinos, donde vivió hasta su muerte.

Me resulta doloroso pensar en su partida, en el infarto que anunciara unos meses antes. Ni el gato la acompañó. Trece días pasaron de aquella explosión en el pecho, hasta que supimos finalmente que su corazón le fue más grande que su cuerpo.



Una concha es una cubierta que protege lo de adentro; el caparazón de una tortuga, vieja, sabia, paciente; la piel del árbol, la cáscara de la fruta, la vagina del mundo.

Una concha está hecha de estrías y derrumbes, su dureza es moldeable. Si se le voltea, sirve para recorrer los mares del mundo. En su posición natural, es techo y parasol.



Esta noche hago el empeño en conversar con ella otra vez y para siempre.



MUJERÍCOLA 28

MARIPOSAS

Las lágrimas por las Mirabal elevaron una estalagmita en la cueva de Rafael Leónidas Trujillo.

Las últimas gotas lo cosieron a tiros en el asiento de atrás de su auto. El “jefe” venía de las montañas, el dibujo de las piernas abiertas de la amante de turno.

Sesenta balas –made in USA– lo despidieron en la avenida George Washington. El mismo Estados Unidos que lo había puesto en el Palacio Nacional, ahora lo destronaba por miedo a la avanzada comunista de entonces.

La mitad de esas balas: treinta, fueron la cantidad de años del “benefactor” en el gobierno.



Minerva era el tórax de la mariposa que pintaba de cielo la casa de los Mirabal Reyes.

Sus hermanas, las alas.

A un extremo Patria nacía primero, y al otro María Teresa después.

El viento en Ojo de Agua les dio forma.

Aída Patria Mercedes era solo dos años mayor que María Argentina Minerva, quien le llevaba once a Antonia María Teresa. Entre Patria y Minerva nació Bélgica Adela “Dedé”, única de las cuatro que pisaba tierra.

Y el aire terminó por desinflarlas, porque crecieron y las ideas tomaron tantas formas como sus cuerpos.



“El único problema en este país es Minerva Mirabal y la Iglesia”, diría Trujillo, un día de esos en los que el calor era pegostoso y el sol no se acaba nunca.

Y prepararía para ella y sus hermanas el camino a Marapicá, después del puente, en una curva, el despedazamiento de la mariposa.

Tonó (su otra hermana de crianza), en casa, sintió la mano de Patria sobre su hombro que le gemía: “Mi hijo, mi hijo”.

Se dice que Rafael Leónidas no dejó entrar, tampoco salir el viento. Mandó a hacerles un nudo con un pañuelo y apretar y apretar y apretar, hasta que ya no se sostuviera el cuello.

Después hizo testigo a los cañaverales y dejó caer sobre las Mirabal los agujijones de la plaga en que se había convertido.

Las condujo hasta el auto, en el que venían de visitar en la cárcel a sus esposos y las arrojó, junto al chofer Rufino de la Cruz, por los bordes de la isla.

El sol amaneció poquito, los vecinos las desfundaron de aquel abismo y las pusieron una al lado de la otra. Llovía y corrían los hilos de sangre por el pueblo. Esta y aquella las peinaron.

Doña Chea miró que no llegaron sus muchachas y una mirada entre ella y Dedé terminó en un alarido que todavía el aire devuelve por Ojo de Agua.

Tonó ya lo sabía.



Patria y Minerva no pudieron ganarle nunca a Tonó haciendo círculos de flores en el suelo. Mate y Dedé en vez de dedos tenían helechos. Para

no aburrirse leían a Víctor Hugo, lo mismo que a Neruda, o corrían como yeguas hasta quedar sembradas en el copito de alguna montaña.

Del colegio vieron llevarse a varias de sus compañeritas a la cama de Trujillo, quien se daba vueltas por el recinto, para elegir a la presa.



En junio de 1949, Trujillo conoce a Minerva y se empecina en que ella cumpla, como tantas, su derecho de pernada. Tres fueron las veces en que la Mirabal lo rechazó. Y cayeron las velas de Trujillo y el mar de la mariposa no se le olvidaría nunca. Ella lo pudo dejar solo, en medio de la pista, bailando las olas, sin encontrar orilla.

Las Mirabal eran parte del Movimiento clandestino Antitrujillista y Revolucionario 14 de Junio, de izquierda y formado en la guerra de guerrillas por el propio Fidel Castro.

Con su fundador sí se haría aguas Minerva.

El hijo más pequeño de ambos tendría once meses cuando asesinaron a su madre.

En total, seis hijos quedarían huérfanos de mariposas.



Las anémonas de sus flores corren subterráneas por el Caribe, a veces como raíces, otras como tentáculos, una nube de ventosas adheridas al vacío, decidida a hacer algo.

Vuelven cada tanto, dispuestas a poner la muerte por ver cómo brota el sol. Y marchan, tendidas en un crepúsculo, devoradas en la licuefacción que convierte una estalactita en los dientes de una cueva.

MUJERÍCOLA 29

LA SOMBRA

Todavía la aguja más pequeña del reloj no alcanza las tres a eme. La despierta la inercia. Se calza un suéter, remarca los restos del labial rojo noche, recoge las hebras de sol en un moño alto, se mira de salida en el espejo.

Es ella.

Puede reconocer el vacío de lo que alguna vez fue un lunar en su nariz.

Antes de irse, se mira las manos. Esta vez no sangran.

La entropierna, tampoco.

Se voltea por última vez, se ve tirada en la cama, sin más ropa que una parte de su brazo recorriéndole las tetas. Se permite un par de monedas de la billetera que reposa sobre la mesa.

Los huele y con la inhalación vira los ojos.

Frente a la puerta, se alza sobre la punta de sus pies y se da cuenta de que sigue sin zapatos. Busca sus botas y descubre el banco que engaveta la peinadora. Lo dispone bajo el marco: restriegga suavemente su sexo contra el pomo. Los mira, tendidos como la más pesada sábana. Se mira. Se aprieta un poco las nalgas.

El puño de la puerta es redondo, no termina de ser chato. Parece de cerámica, una beige con vetas que descubren el mármol. Está frío y eso puede hacerla hervir.

El clítoris le guiña, mariposa borracha.

Desciende ella y un par de gotas vaginales.

Las persigue por el piso, las lame. Entonces no abre los ojos. No quiere encontrarse.

Se sienta. Cruza los brazos por encima de su pecho. Se abraza. Con la yema de los dedos se descubre los lunares en la parte alta de la espalda. Y va de rozarlos a rascarlos, a romperlos. La sangre, la sal de la sangre le ha solidificado dientes en la lengua.

Habla un rato con los pájaros, a quienes enmarca en un viejo cuadro, en la pared de al lado de la entrada.

Las flores son el lenguaje entre las aves.

Ella quería devolverse al jardín. En cambio su carne y sus huesos permanecían anudados, encañados a la cama. Los eslabones llegaban un metro a la redonda de aquel lecho. Lo demás era un pantano bajo el que agonizaban sus rezos, sus frutas, sus pétalos.

Todos los días antes de que muriera el cielo, se dejaría caer en el lodazal, primero los pies, después las caderas y por último la boca, abierta, dispuesta a tragarse la tierra.

Es hija de una espina, una nube rosa y una semilla de auyama.

De sus ramas dos alas negras dan aliento a la humanidad.

Y cuando despierta, sigue tumbada alrededor de la ceiba desnuda.

Es una vieja hoja dorada que no sabe cerrar las puertas.

Un dragón de komodo que caza los huevos de los que manan los perros de la guerra.

Es un cuarto de muros curvados, con cinturón de cerrojos, de cuyo centro el magma elabora los más suaves pomos.

MUJERÍCOLA 30

LA DERROTA

Yo fui maestra, me gustaban los niños difíciles. A los que el resto consideraba un lastre, un problema.

Alguna vez, uno me dio una patada y me lanzó contra el suelo. Era un artista marcial. Y esa fue su bienvenida. Me levantó y lo acompañé. Creo que sintió pena por mí.

Era hijo de un padre ausente y una madre trabajadora. Antonio, se llamó.

Este domingo murió. Y lo recordé púber. Yo era su profesora de Castellano y Literatura.

En vez de irme, insistí en su rabia hasta que supo delinear un poema. Pudo descansar los miedos. Desarmar los puños. Y entonces fue cuando sentí su patada:

*No me quiere.
No me mira.
No me toca.
Me dejó.
Pero yo soy fuerte.
Soy su derrota.*



Nadie quiere a la derrota. Es huérfana y mendiga.

Está tirada en la esquina, halada por la gravedad, más de la muerte que de la vida. La derrota es la tristeza y nadie quiere estar triste.

En el mundo no quieren a los tristes, sentenció el poeta.

En mi planeta, sí.

En mi casa los domingos largos son hamaqueados bajo el lucero de la flor del cambur. Nadie pretende acelerarlos, alumbrarlos, festejarlos. Le hacemos una sopa y listo. Nos tiramos en sus horas y andamos

cada segundo, humeando.

El olor tejido de la derrota envuelve mi cuerpo y el de mi amante en una red de cáñamo que lo mismo sirve para pescar que para tirarnos a la arena, bajo una montaña de peces anudados.

Pero este domingo no fue cualquier día del señor. No.

Este día murió Antonio. Y también algunas ideas de país.

Y la derrota volvió a quedar desamparada.

Así que la vi, me vio. Y no pude continuar, como si nada.

Entonces, le hice espacio en la hamaca y reforcé el amarre de los bramantes.



La derrota es mía.

Es mía por no sembrar mi comida.

Es mía por no juntarme y luchar la tierra.

Es mía por creer que la revolución debe hacerla un gobierno.

La derrota es mía porque al no ser de nadie es de todos.

Es mía por pensar que la victoria era casa y no circunstancia.

Es mía por creer que una ley me ampararía del hastío de un domingo y su muerte.

Es mía por delegar las rejas para mis miedos, las alas, también el viento.

La derrota es mía, que he puesto mi corazón y mis ojos en la maleta de un corrupto que se ha ido y me ha robado los impuestos y desconozco su cara, también su firma y me ha dejado el hambre y una patada en la quijada y la derrota renca.

Es mía cuando vislumbro que la gloria ajena es también una derrota.

Es mi derrota no haber heredado la esperanza.

Derrotada vine a perder. No tengo miedo a comenzar de nuevo, a comer de la manzana, a agrietar las montañas, a subir lágrima por lágrima hasta encontrar mis ojos.

Mejor si lo hacemos juntos.

MUJERÍCOLA 31

MADRE

*El arroz estaba caliente y el negrito se quemó.
La culpa la tuvo usted...*

Ser madre es tener la culpa. Culpa de cuidarlos y no hacerlo bien. De no cuidarlos por trabajar. De darles teta, de no darles. De lo que se conviertan, o no lleguen a ser.

Ser madre es una sorpresa, aunque lo hayas planificado.

Uno de estos días le pregunté a mi hija de dos años qué era una madre para ella, y me respondió que era la “Mamá Negra que sopla el arroz para que el Negrito Pon no se quemé”.

Y díganme si el soplido pueda convertirse en ventarrón y no sepa nunca el negrito bailar alrededor del fuego. Se quemé o no, la culpa es de la Madre.

Pero si para el mundo la madre tiene la culpa; para la madre, el hijo: los desvelos, los dolores, las lágrimas, los sacrificios.

Recuerdo el día que mi madre me reveló que no se iba a estudiar a Costa Rica –beca mediante– por nosotros. Yo no quería que se fuera, tampoco que se quedara y de cualquier forma la culpa la tenía yo, aunque mi madre nunca me lo reprochara.

En verdad, no la tiene nadie, porque ser madre es también una renuncia: a tenerlos para siempre en el útero, a tenerlos para siempre fuera del útero.

Me decía Adolfo Herrera, mi profesor en la universidad, que una reproduce o niega a sus padres. “Hijos sois, padres seréis”, repetía.

Algunas feministas se atreven a proponer: no se es madre, se tienen hijos, porque “ser madre –en el fondo– es desaparecer”, o como lo expone Marcela Lagarde: el descuido para lograr el cuidado. La maternidad como categoría antropófaga, que nos devora.

Entonces sí tenemos la culpa, pero de ser madre.

Simone de Beauvoir lo plantea así en *El segundo sexo: Otra actitud bastante frecuente, y que no es menos nefasta para el niño es la devoción masoquista: algunas madres, para compensar el vacío de su corazón y castigarse por una hostilidad que no quieren confesarse, se hacen esclavas de su progenie: cultivan indefinidamente una ansiedad morbosa, no soportan que el hijo se aleje de ellas; renuncian a todo placer, a toda vida personal, lo cual les permite adoptar una actitud de víctimas; y de estos sacrificios extraen el derecho a negar al hijo toda independencia; esta renuncia se concilia fácilmente con una voluntad tiránica de dominación; la mater dolorosa hace de sus sufrimientos un arma que utiliza sádicamente; sus escenas de resignación engendran en el niño sentimientos de culpabilidad que, a menudo, pesarán sobre él durante toda la vida: esas escenas son aún más nocivas que las escenas agresivas.*

Para Carlos Marx: *La tiranía del pater y mater en la familia burguesa ve en sus hijos medios de producción material y espiritual.* Emma Goldman lo amplía: *Las consecuencias de una maternidad represiva, no pueden ser más que una masa de siervos. La sociedad da forma a sus propios monstruos, y en el desierto de la historia la madre es el sol, también la más fría noche.*



A mi casa llegó Alejandra. Ella quiere tener cuatro hijos, por lo menos. Ya tiene uno, Emilio, y le insiste a Nacho en que está lista para el que viene.

Alejandra se dio cuenta de mi sorpresa. Y yo de que no estaba bromeando.

¿Y si dejamos las madres de ser madres?

¿Y si dejamos de parir?

¿Si dejamos de ser hijas?

¿Habrá que dejar de ser madre o hay que empezar a ser padre?

¿Desaparece la madre o se multiplica en las niñas?

¿Ser niña también te desaparece?

La dramaturga estadounidense Eve Ensler piensa que *todo el mundo ha sido criado para no ser una niña*; se pregunta: *¿Cómo criamos a los niños? ¿qué significa ser un niño?* y se responde *Ser niño significa realmente no ser una niña. Ser hombre es no ser una niña. Ser una mujer es no ser una niña. Ser líder es no ser una niña.* Ella cree y yo también que *ser una niña es tan poderoso, que hemos tenido que enseñarle a todo el mundo cómo no serlo.*

Entonces, ¿ser madre significa realmente no ser una mujer?

¿Al desaparecer la madre solo queda la culpa?

¿Qué somos?

¿Un ejército de culpas?

¿De qué color es la culpa?

¿Es dulce su leche?

¿Tienes sus ojos?

Las mías tienen la nariz de su padre.

Y hubo una vez que las dejé quemarse con el arroz...



MUJERÍCOLA 32

MARGUERITE

La ye de Yourcenar es un árbol con los brazos abiertos.

Queda en la segunda entrada a mano derecha, pasando el flamboyán que se desnuda sobre su laberinto, el Pueblo de las hojas que caen, allá en el siglo dos.

Marguerite fue una mujer cubierta de dioses. Un animal extraño, una parvada de pétalos de barro que se estrellan en las páginas. Siempre estuvo en otro lado: salpicada de alcohol, bajo las faldas lamiendo el amor, sobre el mástil, navegando el viento.

Fernande, su madre, murió a los diez días de haberla parido. Y entonces Francia la amamanta lo mismo que el latín y el griego. La teta se la da su padre, Michel, y la madre de su padre.

La palabra fue la patria y no tuvo asiento.

No vio, sino pasados los treinta y cinco años, nunca el retrato de su madre. Y miró en ella cómo muere la historia.

¿Cuál era tu rostro, antes de que tu padre y tu madre se hubiesen encontrado?

Se va a Estados Unidos un invierno y no regresa a casa sino once años después. Atravesada por la guerra, por la vileza de los monos de la guerra, se silencia durante sus primeros años, para amasar el pan que le llenaría la boca. Luego llegaría Adriano y el fuego y el pasado y la estatua reventaría el cemento.

El amor entre una mujer y otra exalta su espíritu platónico: el reconocimiento de la igualdad entre las que se unen, la belleza.

Se fue detrás de la humedad, un hilo que se dibujaba en el cemento y atravesaba los océanos: el líquido vaginal de Grace Frick. Lo olió, lo olió y lo saboreó hasta que ambas montaron a caballo para dibujar una casa y vivir lo difícil, también lo simple en las piernas del Tío Sam, en Montes desiertos. Era mil novecientos treinta y nueve, tenía treinta y seis. Le cuesta destetarse de Europa, a veces rebelde, a veces reconquistada, tanto como de Dios.

De Michel, su padre, el raro y anárquico burgués, no dejaría de emborracharse jamás.

Siembra en la huerta y de su cosecha elabora manjares (y registra las recetas) para recibir a sus amigos. Escribe como cocina: un ágape que nos remonta a los primeros días, cuando la fruta no se llagaba.

Grace y ella se envuelven en las mismas sábanas, durante cuarenta años, de los cuales, la mitad se los lleva un cáncer de mama que marchita a su compañera. Y los últimos diez encanecen a Marguerite, obligada a postrar a su espíritu de nómada. La muerte es el abandono.

Ya en mil novecientos cincuenta y dos: *M. Yourcenar declara odiar irrevocablemente a G.F.*

Se deshincha la ola y pierde curvas la voluptuosidad. Marguerite le ha robado la sombra al mundo.

Somos castigados por no haber podido quedarnos solos, diría en el Tiro de gracia.

Antes de la soledad, Frick le deja a Jerri y Jerri le abanica las alas. Era mil novecientos setenta y nueve.

En mil novecientos ochenta y cinco, un raro virus contagia a Jerri Wilson. Le cierra los ojos el sida, en menos de un año.

Poco después, el ocho de noviembre de mil novecientos ochenta y siete, un ataque cerebral la sube a Marguerite Yourcenar a la camilla del hospital y desde allí lega el último de sus libros, habiendo domesticado al fuego.

Nueve días pasarían para que la noche encegueciera la puerta hacia otra luz: eran las nueve y media y la luna deshojaría en el cielo.

Extrañaría el silencio, ese *antes del nacimiento del mundo*.

Y parte, siendo más necia que como llegó, como Adriano: *Imponer mis planes, ensayar mis remedios, restaurar la paz (...) para ser yo mismo antes de morir*.

Dicen que comer su corazón debió devolverle al mundo el aliento, como se hace con las tortolitas, en un breve diálogo con el tiempo.

Mínima alma mía, tierna y flotante, huésped y compañera de mi cuerpo, descenderás a esos parajes pálidos, rígidos y desnudos, donde habrás de renunciar a los juegos de antaño. Todavía un instante miremos juntos las riberas familiares, los objetos que sin duda no volveremos a ver... Tratemos de entrar en la muerte con los ojos abiertos...

MUJERICOLA 33

JANIS

Cuando tenía doce años le dije a mi padre que quería ser *hippie* y fumar marihuana.

No se dónde lo había escuchado, pero lo repetí íntegro como un mantra. Recuerdo su cara. Trató de explicarme y en vano convencerme con argumentos como que no se bañaban, y por el estilo. El que me marcó se resumió en una invitación: “Serías como Janis”.

Pero si a mí me gustaba Janis y yo tenía la voz media ronca como la bestia, y sus ojos temblorosos de presa. Y podía y quería cantar. Cómo podía ser aquello una amenaza.

Janis hacía veintiséis años que se había suicidado, se había ido a mi cuarto y guindaba alrededor de la ventana su diadema de pelos de animal, tejida entre los más grandes anillos. Woodstock batía las cortinas y dejaba colar su vaho.

A Pearl la vi desmigajarse por una pequeña caricia. Ella se hacía del amor como un niño que por primera vez agarra entre sus manos una galleta. Sin saber llevársela a la boca.

El sol de los mediodías en mi pueblo la ahuyentaba como mapurite.

Por las noches, visitábamos el techo de mi casa y lloraba cada letra en la voz de su madre:

“o j a l á n o h u b i e r a s n a c i d o”.

Aullaba.

Le hacía unas crinejas largas como su tristeza.

Me confesó que nació triste y sabía que yo también. El mar estaba hecho de sus lágrimas y

no había objeto en que siguiera derritiendo sus polos. Todas las lunas eran propicias para el viaje:

Las feas nos morimos en cada espejo.

La más hermosa vidriera se cerraba al dolor, en el azul pacífico de sus ojos vaciaron sus cenizas.



A mí, Janis no se me muere.

Cada tanto me devuelvo con ella a mi casa materna y asomo por la ventana el miedo de mi padre a que sea como él, la valentía de mi madre que lava y lava sin lograr desteñir el sol, me miro pasando los treinta, avergonzando a Caicedo, ofreciéndole un mango a Janis que yace en el piso de mi cuarto leyendo al Rey Lagarto:

Me puedo hacer invisible o pequeño.

Puedo hacer gigantescas y alcanzar las cosas más lejanas. Puedo cambiar el curso de la naturaleza.

Puedo situarme en cualquier lugar en el espacio o en el tiempo.

Puedo invocar a los muertos.

Puedo percibir sucesos de otros mundos, en lo más profundo de mi mente y en la mente de los demás.

Yo puedo.

Yo soy.

MUJERÍCOLA 34

ÁNGELA

Ángela es una niña negra que no sabe por qué se llama así.

Un día me preguntó si me gustaba su nombre. Yo le dije que era como si pudiera volar.

Su nombre nació de una montaña, color de pólvora. Se asomó por la ventana sur de su madre, una cabeza de puño zurdo, florecido.

Con ella creció la palabra resistencia y Andrés Eloy pudo pintar un angelito negro. Pero para ella, solo se abrió el cielo de los obreros con tierra en el pecho.

Ángela no sabe por qué han incendiado las casas de sus vecinos y la suya permanece intacta.

Ángela quiere ser blanca, la misma noche que un ejército de pálidos eleva las antorchas contra su piel, la misma noche que se declara África y África se hace Ángela para siempre.

Ese día, cuando a la niña Ángela le alisaron los cabellos, en Tennessee el río fue menos río.

Un día me confesó que no sabía lo que era el destino.

Y no supe cómo decírselo... Pero, lo ensayé: "Ángela tu vida está escrita. Serás uno de los brazos en la defensa de los derechos de las mujeres negras en un país hondamente misógino y racista. Serás uno de los pechos en la resistencia proletaria desde el ombligo de la bestia".

Y me digo: "No, no tiene tamaño para palabrotas".

Y, cómo decirle a una niña que las cajitas en las que guarda sus sonrisas son efímeras:

Ángela, tu vida será de lucha y eso la hará hermosa.

Por cada hilo de tu cabello, un día podrá vivir, y seguirá bailando la tierra.

El destino es ahora, y ahora tu lugar es el camino, de la Colina Dinamita, en Birmingham, Alabama a la pequeña isla que llaman Nueva York. De la capital del mundo a la lengua romance. De Francia a Alemania. De Alemania al planeta Adorno y de Adorno a Marcuse. De la cárcel a la academia, otra cárcel. Pero te cueles por el espacio ese que hay entre tus dientes frontales y te permites respirar.

Ángela, serás una pantera que estirará sus garras y arañará la historia, una pantera que a su paso delinearé surcos de los que nacerán todos los volcanes.

Serás roja, ya no negra, y las ideas te agrietarán la cabeza.

De tu cabellera, el león aprenderá a imponer su presencia.

Y con tus ojos se tejió la oscuridad.

Serás peligrosa y sabrás que una reja no te hará menos libre.

Pero las querrás abajo y morirás y no caerán.



Nunca me preguntó cómo sería de abuelita.

No pensó que llegaría a serlo. Pero, yo le advierto.

Ángela, el futuro no existe, el día se repite y en eso de vivir arrugamos el pedazo de hoja que somos y nos hacemos grises.

A EE. UU. lo dirigió un afroamericano, y lo mismo hubiera dado que lo siguiera gobernando

Reagan o Bush. Cuando tengas un poco más de setenta años ya no hablarás del comunismo, defenderás la democracia y yo me preguntaré ¿qué habrás tenido que callar para poder seguir siendo aquella niña que no sabe por qué se llama como se llama?



MUJERÍCOLA 35

LA MUÑEQUERA

Hubo una vez, en Píritu-Portuguesa, una muñeca que se comía los pies.

Estaba hecha de trapo y humedecía la costura de sus zapatos, tratando de convertirse en una o que se tragara a sí misma.

La historia le arrancó de la boca sus pedazos y la convirtió en adulta.

Mucho pasó que se le iban los hilos y resguardaba debajo de sus telas a los cabezas calientes, que lo mismo se iban a reverdecer las montañas, que ponían el cuerpo contra la injusticia.

Los escondía en cada sortija de su cabellera y se casaba con cada uno en las más fugaces bodas: “Te acepto y me aceptas”. No podían negarse a su lengua de cayena.

Cinco hijos la descosieron y la volvieron a hilvanar.

Sus extremidades las moldeó con papel maché, su pecho con el barro que ardía con el sol.

Además de muñeca, fue adulta y maestra, pero a ella le gustaba más ser niña, pulpera, pintora, poetisa, madre, vestidora de muertos adultos y niños, y guardiana de corazones guerrilleros.

En el viejo oficio de las manos descubrió que podía replicarse, y así pasó que se hizo en cada alma de cada muñeco que paría. Porque si en Cantaura morían, en las manos suyas volvían a respirar la patria. La muñeca muñequera resucitaba la flor, esculpía los mangos y se chupaba los pies.

Su inseparable Eusebia, otra rellena de trapitos, le susurra al oído cómo se respira a la orilla de un apamate, cómo se recoge en la palma de la mano un trompo que baila y que silba canciones de libertad, le enseñó cómo palpar cada vez que entonara su voz como espada en el combate a quien mientan mundo.

Un día le dijeron que estaba loca y ella se hizo de la idea. Se puso sus mejores trapos, solo que se los puso todos y se fue hasta su trabajo. Hacía rato que no quería seguir bajo las rejas, y entonces le abrieron las ventanas. Volaron así medias, camisas, faldones, y la muñeca reía y con ella el viento jugaba.

Alí la reconoció como se reconocen los hijos de la savia: soldados de la vida.

A Zobeyda le pusieron Candelaria porque nació el día de la Virgen de la Candelaria, un dos de febrero, mismo día en que nadie vio cuando se empinó la punta de sus dedos y se tragó a sí misma, un uroboro que no termina de irse, porque siempre está girando como el hula-hula, en la cintura de un niña que se escapa para siempre en el recreo.

Todas las almas tienen una muñeca. De trapo, de tusa, de piedra, de cabeza 'e ñema, de palo, de cera, de madera, de papel, de barro. Las más lúcidas personas se hacen la suya: Reverón cosió a Juanita, por ejemplo, y el sol de La Guaira se lo llevó a él y quedó su muñeca dando tumbos en los museos. No es justa la ley de los hombres.

Zobeyda Candelaria Jiménez es la muñeca de un país que se niega a perder el alma, y que por el contrario la eleva como un papagayo en tempestad, que dibuja círculos en la negritud de los cielos y conduce los rayos que iluminan el Catatumbo.



En casa tenemos la tarea de volver a coser a Zobeyda, y de juntarla con Eusebia, con Juanita, sobre el caballo de manteca de Aquiles, para que por fin la poesía cabalgue en los corazones del pueblo aquel que no se fija en cómo crece el orégano en los ocasos.



MUJERÍCOLA 36

NINA

Nina es un atún rosado, atrapado por el anzuelo de un vago a las orillas del río Catabwa.

Lo que no sabía el viejo era que aquel pez eligió morderlo, porque podía y quería respirar fuera del agua.

Así la carne brillante del océano todavía fresco zigzagueó sobre las tablas del puerto, escurriéndose de las manos del hombre hambriento; y, después de un alarido nasal, dicen que se escuchó el suspiro de la palabra LIBERTAD.

En la barra de los bares, se tendía su voz de durazno maduro, sobre la que bailaban los muertos. La música del diablo le llamaba su mamá, descendiente directa de esclavos, la música de la que su hija fue ama y señora, la música a la que le sacó filo, con la que apuntó en la sien de la América para los americanos, la música que los blancos bailaban a escondidas y que escucharon con vergüenza, una para quemar y para comerse las cenizas.

Su piel era un silencio azul, una atmósfera índigo, en la que salían a bailar las ballenas.

El que la veía aparecer no podía sostenerle la mirada. El que la escuchaba, dejaba de respirar.

Eunice Waymon siempre fue Nina Simone, aquel pez que se empeñaba en nacer en los bordes del Mississippi: rabioso, jadeando los hombros, prescindiendo de las aletas, nomás que para juntarlas sobre las teclas.

Reunía a los más fieles creyentes, que caminaban desde otro pueblo a Tryon (donde nació en mil novecientos treinta y tres) para oírla y verla acariciar el órgano de su iglesia. Ella atravesaba suburbios blancos para desarrollar su prodigio. Y lo mismo, en el banco donde tocaba el piano se llegaron a sentar a su lado Martin Luther King a la derecha, y Malcolm X a la izquierda.

Pasó de ser la modosita aprendiz de música clásica, a la defensora de los derechos civiles de los negros afroamericanos: *Creo que Estados Unidos va a morir. ¿Lo matarán o se suicidará? C'est la mème chose!*, me dijo una vez.

En una de las palizas que le diera su captor, Eunice lloró hasta que el ahogo la resucitó, tirada en las escaleras de sus ojos: muy poco amada, delgada con un mi sostenido, rota: vomitaba en la bola de un micrófono el alma y los parásitos acudíamos a lamerlo.

Como a todos sus amantes, Nina terminó por odiar al piano.

Y se fue sin pagar los impuestos, sin beso de despedida, y no miró hacia atrás, y a los días su hija la dejó a merced de sí misma, desnuda en el pasillo de un hotel con un cuchillo en la mano.

La libertad de ser dos veces Nina era fuego y gasolina.

Se tropezó con su red y quedó envuelta por el tejido de nailon.

Quemó Francia y le disparó cuanto pudo al ruido aquel que no fuera música.

Volvió a los bares a buscar a sus fantasmas, y se descubrió sola, abrazada al grosor de sus escalas.

Ni siquiera África pudo levantarla. Tenía miedo.

Tampoco supo dormir más: un gato negro nunca se cruzó en su camino, y seguía orando todas las noches para que la muerte la librara de la muerte.

Todos caerán como moscas, advirtió en el descenso.

La libertad no es cosa de la vida.



Espera que su madre y su padre no estén.
Los mira partir por la ventana.
Tiene cuatro años y cuatro minutos para venirse.

Coge una almohada, la coloca bajo su vientre, se tira contra el sofá, se restriega hasta que la desesperan “las cosquillas”.

Sonríe y aprieta los ojos.

Se deja ir.

Espera un poco.

Repite.

Ángela Anaïs Juana Antolina Rosa Edelmira Nin Culmell, la bautizaron. Prefiere que la llamen Anaïs.

Sus padres van a La Habana y vuelven al apartamento próximo a París. Durante esos minutos, Anaïs reconoce en sus manos el cuerpo de la mariposa: y escribe en medio de los labios, su historia.

Por las noches se autoimpone la penitencia: reza treinta Avemarías, o las que puede antes de caer dormida en un orgasmo.

A sus once, Joaquín, el padre, huye detrás de una de sus alumnas de piano.

La Barcelona de Gaudí lo atestigua.

Sobre el Monserrat cruza el océano junto a Rosa, su madre, y sus dos hermanos.

La marea perfila una carta a su padre, lo que sería la primera de las treinta y cinco mil páginas en las que escribiría su vida: *El Diario*.

La recibe Nueva York.

Antes de que cumpliera los veinte, “faraleó” la vida, se deshizo de la academia y posó desnuda.

Su tía Antolina le arregló el matrimonio con Hugh Guiler, en Cuba, antes de que “parara puta” por su amor al flamenco. Dos años pasaron antes de que se tocaran.

De Cuba se lleva el jolgorio de la caña burbujeándole en los muslos.

Buscaba a su padre por las ventanas, yéndose, y lo halla en todas partes, mientras lame a Edipo erecto.

Anais se bebe a los escritores, y su marido le limpia las copas. Con Henry Miller conoce a June Mandsfield, la esposa, y con ambos arma y desarma las líneas de un triángulo cojo: y es capaz de amar todo cuerpo que entre en su cama, y su cama es todo espacio en el que vuelve a fregar las almohadas contra su vientre.

A June la penetró. *Al sentarse en el sofá de abajo, la abertura de su vestido dejaba al descubierto el nacimiento de sus pechos; sentí deseos de besarla allí. Yo me hallaba muy turbada y temblorosa.* Tanto la amó que quiso ser ella y que la amase como aman las mujeres.

Con Henry, con June, con Artaud, con Allendy, todos bajo sus faldas, Francia le regresa al padre. Veinte años después, en el hotel en el que junta su cuerpo con el de Joaquín: la respiración sobre su nuca, el gen del deseo también suyo. Lo consigue, pero no puede el orfebre apagar con barro el fuego. Sigue ardiendo el hambre y Anaïs es una boca que se traga a sí misma.

Y sus caricias fueron penetrantes sutiles; pero yo no podía y quise escapar de él.

De nuevo me eché sobre él y sentí la dureza de su pene.

Lo descubrí y lo acaricié con mi mano. Vi cómo se estremecía de deseo.

Con una extraña violencia, me levanté la negligé, y me puse encima de él.

—Toi, Anaïs Je n'ai plus de Dieu.

Extasiado su rostro, y yo frenética por el deseo de unirme con él... ondulándome, acariciándolo, pegada a su cuerpo. Su espasmo fue tremendo, con todo su ser. Se vació por entero dentro de mí... y mi entrega fue inmensa, con todo mi ser, solo con aquel rincón de miedo que me impedía el supremo espasmo.

Nadie quiso publicar aquello.

Anaïs lo contaba todo, con el lujo de la ficción y la simpleza de la verdad.

Ella se tendía sobre la mesa y se dejaba masticar.



Usted y yo fuimos aquel lector anónimo. Pagamos cada dólar de cada página, de cada coma, de cada entropierna en ve, de todo dedo que se humedecía en la visita de los pliegues y la invasión de la carne por dentro: una almohada de sangre que titila. Usted y yo nos hicimos agua para que el Delta de Venus se hiciera papel y con sus hojas limpiamos el reguero.

Somos el monstruo que la mira por encima del hombro y se esconde para asaltarla por la espalda, para romperla y rompernos.

Usted y yo sacamos la lengua –como cuando el rocío– una vez Anaïs se descorrió la bata.

MUJERICOLA 38

BICHO

Yo no era comunista a los cuatro años. Fui pobre. Y eso me ubica de un lado de la historia del que no quiero irme: prefiero esclavo, que verdugo.

Era febrero de mil novecientos ochenta y nueve.



Mamá limpiaba casas ajenas. Y con las manos con que recogía la mierda de extraños por la mañana, enseñaba a leer y a escribir por la tarde. El día le alcanzaba para criar a tres hijos y para estudiar.

Papá recortaba el monte en solares vecinos los fines de semana, era chofer en una tabacalera en horario regular y taxebaba en las noches. Además, levantaba las bases de nuestra casa.

Mientras, dormíamos los cinco en un cuartito hecho con paletas, sobre un colchón que se sostenía en cuatro bloques.

El copete de nuestra cama era la ventana de la casa vieja, donde nacía la nueva. La mañana del día dos de febrero de ese año, de esa ventana nació un escorpión, que me supo camarada, me picó: mamá saltó en el pellizco y papá me llevó ligero a la medicatura. Lo que faltaba, una hija envenenada.



Ya era rara: no comía carne (y menos mal, porque mamá no podía comprarla), me gustaba

barrer el piso de tierra de la casa de la abuela y olerlo profundo cuando lo regaba, pronto me llamarían “bruja” y ahora estaría envenenada.

Los demás insistían en que (y aunque en esto no era exclusiva) era pobre, la peor de las insignias. Yo no me daba cuenta. Era tan delgada que mamá no hacía esfuerzo en cambiarme de ropa cada año. Tenía árboles de donde colgarme, para mecarme... yo, mi propia muñeca.

Y, aunque era rara, mi abuela me quería, y con eso yo tendría suficiente para sobrevivir y poder escribirlo.



Descansaba la ponzoña el día después, cuando el alarido de mi padre me puso en pie de angustia. No entendía aquello: se había “pegado un cuadro”. Había ganado a los caballos. Dejábamos de ser pobres en un grito.

Papá nos brindó heladitos, pudo comprar unas cabillas y un saco de cemento. Pagó las deudas y selló la ventana de donde brotó el veneno. Listo, volvíamos a ser imperdonablemente pobres.



Con Gabriela jugábamos escondidas a ser unas “pata en el suelo”. Escondidas, porque a mi mamá le daba miedo que me picara otro escorpión.

Entonces, yo pensaba que ser pobre era que te picara un bicho.

Unos días después, lo constaté: miré en la televisión cómo los uniformados picaban al pueblo, en nombre del empresario y del burócrata.

Me dije: esos segurito no se pusieron zapatos.

MUJERÍCOLA 39

FEMICIDIO

A Mayerlin la violaron, la picaron en pedazos y la regaron en Mume.

Estaba implicado el hijo del gobernador. Lo dejaron libre.

El pecado de Maye, como le decían, había sido ser electa reina de los carnavales del pueblo. Hermosota. Desde entonces, fue objetivo.

A la chica Coronado (le llamaban así por el apellido de su papá, el militar) la agarraron en la mañanita cuando salía a trabajar. Estaba sola, y eso era suficiente. Literalmente la entubaron. No hubo orificio donde no la penetraran con pedazos de metal, antes de matarla.

Cada vez que voy a casa de mi mamá, veo a su hijita de la mano de sus tías. Nunca camina sola.

Luzbelis corrió con más "suerte": la violaron entre varios, cuanto quisieron, y la dejaron viva con la condición de que callara. Y calló, nunca más ha hablado. Una la mira y es como si estuviera en presencia de la ausencia, un cascarón hueco que repite y repite aquel día. Vive al borde de una autopista. Estoy segura de que algún día se arrojará y sus cazadores estarán mirándola.

A Luzmila la violó su tío. Todos lo saben. No por ella. Él se jacta de su "proeza" cada vez que se echa unos palos, va y la busca, se lo restriega, ella se traga a sí misma. Cada vez que la miro, está igual: larga como un silbido, flaca como si no comiera, triste como la que más.

Hubo una época, durante la adolescencia tardía que llaman, en la que en la casa se extraviaban los cuchillos de la cocina. Yo los tenía todos en la cartera. En el barrio, habían violado y matado a dos chicas con la que me había criado. Señalaban –entre otros– al Manguera, un malandrito que vivía cerca de la cancha, de donde espía a sus víctimas.

Una noche volvía del teatro y me encontró en un muro de piedras que está en medio de una larga calle que antecede a mi casa. Me dijo un par de cosas, me rodeó, y cuando quiso encimarse uno de mis primos lo detuvo con un grito: “Eeeeeey”.

A mí se me cayeron un par de cuchillos mantequilleros cuando saqué uno del bolsillo de mi cartera. Él se rió. Y continuó “su camino”.

Respetó al hombre que apenas le subió la voz, a lo lejos. Se burló de mi defensa.

Luego supe que el padre de una de sus víctimas se lo llevó por el pico.

Ariana tiene miedo de ponerse sus “shores” favoritos. Le han crecido las nalgas y ha crecido el acoso. Tiene miedo de que le pase “algo”. Tiene miedo de tener “la culpa”. En el abasto, un tipo se creyó con el derecho de amasarla y no hubo alguien capaz de acompañarla en su reclamo. Al contrario, la miraron de arriba abajo, por encima del hombro: “¿Para qué se pone falditas, pues?”, “provocadora”, “atrevida”.

Mariela fue muerta a cuchilladas, delante de sus hijos. Su esposo la penetró hasta el último escalofrío. Después se tiró por la ventana. “Pero, es que ella le peleaba cuando llegaba tomado. Así no se hace”, se repite la suegra.



Hay más. Conozco a más. Seguro usted puede sumar muchos relatos de muerte, cuya asociación parece lógica: ser mujer es un peligro. La normalización del acoso es el prelude a la justificación de las muertes. O, ¿acaso una no vive muriendo cada vez que un macho nos restriega su poder?

En dos mil quince en Venezuela, según declaraciones de la fiscal general de la República, Luisa Ortega Díaz, hubo 256 delitos de género, de los que 121 se consumaron como femicidios, y el resto, 132, fueron intentos de asesinar a una mujer, solo por el hecho de serlo.

Y, aunque esas cifras son cuando menos conservadoras, dan cuenta de una realidad inocultable: las mujeres en general, y las venezolanas en específico, seguimos siendo objetivo para la sociedad patriarcal, y no solamente como esclavas de la madeja en que se ha convertido la “civilización”, sino como presas de la violencia machista.

El femicidio se ubica como el segundo grupo de delito que más se comete en Venezuela. ¿Y, qué pasaría si realmente se denunciaran todos los casos?



A finales de febrero de dos mil dieciséis, fueron asesinadas dos mujeres argentinas, de veinte años cada una, que viajaban de mochileras por Ecuador. La aberrante justificación de aquello es que –y a pesar de ser dos– “viajaban solas”. Las violaron, las golpearon hasta la muerte, las embolsaron y tiraron donde mejor les convino a sus agresores.

Ahora, la discusión sobre estos femicidios se ubica en si las chicas les pidieron alojamiento a sus homicidas –porque no tendrían cómo pagar

un hotel—, como si el hecho de parar en una casa fuera el argumento para asesinarlas.



Me imagino a una madre que esté a punto de parir una niña, comiéndose las uñas, temerosa de su futuro: porque no hay garantía de vida si se nace mujer.



MUJERÍCOLA 40

BERTA

La mamá de Berta se llama Berta. Fue partera y enfermera.

La levantó como se levanta una ceiba, sola.

Son dos gotas del río Gualcarque que revuelven el caudal, lo acrecientan.

Guardianas del tiempo, descienden de las palabras del náhuatl y de los mayas, lo mismo que del copal y la candela.

Su tronco grueso no cede al hacha y se hace con más anillos cuanto más insiste la tala.

Su hablar es el de la llama que baila al viento: cadente y justo: quema cuando es preciso y calienta cuando también.

Berta es de la nación Lenca, del lado hondureño, donde es peligroso ser persona, de donde las piedras huelen a hiedra rota, de donde una recuerda el color del día cuando nació.

Parió a cuatro hijos... que oscurecieron su piel, engrosaron sus manos, empuñaron una epifanía terrosa: el abuelo tabaco la visitó y le contó su destino. Berta le sonrió en una calada, cerró los ojos, y siguió la espiral de humo, de la que mamó la rabia.

La madre le enseñó a luchar y ella fue alumna destacada:

Defendió con la fiereza de un jaguar el territorio lenca y sacó a los chinos de las narices de su selva. También al Banco Mundial y al Holandés, que encontraron en la humanidad de esta mujer un muro incluso más resistente que sus represas.

Bajó de la montaña al asfalto y puso su cuerpo y el de su comunidad frente al represor uniformado. Por allí no pasó ni medio pensamiento y fueron las balas a sembrarse en la corteza del pueblo unido.

Meció en su pecho el cuerpo muerto de Maycol, un niño de catorce años, cuyo delito fue sembrar maíz a las márgenes del río.

Se trajo en el lomo uno a uno a sus vecinos, y los apiló en Tegucigalpa, capital de la inquina y río de sangre. Se escondía Berta en sus espaldas, única forma de sobrevivir a las gigantes transnacionales.

Y cayeron a su lado sus compañeros y a Berta le creció el pecho, porque entonces fue responsable de portar como antorcha sus corazones.

Esta noche se llevaron su cuerpo, para que fuera su espíritu a poblar las aguas que atraviesan la profundidad y la injusticia.

Ella supo lo que iba a pasarle, el río trató de arrastrarla consigo más temprano, pero Berta insistió en su camino: el final de su carne, escrito en papel moneda en alguna oficina, la burocracia de la muerte, que se alimenta de los impuestos, que camina a su lado, que la mira de soslayo. El pobre, uniformado de bárbaro, defendiendo a los amos, y Berta con su voz de fuego concediéndole la vida, a cambio de un ascenso.

“Vamos a investigar”, dicen las autoridades. Y les queda fácil la verdad y la mentira.

“No la cuidamos lo suficiente”. Y se lavan las manos donde mismo orinan, el mismo hueco donde defecan, el plato en el que comen.

“Estados Unidos nos acompañará en la investigación”. Abren la boca y el tufo a muerte viste la sala.

Abren la boca y dos disparos nos dejan sin vida, cuando a Berta se la lleva el río.

Afuera están las plumas y las flores, y el aserrín y el agua, esperando que el hombre y que la mujer bailen sus restos.

Afuera late la Luna en el agave: se espesa su savia... recibe a Berta.



Berta Cáceres, mujer indígena, revolucionaria, defensora del territorio lenca, comunidad indígena que habita parte del territorio de Honduras y El Salvador. Reconocida por su lucha medioambiental de los ríos que atraviesan su comunidad. En el año 2016 fue asesinada de dos tiros la madrugada del jueves 3 de marzo, justo a los tres años del sicariato contra Sabino Romero, líder yukpa y defensor de sus territorios ancestrales, en la Sierra de Perijá.

El día se hace más gris, y está más próximo el exterminio de todo rastro de bondad.



MUJERICOLA 41

VINCENZA

Hay un árbol que nunca nunca deshoja. A los pies, sus almas descansan del fuego, beben de su sombra.

Tenía dieciséis años. Hace tres, llegaba de Italia a Hoboken, Nueva Jersey, a la casa de su tío Ignazio Razio, y Nueva York era un cielo de ladrillos.

Pasó de robar mendrugos a bastear las mangas de las camisas en la fábrica Triangle Shirtwaist, de donde había logrado ahorrar cien dólares para mandar a su hermano y a su mamá en Sciacca.

Rápidamente, aprendió a mover el pie en la máquina de pedal, a sincronizarlo con la mano, y subió del piso ocho al nueve. En las escaleras, escuchó y repitió un par de palabras en inglés.

Cuando el capataz se descuidaba, miraba por la ventana la plaza Washington y se imaginaba sentada, en el borde de la acera, en una calada de cigarro.

Pero la dentada de la aguja le devolvía la mirada al fondo del cuarto, al rincón de los niños, donde las obreras dejaban a sus críos, que limpiaban los hilos sobrantes de las blusas a cambio de unos centavos de dólar.

La atmósfera era de algodón, uno denso y color arena, que se adentraba en el pecho, y para el que no había expectorante. Subía desde la montaña de telas sobre el piso y ascendía hacia la luz de las lámparas de gas, dispuestas en hileras, sobre las cabezas de cientos de mujeres y sus máquinas.

La paga dependía de la producción, así que no paraban, si no, no podían pagar el cuartucho y la comida. Nueve horas mínimo, de lunes a viernes, y hacían jornadas de siete los fines de semana.

No sabía cómo se llamaba la de al lado. Pero sí cómo se llamaba su hijo: Américo, como el italiano que le dio nombre a esa masa de tierra.

El celador también era de Italia. Les cerró las puertas, las ventanas, les revisaba los bolsos, les evaporó las lágrimas.

Si tan solo hubiese podido llorar, algo de aquel fuego se hubiese apagado.

Los diarios especularon, que si la colilla de un cigarro en un tarro de basura lleno de retazos, que si el motor de una de las máquinas. La verdad, ella se hizo cenizas por mujer, niña, inmigrante. Ella y ciento veintidós mujeres más.

Era sábado, día veinticinco de marzo de mil novecientos once. Ese día, unas quinientas trabajadoras volvían a la factoría. Ella no subió por el ascensor, sino que prefirió ejercitarse por las escaleras, un túnel de escaso espacio, oscuro, por el que —más tarde— no habría escapatoria. Sabía que llegaba al noveno piso por el anuncio que antecedía la fábrica: “Si no vienes el domingo, ni pienses en regresar el lunes”. La del sindicato se lo tradujo.

El día era como otros: sus manos se le entumecían llegadas las doce, la nuca se contraía, y volvía a Sicilia, a mojar sus pies en el mar que mira a África.

Retrocedía la silla unos centímetros, se erguía y volvía a las cinturas de las camisas para las señoras.

Esa tarde hubo de coser y descoser la misma blusa unas tres o cuatro veces. Perdió la cuenta. Miraba cada tanto el reloj.

A las cuatro, volvió a estirarse.

A las cuatro y cincuenta, sintió el humo que le crecía desde el pedal de la máquina y se alzaba en las mechas de tela: ¡¡¡FUOCO!!!

La de al lado, que no supo cómo diablos se llamó, se lanzó por la ventana como un papagayo en llamas. Sobre ella brincó un par, que unos segundos más tarde vio tirarse por las cuerdas del ascensor, otras se apretujaron por las escaleras.

Ella era demasiado pequeña, era el relleno que hacía falta a los libros de historia.

Fue más útil muerta que viva.

Apenas pudo dar unos pasos, se devolvió a su lugar de trabajo. No recordaba por qué había venido a América. Los gritos y las sirenas tampoco la dejaban hurgar en sus recuerdos.

Recién había puesto suelas nuevas a sus zapatos. Para entonces, el humo le había quebrado el impulso, y cayó como una bandera sobre su máquina.

Se hizo ceniza y el viento que la barrió provino de la Cascada de las Rocas en Corleone, de donde saltó al vacío hasta caer en la Estatua de la Libertad.

Su tío llegó de Nueva Jersey por la noche a buscar a Vincenza Billota, que murió quemada viva dentro de la fábrica. Y logra identificarla porque sus zapatos habían sido recientemente reparados.

Reconoció el trabajo del zapatero.



53 mujeres se estrellaron contra el pavimento, al lanzarse por las ventanas desde el octavo, noveno y décimo piso de la fábrica Triangle Shirtwaist.

20 cadáveres se consiguieron en el foso del ascensor.

En total, la muerte de 146 personas calcinadas (123 mujeres y 23 hombres), despertó la rabia del mundo y reanimó especialmente la de las mujeres, que lograron cambiar la legislación de entonces.



¿Que cómo aquello se ha transformado en ocasión para regalar flores? Que hable el capitalismo.

¿En qué ha cambiado la situación del inmigrante, de la mujer, de la trabajadora? ¿Acaso es menos esclava porque tiene la llave de su jaula?, o ¿quién la tiene?

MUJERÍCOLA 42

ARTEMISIA

Tassi la hizo correr contra la fila de los lienzos. Se enredó y trastabilló el paso. El amigo de su padre, su mentor, la cercó con sus manos, la lamio una primera vez, la segunda, Artemisia se dejó escurrir y en el camino se tropezó con el miembro erecto del pintor. Menos grueso que un pincel, oleoso y difuso.

Él la había llevado hasta allí con el pretexto de mirar un cuadro. Entonces en la habitación, cerró las puertas, antes le había pedido a Tuzia, un amigo de la familia, que saliera.

Después la lanzó, con la fuerza con la que tensaba las telas, sobre la cama. La manoteó, hasta que le exprimió la tetas como limones. Le abrió las piernas con sus rodillas y se hizo paso a la Virgen de los Paisajes. Era seis de mayo de mil seiscientos once. Orazio, el padre, había salido y Tassi, que se hiciera de su esposa bajo los mismos métodos “amatorios”, valga decir de la violación, se restregó contra su hija como una esponja sobre la paleta.

Me metió una rodilla entre los muslos para que no pudiera cerrarlos, y alzándose las ropas, que le costó mucho hacerlo, me metió una mano con un pañuelo en la garganta y boca para que no pudiera gritar y habiendo hecho esto metió las dos rodillas entre mis piernas y apuntando con su miembro a mi naturaleza comenzó a empujar y lo metió dentro. Le arañé la cara y le tiré del pelo, y antes de que me penetrara de nuevo

agarré su pene con tanta fuerza que incluso le arranqué un pedazo de carne, relató Artemisia.

El florentino la desfloró.

Sentí una fuerte quemazón y me dolía mucho, pero como me estaba tapando la boca no pude gritar...

Y Orazio lo llevó a juicio papal a Agostino Tassi, y el juicio fue contra su hija, que debió probar públicamente durante siete meses, que no tenía la culpa de ser violada. La torturaron para que su agresor fuera menos agresor.

Tassi la llamó puta, la acusó de haber practicado incesto con su padre, dijo asimismo que la casa de su colega era un burdel.

Al final, después de que Tassi estuviera siete meses en cárcel, el mismo Orazio volvió a ser su amigo y la rabia le creció como un hongo en el pecho a Artemisia.

Se convierte así en Judith, hija de Merari, una viuda judía que decapita al general invasor Holofernes, después de hacerlo oler sus tetas en vino, en la sitiada ciudad de Bethulia.

Mi belleza es como la de una flor venenosa –dice Judith–. Produce la cura y la muerte.

Y se convierte en Judith porque la pinta mirándose al espejo. Y le dibuja los ojos a Agostino en los de Holofernes. Y allí está, en los museos, durante cuatrocientos años decapitando a su violador, haciendo de su cuello un reguero, exorcizando el dolor de un sablazo.

Dos metros de sangre, que lo mismo descabeza arriba que abajo, la venganza, la única venganza que podía permitirse una mujer durante sus pasos en la muerte del siglo dieciséis y los albores del diecisiete, un cuadro (más bien un rectángulo): Judith decapitando a Holofernes.

Artemisia nació en la Roma en la que la llegaron a conocer como la Caravaggio mujer. La

versión femenina del tenebroso. La “única” mujer en Italia que alguna vez supo algo de pintura, según Roberto Longhi. Su padre la guardó entre remiendos y morteros, y creó a su alrededor el aura de la niña a la que nadie vio, incluso entre sus amigos de bebida (Tassi, por ejemplo). Fue Orazio el primero en bautizarla como puta, porque Artemisia se mostraba curiosa en su adolescencia.

Barroca, hija del claroscuro, Gentileschi acarició la tela de realismo, con el drama de la luz, y le dio forma con los callos que le dejó la Sibila, la tortura que usaron durante el juicio para probar que decía la verdad: un instrumento que apretaba progresivamente cuerdas en torno a los dedos de la pintora.



Corrió sobre su espalda como una bestia en la sabana

y se durmió en la laguna que dibujó en sus nalgas.

Hubo silencio como el primer día

y ella escucho romper los brotes.

Se lo quitó de encima como a una manta

y con la misma espada que colgaba de su uniforme, le atravesó la tráquea.

Que se rompa la cesta de la que hace casa la cabeza del invasor

que tu cuerpo sea la patria.

El óleo rojo se terminó y completó el desangre con la savia del mes,

que fluía a través de su vagina como el río que habita la vida.

Artemisia se detiene en los ojos de Tassi, que son los de Holofernes

y los dibuja con una mano en la boca

como cuando él le atapuzó un puño de tela para ahogar su auxilio.

Y logra aquel infierno correr abajo de los bordes de la cama.

Y ella no deja de verlo, mientras sostiene la cabeza que le cuelga de los cabellos.

La profeta de la verdad, una Sibila se detiene sobre su pincel:

El mango de su espada es una hermosa venganza.

MUJERICOLA 43

HILDEGARD

En ella la verdad viene del verde, es una hoja que no teme amar a otra. Y que tiembla en su flor cada vez que se estaciona en ella una avispa a chuparla.

A los ocho años de edad fue el diezmo de sus padres a un monasterio alemán. Diez años estuvo tapiada en el cuarto en el que solo la acompañaban otras aristócratas regaladas a la iglesia, y las visiones que, desde los tres, le partían la frente en halos que descomponían la luz: una lluvia de fosforescencias que luego describirían como las auras de una “migraña”, precursora del surrealismo.

Allí estaba su mano, la extensión de una porcelana que no ha tocado la tierra, pero que crece con ella como el bulbo de la flor de lis: intacta, erecta.

Empezó así a amar el vientre de María y su cuerpo en el de todas las mujeres. Tanto como al universo y la ubicación de cada cosa en las bolas de fuego que de pronto la tiraban contra la nada, para que lo construyera el todo, Hildegard von Bingen.

Somos creados por la tierra y la tierra te salvará.

En plena Edad Media, como herbolaria, receataba un abortivo fabricado por ella a base de leche y ramas de ojaranzo y carpe. Acudían a ella por el espíritu, lo mismo que por el cuerpo: el físico, el psíquico, el natural y el divino, en equilibrio con los cuatro elementos.

Se llama a sí misma pobre de forma, “ignorante porque soy mujer”, y de sus lirios manaba como científica, naturalista, médica, sexóloga, mística, filósofa, antropóloga, monja, profeta, pintora, poeta, compositora, precursora de la ecología, del feminismo, de la ópera, e inventora de la que podría denominarse como la primera lengua artificial de la historia con alfabeto propio y posible antecedente del esperanto: la Lingua Ignota.



que se calienta al trillar del grano

Nadie ha podido atrapar a un unicornio, pero salta al regazo de las doncellas vírgenes, como el rojo al sol cuando se acuesta sobre el infierno. Ha querido nacer como el creador, sin romper el himen, no ha querido romper nada, solo besarlo. Y supo así describir el éxtasis femenino, supo también sentirlo, y le puso nombre, Richardis, la más amada la más cercana, la más distante.

Cuando la mujer se une al varón, el calor del cerebro de esta, que tiene en sí el placer, le hace saborear a aquel el placer en la unión y eyacular su semen. Y cuando el semen ha caído en su lugar, este fortísimo calor del cerebro lo atrae y lo retiene consigo, e inmediatamente se contrae la riñonada de la mujer, y se cierran todos los miembros que durante la menstruación están listos para abrirse, del mismo modo que un hombre fuerte sostiene una cosa dentro de la mano.

Y Richardis se le fue a regentar su propia abadía y al año había muerto, fuera de las ramas de Hildegard, lejos de casa. Y en palabras de la Sibila del Rin: *Dios la quería más.*



El conocimiento le llenaba las manos *gotas de suave lluvia, leche que sale de los pechos de Jesús.* Ella

veía cómo el cuervo se comía los intestinos de la iglesia, cada vez que un sacerdote se limpiaba el semen de sus manos y de la boca del niño de esta y aquella luna, de fe tan profunda como una laja evaporan una montaña de piedra. A Hildegar se le da por esparcir el olor de la lavanda, que *aleja muchísimas cosas malas y los espíritus malignos salen aterrorizados por ella.*

*Oh Iglesia,
tus ojos son como el zafiro,
tus oídos como la montaña de Betel,
y tu nariz es
como una montaña de mirra e incienso,
y tu boca como el sonido
de muchas aguas.*

Dijeron:

*¡Ay! La roja sangre
del Cordero inocente
en sus bodas
ha sido derramada.
Que lo oigan todos los cielos,
y en suprema sinfonía
alaben al Cordero de Dios,
pues la garganta de la serpiente antigua,
en estas perlas
de la materia del Verbo de Dios,
ha sido sofocada.*



Cantó en todos los tonos, con todas las texturas, melismas angelicales, que aun hoy pueden elevar al más pútrido de los demonios. Compuso obras cuyo contexto no se correspondía con la época que la parió, y aceleró y ralentizó sus dedos índice y medio entre los labios de la historia, para

que la voz fluyera de la grieta lo mismo que una ola atraviesa las cuevas del continente.

Y murió, murió en el intento de sobrevivir y miró las fosforescencias desvanecerse con ella. Antes decretó la licuefacción de la humanidad, un torbellino de mierda y maldad, nada difícil de dibujar en un convento de la Edad Media.

Su principal milagro fue cumplir ochenta y uno el día antes de que su Diosa María le cerrara el ojo que escondía sobre el ombligo.



MUJERICOLA 44

ANGÉLIQUE

Volvieron como cascos de caballo sobre el lomo de la sabana.

Ella despertó y se miró las manos que permanecían en su lugar. Siempre soñaba que se las cortaban porque se negaba a masturbar a un ejército de hienas.

Hacía tres días que dormía, trataba así de esconderse del hambre.

El tropel del Ejército de Resistencia del Señor la miró y asumió que estaba muerta.

Se llevaron a la mujer a su lado, también al hijo.

La compañera les serviría de cama, el niño ya podía sostener el fusil.

Aprendió a orar a Dios en el desespero, a cantar para invisibilizarse de frente a la maldad.

Corrió sin mirar hacia atrás y se le olvidó el camino a casa.

Angélique sabe qué le harán a aquella mujer y a su cría, sabe cómo acabarán, porque en el Congo queda el infierno, un hoyo en la tierra, con paredes de diamante que alumbran el camino por el que asciende el aliento del diablo, un vaho mortecino que atraviesa el corazón del hombre primario.

Y, entonces, ¿de dónde saca la sonrisa Angélique?

Ella, ríe al enemigo y atraviesa el calor de las calles de Dungu en bicicleta, un poblado cercado por una densa capa vegetal que sirve de

refugio para los que vuelven de la guerra, con unos 73.000 habitantes, ubicado en la provincia Oriental al noreste de la República Democrática del Congo.

Ella ha transformado su miedo y pone sus manos como cuencos en los que caen miles de mujeres secuestradas, violadas, mutiladas, desplazadas, refugiadas, mujeres congolesas y también sus niños, que aprenden de nuevo a bailar y a entonar sus penas sobre el pecho de la hermana Angélique Namaika, un tambor de agua que calma la sed de tanta alma yerma.

Su nombre no es en vano, le devuelve al nimbo de mujeres un claro donde es más azul el cielo: un horno al que van a parar la fuerza de sus espíritus, el alimento, el pan. Mantiene grupos de costura, de formación agrícola y de alfabetización, de partería y enfermería entre personas que además son señaladas por el resto de la sociedad como culpables de haber sido esclavizadas por los ejércitos irregulares de su país. Ella es el ángel que les devuelve a la vida y les convida al lugar común: una misa que acaba en danzas, el campo donde producen caraotas, maíz, arroz, auyama, plátanos.

Cuando un niño, que ha visto morir a sus hermanos, se pone en pie para reconocer las letras de la pizarra de Angélique, la hermana siente que acude al alumbramiento de un nuevo ser, como si le diera la mano para que aprendiera a caminar y corriera al pecho de su pueblo a dejar en el fuego un pedacito de su madera, para que arda la esperanza.

Pero lo mismo hace el pan, que la casa del vecino, y levanta la tierra de la que está hecha su piel y eleva una pared y otra, y las corona con palmas, para que bajo el techo retorne el descanso y en

medio del bahareque la rama seca encuentre la vida.

A Angélique le dieron un premio, y otro premio, y otro. Pero seamos claros, para su gente el premio es ella, su “madre”.



MUJERICOLA45

LILITH

El mar rojo es rojo, porque a Lilith se le dio por abrirle las piernas en plena luna, para dejarlo pasar hasta horadar las cuevas de donde la piedra hizo de cielo a la palabra. La Gran Madre, Lilith es.

Dejó tirado a Adán en el Paraíso (una cama en flor, con olor a yerbabuena y menta) el día que se negó a estar debajo suyo, y con él a todos sus hijos guindando del árbol de manzanas, a sus hijas enroscadas en las aguas, para parir –a razón de cien por día– los demonios que conforman las raíces de la humanidad.

Y lo mismo se comía a uno y a otra de tanto lamerlos, tanto.

También parió a Eva. De su estirpe –y no de los huesos del varón– se abultaron sus caderas y le crecieron dos deseos como tetas.

De su leche el diluvio atravesaría a las bestias que prefirieron ahogarse en sus aguas.

Se dice que a Lilith le crece un cuerpo de dragón, o de gato salvaje, también de hiena, algunos dicen que de serpiente, que una lechuza, que es un animal.

La dibujan ardorosa, rodeada de su amante Samael, una fina línea de lenguas con escamas.

Lilith es el viento que se cuela por la entrepierna de la noche y le arranca el semen con que fecunda su mito. Moja la cama de los amantes insatisfechos, abre la boca y les roba el aliento, que la gravedad devuelve como rocío.

Entre las hileras de sus cabellos se hallan enredadas las venas de hombres y mujeres a los que enamora su grieta dispuesta al baile.

Yo la vi bañándose en el río, alisando las ondas rojas de su cabeza con un peine de oro, con forma de medialuna. La he visto en los partos recibir la vida y en los velorios despedirla, ser cuna y sepulcro, principio y fin.

Ha sido exilada y ha corrido en los desiertos con el nombre de Dios en la boca, desafiando olas de arena y la propia sombra enjaulada.

Se le acusa de matar a los hijos de Adán y Eva una semana y un día después de nacidos, por haber dado muerte a cien de los suyos; nadie ha podido demostrarlo, pero quién se atreve a contradecir las arcas del miedo, la promesa del Paraíso.

A Lilith le gusta entonar las olas para dormir al insomne y caminar desnuda sobre su frente, le gusta cantar a lo que no nace.

A los nonacidos les da la succión de su cielo, un pecho de hojas verdes, de donde cuelga la vida, un par de lunas plateadas que brillan de frente al sol.

Es la mujer primaria, sin culpas, sin miedo, de voz en cuello, una mujer con cola que podía elevarse para estar donde quisiera y cuando quisiera, aunque ello le costara la historia.



A Lilith le pasó lo que a tantas: abandonó a Adán por mala cama y los hombres la eternizaron como puta, el “peor” de los demonios, a donde van a parar las cloacas.

MUJERICOLA 46

MIYÓ

El calor es el pronóstico del fuego. Conozco a la gente que se alimenta de las cenizas y las vomita sobre el papel... Creo reconocerlos... Más bien, nada.

Pero muchos de los que se consumen malvivieron a Maracaibo, “lambiando” las aceras, tendidos sobre los techos, secos, son personas con ojos extranjeros, habitantes de otra parte, pero muy de la cera alta, rotos: odian a su madre tanto como a las metáforas y les gusta caminar por la calle, orando para que un carro se los lleve por delante y en la plegaria un poema-un grito, hablan solos, mirándose o no al espejo y se sumergen en la tina hasta que el aire mismo de los pulmones los impulsa hacia el cielo del baño; son ellos, los que se inclinan por la noche y tienen como profesión fumar hasta que la atmósfera se vuelva del color de sus apocalipsis.

No los conozco, pero los sueño: yo me encuentro con ella en el Monte Sacro, una colina más bien pequeña, a la que van a cagar los señores de la calle y que hiede a miao rancio. Me encuentro a gusto con Marie-Jose, que prefiere llamarse Miyó y nos vemos-nunca hablamos, porque yo dibujo en el aire su boca, un par de picos mínimos que suben sobre su labio superior. Ella me adivina y no puede evitar la sonrisa (le gusta sonreír en confianza como si mirara a un perro voltearse para que le rascara la panza). Sabe que soy tonta y me lo perdona. No habla porque yo sostengo su

boca, y en el dibujo de sus labios me robo sus palabras.

Sus antepasados no la quieren. En el baúl de los muertos solo su abuelo la cobija, con madera fresca todas las noches, a los cuatro años, cuando se escapa de su casa.

Dicen que a los cadáveres les crece el cabello, pero a Miyó no le creció nada. Su entrepierna guarda el sudor de una tarde en las faldas del Lago. Sí, le crecieron las uñas y lo odia, porque no puede escribir.

De tanto reunirnos puedo leer su pensamiento: un hondo vacío en el que hace eco la desfloración del vientre de un apamate, abrazado por el esqueleto de lo que parece un pez, sin color, porque nunca nadie ha podido “colorear un hueco”.

El barco de Francia la dejó en Trujillo y se proclamó betijoqueña, dándole una patada a la madre y a una olla de agua caliente, que le marcaría los pasos durante todo el tormento. Antes, se negó a cantar el himno nacional, porque pedía a gritos cantar “el suyo”. Escribió desde los diecisiete, pero fue cuando se mudó a Maracaibo que el ardor le hizo conocer la poesía. Fue también periodista y madre, aunque a François lo vería solo tres veces de adulto y no lo reconocería y sería una lágrima en el mundo, una lágrima cayendo sobre el candil, su primera lágrima parida. Au revoir, François.

François prefirió entonces quedarse con su padre en París, una treta por la que descendió Miyó al subsuelo.

*No enseñaré a mi hijo a trabajar la tierra
ni a oler la espiga
ni a cantar los himnos.
Sabrá que no hay arroyos cristalinos*

*ni agua clara que beber.
Su mundo será de aguaceros infernales
y planicies oscuras.
De gritos y gemidos
de sequedad en los ojos y la garganta
de martirizados cuerpos que no podrán verlo ni
oírlo.*

*Sabrás que no es bueno oír las voces de quienes
exaltan el color del cielo.
Lo llevaré a Hiroshima. A Seveso. A Dachau.
Su piel caerá pedazo a pedazo frente al horror
y escuchará con pena el pájaro que canta,
la risa de los soldados
los escuadrones de la muerte
los paredones en primavera.*

*Tendrá la memoria que no tuvimos
y creará en la violencia
de los que no creen en nada.*

A Miyó la odió el adjetivo, pero supo ver y decir que la señora del kiosco tenía el culo redondo, que se acostaba de barriga para hacerse la boba frente a la caja boba y que se volteaba de cara al techo para ser amada. Se burlaba del dolor, haciéndolo más dolor, chirriante.

Fue un monstruo sediento, que bailó con las llamas negras del petróleo y su flama. Siete veces intentó dejar de respirar y tampoco la muerte la quería, una vez con pastillas, otra abriendo la boca del horno y dejando colar el gas; pero, hasta yo sé que “el primer suicidio es único”, cuando todos los demás no cuentan: su hijo, el otro hijo –Ernesto–, la encontró flotando en el agua, hinchada de palabras que no pudo decir diciéndolo todo, con sobredosis de Rivotril, vestida para

bailar solo con ella, sola. No la detuvo ni san Judas Tadeo, tampoco Rocío Durcal.

Era un 29 de noviembre de mil novecientos noventa y uno, yo acababa de cumplir siete años y su casa había sido derrumbada.

Se quejaba de su sequedad en la vagina, por eso le pagaba a Vallejo para que le dejara lagunitas de saliva en la frente de la vulva, justo en la palma que se le hacía por encima de los labios, cuando se acostaba boca arriba y se convertía en un monstruo con cabeza de mujer y garras de arpía, el murmullo de sus pocas virtudes, la desheredada de belleza y simetría: ojo caído, bizca, lentes de pasta gruesa, dientes de paleta, cicatrices de quemadura, arrugas varias, *mi-cuerpos-una-mierda*, gordura (se operó para quitarse veinte kilos), alcohólica, dirritmia cerebral, ataques de furia, era una mujer gastada por su mente, con el Mal en los ojos, dos partos, diez abortos, ningún orgasmo.

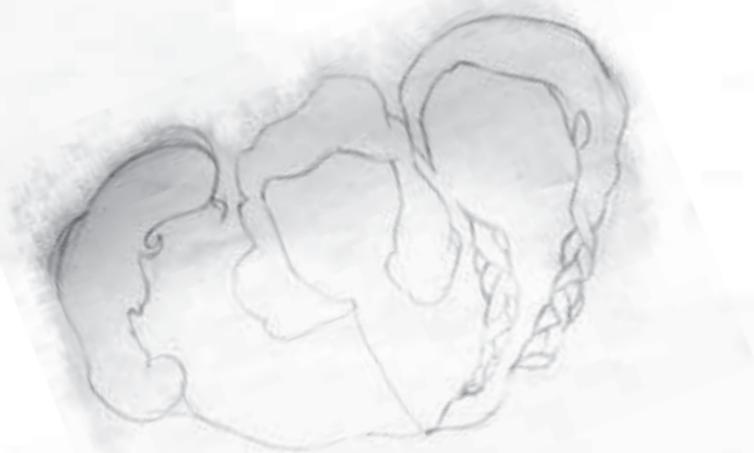
Detalle su foto: la frente recta, masculina, un ojo desviado, uno apagado, dientes flotantes, separados y salientes, amarillos, como maíces, a causa de la nicotina; el pelo recortado de cualquier forma, las líneas de perro que denuncian la llegada y el paso de los treinta años. Media boca sonríe. Media lo duda. Posee al mismo tiempo la frialdad del hombre que se siente ridículo ante la cámara y la fotogenia de la dama acostumbrada a sonreír cuando la miran. Pruebo a ocultar la mitad de su rostro con un dedo: la derecha me sonríe, aunque muestra un atisbo de timidez, una curva ovalada y calvicie incipiente: rostro de niña prematura, envejecida a destiempo. Pruebo a ocultar la otra mitad: mandíbula angular, con risa falsa. Ojo atento, pero incapaz de parpadear, como el ojo de un animal muerto o de una lagartija al asecho. Ahí está: es la cara de un hombre equivocado de cuerpo.

Una se tropieza jodida con una misma, cantada por la voz dulce de una bestia que no quiso conocerte y en cambio se fue a encontrar con Giovanna “entre el puerto y la montaña, la ribera y el sur”, donde la muerte nos vigila.

Tantos estudios sobre las maldades del alcohol y nada sobre sus beneficios. Los latidos se normalizan, la bola se deshace, los ojos se aclaran, el pulso ya es firme, la cerrada angustia se desvanece y el pecho se abre. Clásica crisis de angustia diluida correctamente en un trago (...).

No te sometás al chantaje de la muerte. La gente que te habla de dependencia se cepilla los dientes todos los días, a las 8, a las 12 y a las 8 otras vez. Llegan todos los días al mismo sitio y hacen las mismas cosas. Le dan cuerda al reloj para que suene, sin falta, a la hora exacta. Toman un jugo de naranja exactamente antes de cagar. Van a un parque y corren como avestruces. Sudan y quedan vacíos de tripa y cerebro, con una bruma tan cerrada que solo ven la punta de sus zapatos Adidas (...). ¿Eso no es dependencia? ¿Eso no es reducir la vida a unos hábitos estúpidos?

Me asalta el peligro de ser estúpida en silencio, soñándola sin poder obtener de ella tan siquiera el saludo, una mujer que no termina por izar sus pétalos, esclava de la tierra, un maíz ornamental.



MUJERÍCOLA 47

DILMA

Baja la cara de una bofetada y sus ojos, a punto de salirse de órbita, contemplan los hilos de sangre que pueblan, de a poco, las líneas de los azulejos blancos en los baños de la cárcel Tiradentes en San Pablo.

Era sangre sobre sangre, una piel que olía a kilómetros, la costra que en Brasil no termina de amanecer.

Siempre fue de noche. Durante aquella luna, pegó su boca con tal fuerza contra el tronco en el que la amarraban para electrocutarla, que uno de sus dientes se amorató. Más tarde se lo volaría de un puñetazo el capitán Benoni de Arruda Albernaz³, jefe de interrogatorios.

Lo vomitaría con el poco pan y la poca agua que tenía en el estómago, también la sangre.

La mandíbula se le desencajó, el corazón se le fue a otra parte.

Vas a estar deformada y nadie te querrá. Nadie sabe que estás aquí. Te convertirás en un 'jamón' y nadie lo sabrá, le susurraba uno de sus torturadores.

No sabía cuántos días habían pasado, los contaba a golpes, como se cuentan en Dictadura.

Ella tenía veintidós años, la injusticia era anciana.

3 *Es irónico que la cárcel en la que estuviera Dilma se llamara Tiradentes, siendo que allí le volaron los suyos. Después, dos de los hijos de Albernaz, quien puñeteara a Dilma hasta deformarle el rostro, se hicieron dentistas.*

Dilma había llegado por la misma razón que no se iría: por delación.

La atraparon en un bar de la *rua* Augusta, en San Pablo. Ahí se encontraba tres veces por semana con José Olavo Leite Ribeiro, militante de la Vanguardia Armada Revolucionaria Palmares, recientemente capturado y torturado. Dijo el hombre las señas, que harían de ese 16 de enero de 1970, una herida en la historia de Brasil.

La detuvieron y la azotaron, la ahogaron en los sótanos de la Operación Bandeirante contra los comunistas. La colgaron de un palo en posición fetal, con la cabeza hacia abajo, desnuda, mientras le aplicaban electricidad en los pezones, en la vagina. Era el *pau de arara*. Cuando la sentaban, caía como un saco de arena sobre la silla eléctrica, la *cadeira do dragão*.

La enjuiciaron militarmente y la condenaron a seis años, de los cuales cumple dos y un mes.

Se vestía con una sudadera azul marino, con la que pretendía taparse los morados, los rasguños, la saliva, las manoseadas, el asco.

Hablaba poco, se tragaba las palabras, menos cuando se dedicaba a formar la célula de las mujeres en la prisión. Su fuerza era del tamaño de su padre⁴, también su ternura.

4 *La izquierda le vino del padre, Pétar Rousseff, un búlgaro poeta, militante del Partido Comunista que se vino de un país gobernado por una monarquía fascista a trabajar en Suramérica. Primero en Brasil, luego en Argentina y de regreso a Brasil, en donde se establecería y haría fortuna. De casi dos metros, tampoco hablaba mucho y le haría la cabeza a Dilma. Muere cuando esta tenía apenas catorce años.*

Cuando las bisagras de las puertas rechina-
ban, sabían que venían por ellas y entonces se
preparaban. Dilma dirigía el grito, el llanto, la
protesta.

Entonces, esperaba. *La peor cosa de la tortura
era esperar (...) Esperar para recibir golpes. Supe allí
que la tarea era pesada*, diría cuarenta años des-
pués.

De vuelta, ella le daba la sopa en la boca a su
compañera, o la abrazaba contra su pecho, mien-
tras entonaba alguna canción de cuna, o sintoni-
zaba la radio en una apacible estrofa:

*La razón por la que envió una sonrisa ... y no co-
rro, es que he estado tomando la vida ... casi muerto.*⁵

Tenían un gato llamado Brutus y, entre su
mierda, escondían mensajes cifrados, con los que
se estructuraban para no perder la cordura, para
mantener las fuerzas, para continuar, para vivir.
También tuvieron una tortuga.

Dilma se quedaba de vez en cuando obser-
vando aquel caparazón, duro, oscuro, paciente y
ponía sobre él la espesura de sus ojos a reposar. La
vida volvería a sacar la cabeza.



En 2009, estuvo bajo tratamiento médico pa-
ra también vencer el cáncer de linfoma que le fue
detectado.

En 2010, gana las elecciones a la presidencia
de la República Federativa de Brasil.

En 2011, asume.

En 2014, es reelecta.

5 *Escucha a Paulinho da Viola cantando Para un
amor en Recife: [https://www.youtube.com/
watch?v=PCIFteQLPxI](https://www.youtube.com/watch?v=PCIFteQLPxI)*

Fue juzgada por el Senado de Brasil para la destitución de su administración, después de ser sometida a un juicio político por el Congreso.

Treinta y cinco de los sesenta encargados de redactar el informe en su contra están implicados en la comisión de diferentes delitos. 60% de los diputados que votaron a favor del *impeachment* contra la gerencia de Dilma tienen abiertos procedimientos judiciales, en su mayoría por corrupción.

Y, aunque haya explicado lo que ha sucedido económicamente durante su mandato con el movimiento de cuentas para saldar –dentro de su misma administración– fisuras, y como no hubo organismo que le orientara al respecto, la oposición ha salido a las calles a celebrar el triunfo que sus diputados celebraron en televisión nacional, con glorias a Dios y a los torturadores de Dilma.⁶

A Dilma Rousseff jamás se le acusó de enriquecimiento ilícito. Hoy, niega el crimen de responsabilidad del que la acusa la oposición, ni delito alguno que legalice el juicio político.

¿Impeachment sin crimen de responsabilidad qué es? Es golpe, explica.

6 *Fue el congresista Jair Bolsonaro el que ofrendó su voto a favor de la destitución al coronel Carlos Alberto Brilhante Ustra, secuestrador y verdugo de la dictadura. Mientras, el también diputado Eduardo Bolsonaro, su hijo, hacía señales de ametralladora cuando votaba. Bolsonaro padre es ese que espetó a otra diputada, Marina do Rosário, diciéndole que no la violaba porque no lo merecía, el mismo que arguye que hay que golpear a los hijos para que no se críen homosexuales. Es el parlamentario con más votos en Río de Janeiro.*

Pablo Gentili, escritor y docente argentino radicado en Río de Janeiro lo dice en dos platos: Brasil vive hoy un estado de excepción. No es el combate a la corrupción, sino su perpetuación, lo que guía la destitución de Dilma. No es la lucha por la reforma democrática de Brasil lo que impulsa y promueve el proceso de impeachment, sino la preservación de las bases oligárquicas, racistas, discriminadoras y sexistas sobre las que se construyó el poder de las élites brasileñas. No es que algo nuevo está naciendo, es que lo viejo, lo de siempre, lo repugnante y lo injusto, persisten y seguirán siendo impuestos para disciplinar y gobernar la vida de los que merecen un futuro mejor.⁷

A Dilma –sabemos– no la vencen los golpes.

Ahora mismo, observa a la tortuga caminar por el pasillo de la muerte, llevando su diente bajo la coraza, al entierro del cielo brasileño. Una descarga apaga el sol. Vuelve la noche.

7 Brasil, estado de excepción: <http://blogs.elpais.com/contrapuntos/2016/04/brasil-estado-de-excepcion.html>

MUJERÍCOLA 48

MUJER MEDICINA

Es de frío la noche.

Una vecina toca a la puerta. Trae en brazos a su hija, Victoria. Tiene los ojitos rojos, llora mucho. Está caliente de puritica fiebre.

Me limpio las manos con el paño de la cocina. Dejo la avena coger el punto, a fuego bajísimo, el sabor de la breve espiral de la concha de un limón.

Me siento con ellas:

Vengo a que me le des tus masajes y me le reces.

Por un momento muy pequeño me paralizo. “Yo no ensalmo”, me digo. No me atrevo a contrariar a una madre que confía que eso la ayudará.

De inmediato lo creo y me dispongo a repetir con Victoria lo que hago con mis hijas.

Cuando se enferman las tomo y las limpio con aceites, y me arrodillo a mis ancestros, a la naturaleza y la misma necesidad de estar bien, para que sanen.

Entonces, cargo a Victoria. La miro y ella a mí. Llora. La llevo al cuarto y le hablo bajito mientras la acaricio con aceite de coco.

Se la encomiendo al corazón de las madres del mundo.

La aprieto un poco contra mi pecho y el olor a vida la mantiene tranquila mientras le canto con María Sabina:

*Soy la matriz: de todos los bosques,
soy la fogata: de todas las colinas,
soy la reina: de todas las colmenas,
soy el escudo: de todas las cabezas,
soy la tumba: de todas las esperanzas.*

La madre es la medicina. Pero hemos desnudado nuestro altar y dudamos si alguna vez estuvo en nuestras manos la vida, y en cambio vemos por todas partes la muerte. A mí también me pesa sobre el hombro la piedra, y se me olvida la letanía.

... soy la mujer que brota, soy la mujer arrancada, soy la mujer que llora... soy mujer que mira hacia dentro.

Entonces, es mi madre la que toma en brazos a mis hijas y las duerme con sus oraciones, para que dejen pasar la enfermedad y orienten su cuerpo a estar más fuerte y dispuestos al camino.

...porque puedo entrar y salir del reino de la muerte.

El movimiento innecesario no confunde a la muerte. “Basta con permanecer inmóvil el tiempo suficiente como para que el espíritu nos encuentre”, anota Clarissa Pinkola Estés. Y la única forma de estar tranquilas es reposar sobre nuestros pensamientos y dejar al cuerpo ser cuerpo.

Victoria se fue a dormir, también su madre.

A mí me falta el descanso, yo me curo en la palabra.

Me canta la vieja bruja, su voz es la carne de Dios:

Soy mujer que mira hacia adentro
Soy mujer luz del día
Soy mujer luna
Soy mujer estrella de la mañana
Soy mujer estrella dios
Soy la mujer constelación guarache
Soy la mujer constelación bastón
Porque podemos subir al cielo
Porque soy la mujer pura
Soy la mujer del bien
porque puedo entrar y salir del reino de la muerte.

Soy una mujer sin sangre
El pájaro me roba la sangre
El libro abierto me roba la sangre
El agua me roba la sangre
El aire me roba la sangre
La flor me roba la sangre
Me conocen los santos del cielo y los ángeles
Dios me conoce
El corazón de la Santísima Madre de Cristo
El corazón de Nuestro Señor Jesucristo.

Soy una mujer que llora
Soy una mujer que escupe
Soy una mujer que ya no da leche
Soy una mujer que habla
Soy una mujer que grita
Soy una mujer que da la vida
Soy una mujer que ya no pare
Soy una mujer que flota sobre las aguas
Soy una mujer que vuela por los aires.
Soy una mujer que ve en la tiniebla
Soy una mujer que palpa la gota de rocío posada
sobre la yerba
Soy una mujer hecha de polvo y vino aguado

Soy una mujer que sueña mientras la atropella
el hombre
Soy una mujer que siempre vuelve a ser
atropellada
Soy una mujer que no tiene fuerza para levantar
una aguja
Soy una mujer condenada a muerte
Soy una mujer de inclinaciones sencillas
Soy una mujer que cría víboras y gorriones en
el escote
Soy una mujer que cría salamandras y helechos
en el sobaco
Soy una mujer que cría musgo en el pecho y en el
vientre
Soy una mujer a la que nadie besó jamás con
entusiasmo
Soy una mujer que esconde pistolas y rifles en las
arrugas de la nuca.
Soy mujer que hace tronar
Soy mujer que hace soñar
Soy mujer ararí, mujer chuparrosa
Soy mujer águila, mujer águila dueña
Soy mujer que gira porque soy mujer remolino
Soy mujer de un lugar encantado, sagrado
Porque soy mujer aerolito

MUJERICOLA 49

MAYO

Quinto mes

A casa llegaron las lluvias de mayo. A la más pequeña se le salen por todas las bocas, especialmente cuando nos cubre la noche.

Tercer trasnocho

No tuve cabeza para vomitar palabras y me acosté atestada, sin sacármelas antes de entrar a la cama.

Tres de la madrugada

El grito agudo de mi hija nos salvó del charco en el que me ahogaba. Ambas sentimos una descarga eléctrica. El golpe fue de un instante, pero me robó el resto de la noche.

Tres y tanta de la leche

A mi semillita le costó menos dormirse. El rayo nos había entrado por la teta, así que pasó un buen rato sin que quisiera probarla, hasta que venció a las sombras y decidió mamar bajo el cobijo de mi pecho.

Las cuatro de la ventana

Una vez dormida, me levanto, salgo a la breve cornisa y me siento junto al orégano a vigilar la noche. Era un vientre negro, vertedero de luces enfurecidas. Un temblor me obligó a entrar, cerrar el resquicio de la ventana.

E

En la cama, me meto debajo de E. Pronto su calor me tranquiliza. Pero no dejo de mirar en los pliegues donde la cortina se transparenta. Un pájaro blanco picotea los cristales. Salgo y le hago frente, “vete”. Pero, traspasa el orificio por donde mismo debió entrar el rayo. E se voltea y grazna.

Larva

La lluvia de mayo trajo a mi primera hija. La lluvia de mayo me preñó de la segunda. Mayo se cuelga por la ventana como pájaro de agua y deja su corazón regado bajo la cama, patas, alas, antenas, crisálidas rotas antes de la transformación.

Caldos

Me vuelve a levantar la noche. Quiero desaguar. Y, en lo que hundo el pie, la mayor de mis hijas llora entre sus propios caldos. Saco de ella sus pieles húmedas y la envuelvo entre hojas calientes, hasta que vuelve al sueño del inocente. Ya me había mojado.

Abril

Desnuda, me tendí en medio de M y E. Dejé que el agua nos arropara. Les tapé la nariz, para quedarnos en la profundidad de mayo. Arriba flotaba todo lo que se había tragado el aire, un pájaro blanco, los destellos irregulares de la rabia, las ninfas inacabadas, el frío, abril.



MUJERÍCOLA 50

CANEO



¿A qué animal pertenezco?

Su nombre germinó en el vientre de su abuela.

Can, Caneito, Can, le cantaban a su madre Clara cuando aprendía a caminar. Y supo poner un paso después de otro hasta llegar a ella, la más pequeña de sus dolores.

Su vieja Emma y su tía Nidia habían abandonado Caracas, rumbo a Píritu, porque a la niña de Caneito no le tocaba nacer entoavía.

El privilegio de venir cuando gusten, también de irse, propio de los bichos, le dibujó las alas, donde la sal había momificado escamas: Caneo no pudo llegar sino en abril. El sol de un viernes santo la atravesó, la piel en cruz, la concha rota. Eran las 11 de la mañana, día 17, año 1987. Caneo se transformó, sintió curiosidad del mundo y se gestó en la repetición de la llama:

*Acercó labio,
nariz
y su aliento proyectó el sueño de Clara.*

*El sopor tiñó la habitación de un recuerdo
pesado,
su vientre gestaba un pequeño molusco.*

*Oía soplar en su lóbulo la extrañeza de su feto,
ella enmarcaba la espiral, era casa y
refugio de su centro.*

*Soñó Clara su diminuta bestia,
—rasguñaba su panza—
parió entre labios el eco de su nombre.*



Tenía tres años cuando se perdió por primera vez en la montaña. Persiguió una hilera de obreras y cayó por el volcán de terrones, donde las hormigas acumulan las migajas de la humanidad.

Se dice que adentro, adentro, se comió a la reina, y fue expulsada sobre la espalda del más grande de los himenópteros. La madre la llamó sin respuesta, buscó en cada madriguera, hasta que la halló sentada en la página de un libro, masticando la corona.

A los diez años, su tía materna —la única hermana de Caneíto— le regaló a Aquiles. Le preocupaba que a la niña las voces de Apollinaire y Kafka le pesaran tanto en el pecho, que no lo abriera para que el caballo que era bien bonito pastara. Caneo la miró, le sonrió como había aprendido, le dio las gracias y se volvió sobre sí, silenciosa, al arrullo de la medianoche, a la palidez de la palabra, a la transparencia, instrumento para la fuga, para el fuego.

Preparaba un poema que nadie leería. Se secaba la marea de cuando la mujer se arrastró por los bordes del agua hasta compactar el continente, bestia que sacudió sus pieles a cambio de la palabra.

*Es la inercia
y me levanto ojos abiertos
hacia ninguna parte.
Estoy quebrantada
y la noche abre y traga
mi feto*

*minúsculo e incompleto acto de fe.
Camino, ojos cerrados
brazos en par
y el vacío se aloja en mi centro
No es la pausa
No es el parásito
soy yo
la inconforme masa que desborda
el vestido caído y seco
la llaga abierta y nocturna
que parpadea por inercia.*

Las ventanas empiezan con la uve de Valdo, otro insecto al que mató la luz. Y entonces para siempre, ella lo guarda en una hoja doblada y todas las noches le recorta los marcos, para que su amigo lo use como trampolín y resucite en el golpe, o muera tantas veces la muerte y le cierre la ventana en la cara. Es un salto que se aprendería de memoria.



Caneo la hija y Caneíto la madre habían hecho de la tristeza carne. Pero sus ojos lo mismo sabían sonreír. Era la cualidad de quien lo pierde todo, incluso por nada. Clara se hacía a la sombra. Después de ser una amante valiente y parirle a Miguel la larva de la más antigua libélula, la madre dejaba de ser la madre, la sangre se le solidificaría.

Caneo la cargó sobre la espalda, una cochinitilla sobre la tuna, y le siseó una antigua canción, pero no pudo hacerla andar. Era un litoral espeso, en cuya orilla no se bañaba la espuma. Clara se le escurrió.

Y en la niña estalló una ola y otra ola y otra. Y volvió al comienzo de pequeño molusco, y se fue

con su madre toda mueca y curó todavía más el mar, un puño de sal sobre la babosa sin caracol. Quiso la muerte morir, sin luto, ni ceremonia. Era diciembre, año 2012.

La depresión es la parte de un terreno en que más se hunde la tierra. Y el piso de un sanatorio es el de un cementerio para la vida. Una colección de hoyos, cada uno con su puerta y un cerrojo y el fierro tejido en un laberinto de pasillos, en los que Caneo escribe su breve testimonio después de Clara (d.C.).

5/5/2013 d.C.

*Solo habitas este espacio inasible
este falso contento que te dan las noches.*

*Eres toda luz, un recuerdo grato,
un reclamo inconcluso, un falso abrazo.*

*No basta soñarte cada noche y caer
en el vértigo vespertino, que me anuncia
tu ausencia.*

*Soy saeta sin blanco, apuntando
al horizonte, flotando entre dos
astros que no paran de pendular
día a día, noche a noche.*

*Hecha ceniza estás reducida a la
memoria, materia insolente y espesa
dentro de esta pequeña urna.*

*Entonces mi cráneo un diminuto refugio
Donde aconteces cuando duermo.*

*Esa breve pompa que estalla
al alba con sus sesos.*

*Te guardo, como un grano de arena
perlado de llanto y creciente y
quizá sea el solo o la luna la esfera
que nazca de este silencio continuo, la
rigidez de tus labios.*

27/06/2014

*Y me encontraba en la orilla
encandilada con una tarde
blanca, maravillada de aquel
enorme brote que se imponía
sobre las olas.*

*Negra y alta su cola
rompía el plato del agua,
tuve que volver los ojos
y saberme afortunada*

Cuando...

rompió su carne en dos.

*Y la espuma se tornó rosa
bañando mis pasos dentro
del
lamento.*

Caneo no supo ser humano, no quiso; era un animal insomne, que terminó por darle la espalda al Ávila, y en su último estadio como ninfa cayó desde el piso 17 del vejestorio Centro Comercial Los Chaguaramos, hasta “otra esfera, sin escotilla”, el huevo.

22.08.2013 d.C.

*Ancha, extendiendo mi plexo
y desfilan mis ganas por el firmamento.
Pero es certera la flecha y en giros vuelvo.*

*Tengo un ala celeste
tengo carne de cerdo*

y mi cabeza se posa como un trofeo.

*Nunca despegaré y llenaré de
luz de estos hoyos.*

*Nunca y la paciencia perra
crucifica las horas.*

*Soy un bicho
un dios antiguo*

*una espera pesada
que se hunde mar adentro.
Soy y la duda se alza
mirando el cielo.*





ÍNDICE

Mujerícolas: palabra que hace nido Por: Giordana García Sojo	7
Mujerícolas 1: Barco	11
Mujerícolas 2: Boca de visita	14
Mujerícolas 3: Ni uno más	17
Mujerícolas 4: Eme	21
Mujerícolas 5: Obrera de la paja	24
Mujerícolas 6: Cóndor	27
Mujerícolas 7: Sally	33
Mujerícolas 8: Adeus	38
Mujerícolas 9: Pina	41
Mujerícolas 10: Clarice	44
Mujerícolas 11: Mujer salvaje	48
Mujerícolas 12: Norma	51
Mujerícolas 13: Forugh	55
Mujerícolas 14: Trina	59
Mujerícolas 15: Malena	62
Mujerícolas 16: Ana	64
Mujerícolas 17: Lucía	67
Mujerícolas 18: Patti Smith	70
Mujerícolas 19: Violeta	73
Mujerícolas 20: Alfonsina	77
Mujerícolas 21: Hogar	80
Mujerícolas 22: Idea	82
Mujerícolas 23: Argelia	85
Mujerícolas 24: La avanzadora	88
Mujerícolas 25: María Lionza	91
Mujerícolas 26: Simona	94
Mujerícolas 27: Concha	97
Mujerícolas 28: Mariposas	100
Mujerícolas 29: La sombra	103
Mujerícolas 30: La derrota	105

Mujerícola 31: Madre	108
Mujerícola 32: Marguerite	111
Mujerícola 33: Janis	112
Mujerícola 34: Ángela	116
Mujerícola 35: La muñequera	119
Mujerícola 36: Nina	122
Mujerícola 37: Anaís	125
Mujerícola 38: Bicho	128
Mujerícola 39: Femicidio	130
Mujerícola 40: Berta	134
Mujerícola 41: Vincenza	137
Mujerícola 42: Artemisia	141
Mujerícola 43: Hildegard	145
Mujerícola 44: Angélique	149
Mujerícola 45: Lilith	152
Mujerícola 46: Miyó	154
Mujerícola 47: Dilma	159
Mujerícola 48: Mujer medicina	164
Mujerícola 49: Mayo	168
Mujerícola 50: Caneo	170

EDICIÓN DIGITAL
Septiembre de 2017

CARACAS - VENEZUELA

Mujerícolas transgrede los parámetros cerrados de los géneros para fusionar con maestría la crónica periodística, el ensayo y la poesía. La autora escarba, investiga, devela y finalmente teje las experiencias de vida de mujeres que han dejado su impronta en la historia, no en “La Historia” escrita por “los vencedores”, sino en *las* historias de quienes crean día a día una alternativa a la violenta uniformidad del discurso único. Desde Minerva Mirabal, la rebelde “mariposa” perseguida y asesinada por el dictador Rafael Leónidas Trujillo, hasta la voz insumisa de Nina Simone o las manos generosas de Zobeyda la muñequera, Indira Carpio nos sumerge en la feminidad urgente, superadora de dicotomías y maniqueísmo, la feminidad como fuente de solidaridad y transformación social.

INDIRA CARPIO OLIVO

[Caracas, 1984]

Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Central de Venezuela, ha sido presentadora, guionista y productora de programas de radio y televisión, así como periodista y columnista de diversos medios impresos y digitales de Venezuela. Actualmente, escribe la columna *Poesía o Nada* en la revista *Épale* y mantiene el blog Ala-raíz.blogspot.com. Por su trabajo en medios digitales obtuvo mención especial en el Premio Nacional de Periodismo 2016.

Los heterónimos llegaron a su vida para apuntalar sus ganas de decir tantas voces como puedan incluirse, así se convierte en Mundía Magdalena, Franco Fernández y Amalia Rosa. Esta última escribe una novela/poema que espera publicar en 2018.



Ministerio del Poder Popular
para la Cultura



9 789801 439530